Mario Virgilio Santiago Jiménez
Denisse de Jesús Cejudo Ramos
(Coordinadores)

Revisitando el movimiento estudiantil de 1968

La historia contemporánea y del tiempo presente en México

FFL



Historia



UNAM

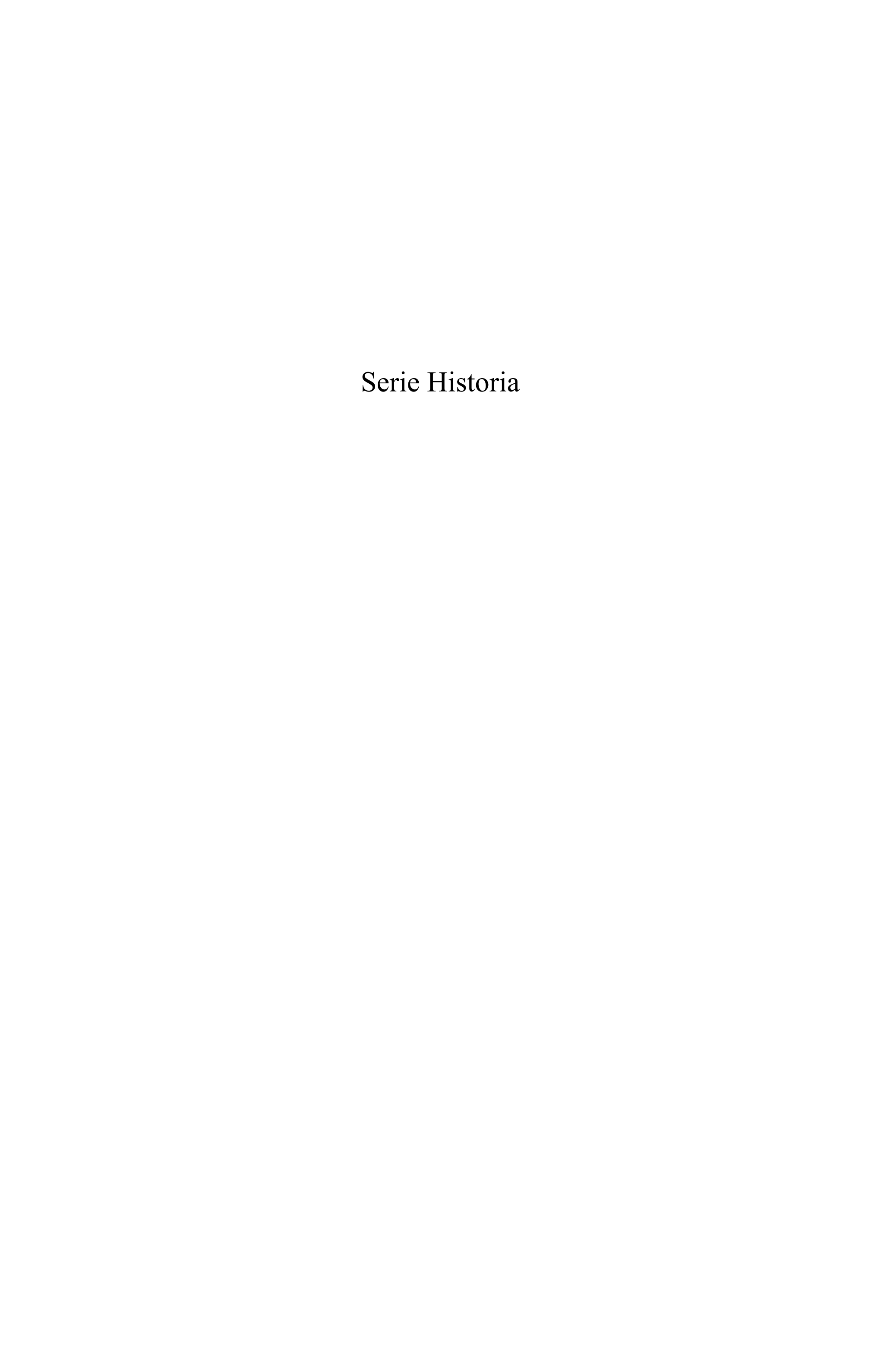




REVISITANDO EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

La historia contemporánea y del tiempo presente en México





Serie Historia

Mario Virgilio Santiago Jiménez
Denisse de Jesús Cejudo Ramos
Coordinadores

REVISITANDO EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

La historia contemporánea y del tiempo presente en México

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



La presente edición de *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México* fue realizada en el marco del proyecto UNAM-DGAPA-PAPIIT IN404416: "La historia contemporánea y del tiempo presente en México. Problemas teórico metodológicos e historiográficos".

Primera edición: 2018

Agosto de 2018

ISBN 978-607-30-0693-4

Editado y producido en México

El fascinante paralelismo entre el nacimiento de la historia contemporánea y
el nacimiento actual de una historia de lo «muy contemporáneo»,
desde hace un cuarto de siglo,
una historia que llamamos ya del presente,
nos hace pensar en que ambos procesos han seguido,
lo que no debe sorprendernos en especial, los mismos caminos.
Julio Aróstegui, 2006

Mario Virgilio Santiago Jiménez
Denisse de Jesús Cejudo Ramos

Coordinadores

REVISITANDO EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

La historia contemporánea y del tiempo presente en México



CONTENIDO AUDIOVISUAL
CLICK EN EL RECUADRO

TAMBIÉN PUEDES ACCEDER VÍA QR



https://youtu.be/Y7jooMrotn8

Contenido interactivo

[Para regresar a este Contenido interactivo dar *click* en la flecha]

Agradecimientos

Agradecemos a la UNAM a través del programa PAPIIT por el apoyo y confianza para generar un espacio de discusión y construcción de conocimiento en nuevos campos de la historia.

A la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y a sus autoridades por impulsar este esfuerzo, por los espacios concedidos para lograr los objetivos trazados del proyecto.

Al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora por apoyar desde el inicio este proyecto, por hospedarnos y por contribuir al desarrollo del campo de la historia contemporánea y del tiempo presente.

Al Seminario Permanente de Historia Contemporánea y del Tiempo Presente, a sus participantes y colaboradores por su constante interés para discutir los avances de este esfuerzo colectivo.

Este trabajo es un resultado directo del apoyo del programa UNAM-DGPA-PAPIIT IN404416 "La historia contemporánea y del tiempo presente en México. Problemas teórico metodológicos e historiográficos".

Prólogo
La historia contemporánea y del tiempo presente en México, hipótesis para discutir

Mario Virgilio Santiago Jiménez[1]
Denisse de Jesús Cejudo Ramos[2]

Luego de algunas charlas informales, un grupo de académicos —estudiantes de posgrado, profesores e investigadores— coincidió en el creciente interés por la historia reciente en México, especialmente entre las nuevas generaciones de historiadores. Este incipiente diagnóstico, pronto derivó en la propuesta de construir un espacio académico que promoviera la discusión y el intercambio de ideas en torno a la historia del presente en nuestro país y que, al mismo tiempo, se convirtiera en una plataforma para promover dicha tendencia historiográfica.

Así surgió el Seminario Permanente de Historia Contemporánea y del Tiempo Presente de México (SPHCyTP),[3] un espacio integrado por profesores del área de historia contemporánea del colegio de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así como

[1] Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

[2] UNAM. Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, Becaria del Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, asesorada por el doctor José Raúl Domínguez Martínez.

[3] Es importante recalcar que, durante este tiempo, la posición de los integrantes ha pasado de una serie de lugares comunes e inferencias a una mayor comprensión —que no absoluta— de lo que implica la historia del presente, de ahí que el nombre del seminario haya decidido incluir la díada historia contemporánea —del tiempo presente como dos dimensiones de la experiencia histórica y la memoria de los sujetos y no sólo como dos periodos claramente delimitados. *Vid*. Julio Aróstegui, "La contemporaneidad, época y categoría histórica", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, no. 36-1, Madrid, España, 2006, pp. 107-130; François Dosse, "La historia contemporánea en Francia", *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto Mora, no. 24, septiembre-diciembre, 1992, pp. 29-46.

por académicos de los campos de investigación en historia oral, del tiempo presente y económica del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y que comenzó sus trabajos formalmente en 2015, año durante el cual su núcleo principal delineó la ruta para una primera etapa de trabajo definida como "exploratoria".

Este primer momento, ha implicado la identificación de una agenda teórico-metodológica mínima en torno a la historia contemporánea y del presente; una primera revisión historiográfica de la producción en México sobre el tema, así como de los trabajos monográficos que podríamos considerar dentro de la tendencia; y finalmente, la identificación y promoción de investigaciones en curso o concluidas que pudieran considerarse parte de la referida tendencia.

Ahí se inscribe la presente propuesta que representa una muestra, en extremo condensada, de los primeros años de trabajo dentro de la etapa exploratoria y que han incluido el inicio de una biblioteca digital con materiales referentes a los temas de interés, la realización de sesiones cerradas de discusión, sesiones abiertas de seminario con invitados nacionales y extranjeros, coloquios de doctorandos, presentaciones individuales y grupales en distintos espacios académicos, la apertura y consolidación de cursos de licenciatura y maestría, el desarrollo de grupos focales de trabajo con alumnos de licenciatura, asesorías de tesis de distintos niveles, el desarrollo de las líneas de investigación de cada integrante del núcleo principal del Seminario, la vinculación con otros espacios académicos similares como el *Seminario Interinstitucional Permanente Historia Reciente de América Latina: hechos, procesos, actores* del Instituto Mora, el *Seminario sobre las derechas en México* del INAH y con el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades a través de Mauricio Sánchez Menchero; así como la obtención del proyecto PAPIIT IN404416 "La historia contemporánea y del tiempo presente en México. Problemas teórico-metodológicos e historiográficos", financiado por la UNAM con duración de tres años que ha sido fundamental para lograr este objetivo.

Todo este trabajo nos ha llevado a identificar una multiplicidad de aristas que pueden ser abordadas, sin embargo, decidimos que resultaría atractivo para el público lector —particularmente el estudiantil— el tratamiento de uno de los llamados "puntos de inflexión"[4] de la historia reciente de México, sobre todo en su quincuagésima conmemoración, como una buena excusa para repensar la historia contemporánea y del tiempo presente en nuestro país, la historiografía del periodo y los lugares comunes de un relato consensuado.

En ese sentido, decidimos apostar por trabajos que funcionen como puntos de partida, como catalizadores de la reflexión y la discusión, y no como puertos de llegada o, en el peor de los casos, como oráculos.

La historia y el presente

Es un consenso que toda historia se piensa y escribe desde un presente. Por extensión, también podríamos asumir que dicho presente al ser siempre cambiante, permite la construcción de nuevas interpretaciones sobre los fenómenos humanos que pueden desplazar a versiones anteriores o convivir con ellas generando, a su vez, una dinámica de debate: desde el cuestionamiento sobre los datos más precisos, hasta la pugna entre interpretaciones, pasando por las posturas teóricas e ideológicas, las fuentes construidas y seleccionadas, así como por las preguntas de investigación. Pero, ¿qué pasa cuando el fenómeno o proceso en cuestión tiene una carga especialmente sensible tanto para los sujetos que producen los relatos históricos como para su público?

[4] Lorenzo Meyer, "La visión general" en Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg (coords.), *Una historia contemporánea de México. Tomo 1 transformaciones y permanencias*, México, Océano / El Colegio de México, 2005, p. 13.

Sin duda, encontraríamos ejemplos polémicos en cualquier periodo histórico sin importar la lejanía temporal y espacial, pero conforme nos acercáramos al presente la lista comenzaría a engrosarse considerablemente, en buena medida porque la mayoría de los sujetos involucrados en el proceso historiográfico —estudiosos, actores, público— también forman parte del objeto de estudio. Más aún, en numerosas ocasiones los referidos sujetos serían al mismo tiempo actores, productores de interpretaciones-representaciones y público.

De ahí que se hayan expresado numerosas objeciones a la posibilidad de hacer historia del tiempo presente, reciente o inmediata:[5] se dice que es una moda, no hay fuentes para su estudio, es demasiado cercana y por tanto muy subjetiva, implica procesos en curso, es un campo natural para otras disciplinas como la ciencia política, la sociología, la economía y el periodismo, por mencionar las más recurrentes.

Por supuesto, también han existido respuestas a estas críticas: si en algún momento fue una moda —años setenta y ochenta—, ahora es una tendencia aceptada o en consolidación en numerosas academias de historia en varias partes del mundo —Francia, España, Alemania, Argentina, Uruguay, Chile, Brasil—, al grado de que algunos autores han insistido en que ya no es necesario gastar tinta para reivindicar esta parcela historiográfica sino simplemente desarrollarla; lejos de asumir el fracaso que representa la ausencia de documentación oficial, esta perspectiva de la historia reivindica la idea de que la fuente histórica no es tal sin un sujeto que la construya, de ahí que se pueda trabajar con testimonios en otros soportes como el audio y la imagen, destacando el testimonio oral;

[5] Si bien pueden considerarse sinónimos, cada nomenclatura implica una posición teórica con respecto a este campo historiográfico: el presente como una temporalidad flexible que sólo existe en la medida que hay sujetos que lo experimentan; lo inmediato como algo instantáneo y cercano temporalmente; lo reciente como algo contiguo en el tiempo. Sobra señalar que en este texto no interesa profundizar en dicho debate, sino sólo señalar una veta ya iniciada por otros.

esto último es fundamental para la siguiente objeción pues se asume que la objetividad con que abordemos un evento o proceso histórico no depende de la distancia temporal —en otras palabras, no debemos esperar 50 años para que algo "sea histórico"— sino del arsenal metodológico y los presupuestos teóricos con que abordemos el problema; asimismo, la subjetividad no es un elemento negativo que debamos combatir y eliminar —idea de por sí ingenua—, sino una condición de posibilidad para nuestro quehacer, de ahí que se renuncie a la búsqueda de veracidad absoluta en los testimonios y se privilegie la experiencia de los sujetos; en esta misma línea, se asume que los procesos abiertos no permiten conclusiones absolutas y por tanto se deben ofrecer interpretaciones más abiertas, preguntas e hipótesis de trabajo, además, habría alguna ventaja para eludir el problema de conocer el "final" del proceso y por tanto caer en el error anacrónico —sobre el que volveremos más adelante— de explicar el fenómeno por sus aparentes consecuencias; finalmente, lejos de los extremos que identifican al presente como terreno único de otras disciplinas o como un preciado tesoro que debe recuperar enteramente la historia, se erige de nuevo la interdisciplina como una vía para abordar objetos de estudio complejos, aunque con la aparente solución también aparecen diversos problemas como los límites y la singularidad de cada campo del conocimiento o, en otras palabras, qué define a la historia y cómo puede dialogar con otras ciencias sociales.[6]

[6] J. Aróstegui, *op. cit.*; François Bédarida, "Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número 20, Universidad Complutense, España, 1998, pp. 19-27; Graciela de Garay, "¿Por qué estudiar la historia del tiempo presente?", prólogo en Graciela de Garay (coord.), *Para pensar la historia del tiempo presente. Aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas*, México, Instituto Mora, 2007, pp. 7-30; F. Dosse, *op. cit.*; Hugo Fazio, "La historia del tiempo presente: una historia en construcción", *Historia Crítica*, núm. 17, julio-diciembre, Colombia, Universidad de Los Andes Bogotá, 1998, pp. 47-57; Jean Lacouture, "La historia inmediata", *Pactos con el presente. Las maneras de la historia contemporánea*, México,

En cualquier caso, no es nuestra pretensión ofrecer soluciones a los problemas planteados, sino simplemente dar cuenta de una serie de temas y preguntas que ya pueblan mesas de discusión y numerosas páginas en otras latitudes, para apropiárnoslas y adaptarlas a nuestras condiciones historiográficas. Después de todo, la historia del tiempo presente / inmediata / reciente además de obedecer a una necesidad social, se ha mostrado como un campo ideal para repensar los fundamentos del quehacer de la historia como disciplina enfocada en lo humano a través del tiempo y el espacio.

Ahora bien, más allá de las discusiones en torno a la legitimidad de la historia del presente, al interior de este universo historiográfico hay una serie de temas por discutir y desarrollar que interesa destacar. Por una parte, se ha reconocido que el interés por la historia del presente en el siglo XX ha tenido cuando menos dos grandes impulsos: los eventos traumáticos, así como las nuevas formas de experimentar las conexiones humanas a través de tecnologías avanzadas y la circulación de grandes cantidades de información.[7] Mientras que el segundo acarrea un amplio abanico de problemas para la reflexión —la saturación de fuentes e información, la generación de nuevas herramientas metodológicas, las nuevas formas de concebir temporalidades y lugares, entre otras—, la primera nos remite inevitablemente al tema

---

DEH-INAH, 1990, pp. 331-354; Guillermo Mira y Fernando Pedrosa (coords.), *Extendiendo los límites. Nuevas agendas en historia reciente,* Buenos Aires, Audeba, 2016, 560 pp.; Gonzalo Pasamar, "Formas tradicionales y formas modernas de la 'historia del presente'", *Historia social*, no. 62, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008, pp. 147-169; Pedro Ruiz Torres, "El presente en la historia", *Pasajes*, no. 24, España, Universitat de Valéncia, 2007, pp. 4-21; Ángel Soto Gamboa, "Historia del presente: estado de la cuestión y conceptualización", *Historia Actual Online*, no. 3, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2004, pp. 101-116.

[7] Montserrat Huguet Santos, "Historia del tiempo presente e historia de las relaciones internacionales", *Ayer*, no. 42, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Ediciones de Historia, 2001, pp. 43-69, J. Lacouture, *op. cit*.; H. Fazio, *op. cit.*

de los lugares de enunciación y, por tanto, a los límites entre objetividad y subjetividad.

Aunque complejo, el historiador debe reconocer que los cortes temporales establecidos en toda historia obedecen sí a los procesos mismos, pero aún más a las decisiones del sujeto que analiza e interpreta. Así, el inicio de una era es más la responsabilidad del historiador que la nombra y caracteriza que de los sujetos que la viven, incluso si estos se autodenominan como los iniciadores de algo. Esto es de suma relevancia pues la elección del corte no puede estar supeditada solamente a los eventos posteriores al punto de inflexión, sino que debe considerar la propia historicidad de la coyuntura. En otras palabras, el inicio de un proceso no responde necesariamente a su futuro sino más bien a su pasado y su presente.

Lo anterior parecería una obviedad llevada al terreno de la necedad, sin embargo, cuando se dice que un evento traumático ha impulsado estudios históricos sobre el pasado reciente, siempre existe la posibilidad de que los sujetos actores-productores de versiones históricas generen interpretaciones que anulen la historicidad del fenómeno en aras de otras reivindicaciones.

Esto por sí mismo no es un error ni debe ser visto a través de un filtro moral, sino que debe ser analizado en su justa dimensión. Ya el historiador italiano Enzo Traverso ha propuesto este debate tomando como excusa la historia del siglo XX hecha por Eric Hobsbawm, apuntando que el asunto no está en que se hagan pasar por verídicos los recuerdos sino en que los historiadores confundan la memoria, sus memorias —incluso las apropiadas—, con la historia. La primera vista no sólo como un almacén de recuerdos sino como un conjunto de procesos cambiantes que dotan de identidad y la segunda como una disciplina que tiene límites y reglas establecidos en sus métodos.[8]

[8] Enzo Traverso, "Historiografía y memoria: interpretar el siglo XX", *Aletheia*, vol. 1, número 2, Colombia, Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, mayo 2011, pp. 01-15.

Entonces, el riesgo de las historias del presente cuyo eje es un evento o proceso traumático, es precisamente que sus autores —ya sea porque vivieron el fenómeno en cuestión o por mera empatía— confundan la memoria con la historia y terminen por reafirmar sus presupuestos antes que indagar, supeditando el principio de la duda como guía del proceso de investigación a la certeza fundada en

cuestiones ideológicas o morales. Por supuesto, como se dijo, esto no implica ignorar la carga subjetiva —principios ideológicos, valores, filias, fobias— que implica el estudio de los procesos humanos y tampoco que la historia misma es un terreno permanente de disputa.[9] De nuevo, el verdadero problema es que estas posturas pueden pasar rápidamente de una neblina que limita la visión a una pesada losa cuya inscripción sentencia la "verdad histórica".

El caso mexicano y el 68

Las reflexiones sobre lo contemporáneo y el presente no han sido ajenas a la historiografía mexicana. Ya en la "Llamada general" de la *Historia moderna de México* publicada en 1955, además de algunas ideas que hemos referido párrafos antes como la de que todo corte histórico es responsabilidad del historiador, Daniel Cosío Villegas apuntaba que la etapa contemporánea "es la que nos toca vivir a nosotros" y visto desde su presente estaba signada por la revolución mexicana.[10]

[9] E. Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, 332 pp.; Sergio Grez y Gabriel Salazar (comps.), *Manifiesto de Historiadores*, Santiago, LOM Ediciones, 1999, 118 pp.; G. Mira y Fernando Pedrosa (coords.), *op. cit.*; Silvia Dutrénit y Guadalupe Rodríguez de Ita, *Tras la memoria. El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*, México, Instituto de Cultura de la Ciudad de México-Gobierno del Distrito Federal / Instituto Mora, 2000, 292 pp.

[10] Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México, La República Restaurada. La vida política, México,* Editorial Hermes, 1988 [1955], p. 11.

Una década más tarde, en la presentación del primer número de la revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, José Valero Silva señalaba que el esfuerzo de la publicación iba encaminado al estudio y comprensión del arco temporal establecido entre el inicio de la independencia y el México actual, pasando por la revolución del siglo XX, de lo que se podía inferir que lo contemporáneo correspondía precisamente al último tramo. Cabe destacar que, en el breve texto, Valero hacía referencia a la subjetividad como problema al enunciar el objetivo de la publicación:

> conseguir una fijación en cuanto a la valoración del periodo que nos ocupa, pues al respecto existen muchas versiones, casi siempre influidas por las ideologías de los testigos escritores, o bien, por el tratamiento sin rigor científico de muchos asuntos fundamentales.[11]

A mediados de los años ochenta, en el prólogo a la compilación titulada *Primer simposio sobre historia contemporánea de México 1940-1984. Inventario sobre el pasado reciente*, Francisco Pérez Arce ofreció una nueva postura sobre el tema de la historia contemporánea al asociarla con la historia del presente —tendencia que ya había tenido acta de nacimiento en Francia durante los años setenta— así como al reconocer que había un creciente interés por tratar temas que rompieran "la barrera de los años cuarenta y llegan a la orilla misma del presente", aunque claro, en su mayoría eran abordados por "sociólogos, economistas, periodistas, escritores, cronistas".[12] Líneas más adelante, el autor sintetizaría a una parte importante de las nuevas generaciones de investigadores al desplazar el límite de lo contemporáneo de la revolución mexicana —no referida en el breve texto, por cierto— hacia el año de 1968:

[11] José Valero Silva, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, no. 1, 1965, p. 8.

[12] *Primer simposio sobre historia contemporánea de México 1940-1984. Inventario sobre el pasado reciente*, México, DEH-INAH, 1986, p. 7.

> Hay fechas que tienen la curiosa cualidad de acercar la historia; […] 1968 es una de esas fechas. […] los sucesos de un año o un día dan cuenta de un cambio, ya no es lo mismo antes y después de esa fecha; ya no es lo mismo para una persona, o para una familia, sino para todo un país.[13]

Y apenas unas líneas después, el mismo autor nos ofrece nuevos elementos para la reflexión. Por ejemplo, nos remite al tema del actor-productor de relatos históricos al afirmar que el "movimiento del 68 generó además a sus propios investigadores",[14] aunque también nos remite al lugar social de producción y al asunto de que el presente —y especialmente el de emergencia— es buen ambiente para la historia contemporánea:

> […] desde la perspectiva de los años ochenta desde la crisis […] se pueden contemplar 40 años de continuidades y cambios importantísimos que modificaron radicalmente a este país. […] la historia contemporánea adquiere importancia y posibilidad cuando se está situado en un punto crítico.[15]

Ya en el siglo XXI, entre 2003 y 2005, se publicó una colección en cuatro tomos titulada *Una historia contemporánea de México* coordinada por Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer que seguía la tradición de El Colegio de México de las historias generales. Aunque el título daba cuenta de una perspectiva historiográfica renovada que no reivindicaba *la* historia contemporánea sino *una* más dentro del espectro de interpretaciones posibles, lo cierto es que el texto de presentación a cargo de Meyer —titulado "La visión general"— se muestra como la síntesis de las tres versiones citadas en párrafos anteriores al establecer un corte histórico para toda la

[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*
[15] *Ibid.*, p. 8.

colección de trabajos compilados y reconoce que dicho límite era el corrimiento del anterior, pero con un signo opuesto:

> Y es que "el movimiento del 68" era, efectivamente, un desafío y una negación de la legitimidad, no del orden formal sino del orden real: del sistema autoritario existente en México, que no era otra cosa que el resultado natural, casi inevitable, de la consolidación y evolución del proyecto y los intereses de la facción vencedora en la revolución que se iniciara en 1910 […][16]

Acto seguido, el autor ubica al 68 mexicano entre sus pares internacionales y luego desarrolla una síntesis histórica político-social, hasta culminar con la transición y el ingreso de México a la democracia al concluir el siglo XX cuando "los impulsos de la modernización política y económica de México coincidieron por fin y se encontraron para fundirse en un solo proceso".[17]

Claramente cada autor citado respondía a un presente específico y aún más, a ciertas coordenadas dentro de ese presente, de ahí que el corte histórico haya migrado de la revolución mexicana al movimiento estudiantil de 1968. Además, dichas coordenadas de enunciación también permitirían explicar por qué en los cuatro casos se mantuvo la lógica de cortes traumáticos como referentes de cambio histórico, sobre todo en el registro político-social. En cualquier caso, como ya se refirió, los cortes históricos son ineludibles en el quehacer del historiador pues son un paso obligado para hacer inteligible una parte del pasado y, sin negar la relevancia que pudieran tener por sí mismos, dichos límites temporales son mayormente responsabilidad del sujeto que analiza.

Ahora bien, si en un momento dado la revolución mexicana fue objeto de un revisionismo historiográfico intenso que permitió la reinterpretación de otros periodos, así como la multiplicación de

[16] L. Meyer, *op. cit*., p. 14.

[17] *Ibid.*, p. 31.

enfoques de análisis —como el regional—, por qué no podríamos pensar lo mismo del 68.

En el año de 2012, el INAH otorgó el premio a la mejor tesis de maestría en la categoría de "Historiografía y Teoría de la Historia" al trabajo titulado "El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica"[18] del maestro Héctor Jiménez Guzmán quien analizó un importante número de textos referentes al movimiento estudiantil de 1968 en la capital del país, con lo que pudo identificar seis "rutas de interpretación" —los escritos de la conjura, los escritos de la cárcel, los ensayos sobre la ruptura, la ruta de las interpretaciones militantes, los ajustes de cuentas con la memoria y los archivos de la violencia—, además de una agenda de temas pendientes, así como sugerentes ideas para repensar el tema.

Por ejemplo, lejos de lo que el sentido común dictaría, el autor logra mostrar que, cuando menos hasta el 2011 —y podríamos pensar que hasta hoy—, había una limitada producción académica sobre el movimiento de 1968 y lo que había ocupado estanterías en bibliotecas y librerías pertenecía a los universos testimonial y periodístico. Más aún, a esto agregaríamos que en buena parte de esa producción impresa habitan lugares comunes, tanto de preguntas como de respuestas, que han migrado sin crítica alguna replicando a las "voces hegemónicas" —como la conocida *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska— reafirmando ideas como la del curioso espontaneismo que alimentó a la movilización.

Entre los temas que propone Jiménez como una agenda pendiente estarían la relación del 68 mexicano con otras movilizaciones en el mundo tomando como eje de análisis los posibles vínculos e influencias y no necesariamente el modelo explicativo de Wallerstein. En segundo lugar, algo que podríamos considerar ya ha comenzado, el análisis de la producción audiovisual sobre el fenómeno y su impacto en la constitución de interpretaciones. En

[18] Héctor Jiménez Guzmán, "El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica", México, 2011. Tesis, UAM-Azcapotzalco, 240 pp.

tercer término, la participación de otras escuelas en el movimiento, opacada por la visión centralizada en la UNAM y, finalmente, los participantes del movimiento que no eran "estudiantes politizados de izquierda". Todo esto, en aras de recuperar "las voces y episodios eclipsados por los "grandes relatos" sobre el 68".[19]

Puesto así, lo que se ha erigido como un referente sólido y conocido para pensar la segunda mitad del siglo XX mexicano se presenta más bien como una construcción petrificada. Más aún, recuperando lo expuesto en el apartado anterior, los cortes históricos pueden presentar dos problemas: primero, la confusión entre memoria e historia que tendería a anular al sujeto de enunciación; y segundo, en un ejercicio de anacronismo puro, la tendencia a explicar el fenómeno por sus aparentes consecuencias.[20]

Desde nuestra perspectiva, esto último ha permeado una parte importante de la historiografía sobre el pasado reciente mexicano, consolidando lo que podríamos llamar la "teleología de la democracia", es decir, la idea de que la historia de México desde 1968 estaba destinada a la llamada "transición democrática" como punto de llegada, haciendo escalas en los sangrientos sucesos del "Jueves de Corpus" de 1971, las guerrillas y la guerra sucia, la reforma política de 1977-1978, la organización popular después del sismo de septiembre de 1985, la resistencia civil contra el fraude electoral en Chihuahua, la oposición política y las cuestionadas elecciones de 1988, la irrupción del EZLN, el asesinato de

[19] *Ibid.*, p. 218.

[20] Respecto a este punto, puede tomarse como ejemplo los señalamientos de François-Xavier Guerra, Romana Falcón y Raymond Buve sobre las interpretaciones en torno al porfiriato claramente filtradas por la revolución mexicana y que olvidaban al siglo XIX como antecedente inmediato. François-Xavier Guerra, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución,* t. I, trad. Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 23; Romana Falcón y Raymond Buve (comps.), *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, México, Universidad Iberoamericana, 1998, pp. 13-36.

Luis Donaldo Colosio, el triunfo electoral del PRD en la capital del país y finalmente la referida transición entre 1997 y 2000 con el triunfo electoral del PAN.

Este relato tiene características particulares:

1. Es flexible y permeable por lo que tienen cabida todo tipo de procesos y hechos casi sin importar las diferencias ideológicas —de hecho, muchos se reivindican como promotores históricos de la democracia— y puede extenderse hasta el presente.
2. Es centralista y se proyecta a nivel nacional. Por ejemplo, visto desde el ángulo de los movimientos estudiantiles, parecería que todos los anteriores anunciaban el de 1968, como si los actores conocieran el futuro, y que todos los posteriores fueran consecuencia directa, sin importar sus particularidades regionales. Más aún, sin reparar en el limitado o nulo impacto de la movilización estudiantil de ese año, se replica como referente en las historias contemporáneas regionales.[21]
3. Supedita los procesos de diversa índole al registro político y, por lo tanto, identifica al 68 como el origen de todo tipo de cambios como luchas con reivindicaciones de género, por la naturaleza, los cambios artísticos, las tendencias arquitectónicas, la música, la moda, entre muchas otras.[22]
4. Tiene un carácter performativo, es decir que tanto actores involucrados como nuevas generaciones, asimilan las versiones canónicas y las aceptan como verdaderas —casi equivalentes a la realidad— y las llevan a la práctica política como herramientas de legitimación.

[21] Denisse de Jesús Cejudo Ramos, *La universidad en el naufragio: contienda política en la Universidad de Sonora, 1991*, México, 2016. Tesis, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 264 pp.

[22] Ricardo Raphael, “Ciudadanías en movimiento”, *Revista de la Universidad de México*, México, UNAM, octubre, 2017, pp. 64-74.

En este punto es necesario insistir en que el problema no radica en que exista esta versión de la historia —que por lo demás también ha ofrecido elementos importantes para la reflexión—, sino que se petrifique y anule otras posibles interpretaciones. De hecho, desde nuestro presente, el "*telos* de la democracia" se ha desgastado, pero ahora convive —e incluso podríamos pensar que se está supeditando— al nuevo "*telos* de la violencia", especialmente la ejercida por el Estado. Así, mientras las experiencias latinoamericanas, especialmente conosureñas, encuentran su punto de inflexión en procesos definidos por violencias estatales —entiéndase dictaduras militares—, en México se encontraría un símil en la represión del 68.[23] Y de nuevo, sin negar las aportaciones de este enfoque, valdría la reflexión de que se corre el riesgo de someter otras versiones posibles ante argumentos morales y especialmente ante la confusión entre memoria e historia.

Los ensayos de este libro

Como ya se ha dicho, los textos que conforman este libro no son el resultado de investigaciones particulares sino ensayos académicos que pretenden provocar —en el mejor sentido posible— al lector. Aunque todos tienen como epicentro el movimiento estudiantil de 1968 en la capital del país, lo cierto es que dicho proceso funciona como una excusa para explorar otras aristas y repensar los caminos de la historia contemporánea y del tiempo presente en México.

[23] *Vid.* Eugenia Allier, "De *conjura* a *lucha por la democracia*: una historización de las memorias políticas del 68 mexicano", Eugenia Allier Montaño y Emilio Crenzel (coords.), *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política*, México, IIS-UNAM, 2015, pp. 185-219; Sergio Aguayo, *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*, México, Ediciones Proceso, 2015, 198 pp.

Cabe señalar que, como el lector podrá constatar, varias referencias a textos y autores se repiten en los distintos ensayos —incluyendo a la presente introducción— que conforman este trabajo colectivo. Esto, lejos de ser una casualidad, responde a la dinámica de discusión del Seminario que ha permitido apuntar distintas miradas hacia el mismo objeto, siempre con el fin de aportar nuevos elementos a la discusión. También destacamos el uso variado de las fuentes, especialmente en los casos que implicaron una reinterpretación de testimonios recabados para otras investigaciones, así como la disposición de los autores para entrar en un terreno novedoso con respecto a sus líneas de investigación más frecuentes.

El trabajo de Carmen Collado nos muestra un amplio abanico de interpretaciones producidas por participantes, académicos e intelectuales sobre el movimiento estudiantil de 1968. El amplio *corpus* seleccionado tiene un arco temporal que va de 1971, apenas tres años después de los sucesos, hasta el 2012, e incluye autores de cuando menos dos generaciones distintas. Esta diversidad de textos y plumas, permite a la autora mapear una multiplicidad de significados atribuidos al fenómeno en cuestión y registrar el cambio de pulso en función de los distintos lugares de enunciación, así como agrupar aquellas versiones emparentadas a pesar de la distancia temporal.

El texto de Rodrigo Laguarda parte del cuestionamiento a la idea de que los eventos de 1968 funcionan como la clave explicativa de todos —o cuando menos la mayoría— de los cambios sociales y políticos del México de la segunda mitad del siglo XX, y tiene como materia prima los testimonios de diversos integrantes de la comunidad homosexual de la capital mexicana, en los que identifica un reacomodo de los recuerdos para encontrar la legitimidad del movimiento gay en los eventos de 1968.

Graciela de Garay, por su parte, indaga sobre la influencia del movimiento estudiantil de 1968 en la formación y práctica profesional de la arquitectura durante buena parte de la segunda mitad de la centuria. Para ello, compara las percepciones y experiencias

de tres arquitectos mexicanos a través de los relatos de historia de vida profesionales, teniendo como telón de fondo el cuestionamiento a la idea de que el 68 mexicano respondió mecánicamente a un proceso global.

Finalmente, el ensayo de Javier Rico y Juan Salazar, se concentra en cuestionar la caracterización genérica de "los jóvenes de los años sesenta", echando mano de estadísticas que muestran un México en el que no todos los jóvenes eran estudiantes, así como de testimonios orales de personas cuya juventud tuvo poco o nada que ver con los sucesos políticos de 1968.

El significado del 68

María del Carmen Collado Herrera[1]

Entre los académicos, historiadores, ensayistas y partícipes del movimiento estudiantil de 1968 existe una visión prácticamente predominante de que este hecho marcó una ruptura en la historia del México posrevolucionario. Un antes y un después. No obstante, hay algunas divergencias en torno al grado de importancia que se confiere a aquel en la historia del país. Si se trató de la culminación de un proceso acumulativo que venía de años anteriores, o si la naturaleza específica del movimiento lo convirtió en un parteaguas en el devenir mexicano: en el inicio de un nuevo periodo. Algunos autores, pocos en realidad, no le conceden una importancia capital al 68, sino que lo ven como parte de un proceso de cambio que inició antes y terminó después. Detrás de estas interpretaciones, de la construcción de un significado, se encuentran las posturas de los diferentes intérpretes, su relación con respecto a un hecho destacado de la historia contemporánea de México del cual fueron testigos y el presente desde el cual están escribiendo.

En este artículo se presentará un panorama de los significados que diversos historiadores, académicos, intelectuales y participantes del movimiento dieron a un hecho que atestiguaron y cuál fue la evolución de su mirada, si es que la hubo, a lo largo de casi cincuenta años. El pequeño grupo seleccionado para este ejercicio tiene la característica de que más de la mitad pertenecen a la generación de los estudiantes del 68, a la generación de la posguerra, nacidos entre 1946 y 1964, y seis de ellos son de la generación anterior.

[1] Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Todos los autores son coetáneos al hecho que analizan, por lo que están más o menos imbricados con la historia que narran, dependiendo del lugar desde donde la narran o de la edad que tenían en 1968. Esta relación, a juicio de algunos, les impediría hacer una historia neutra, pues, se arguye, no tienen suficiente distancia entre el hecho narrado y la vivencia personal, lo cual les impide

ver al pasado como a un otro, como a otro país.[2]

No obstante, las objeciones que existen sobre la validez de la historia contemporánea o del tiempo presente estas se diluyen cuando, parafraseando a Hans-Georg Gadamer, aceptamos "el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de las opiniones" y situamos a la historia como una disciplina hermenéutica.[3]

En las siguientes páginas presentaremos y analizaremos las interpretaciones de algunas obras de intelectuales como Carlos Fuentes, Octavio Paz y Elena Poniatowska; de partícipes del movimiento como Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla y Raúl Álvarez Garín; de historiadores y académicos como Sergio Aguayo, Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze, Soledad Loaeza, Luis Medina, Lorenzo Meyer, Enrique e Ilán Semo y Macario Schettino, e historiadores más jóvenes como Alberto del Castillo y Eugenia Allier Montaño. Desde luego, como hemos advertido, no se trata de un análisis exhaustivo, pues ello rebasaría los límites de un artículo, dada la ingente cantidad de escritos sobre el movimiento estudiantil de 1968 en México, pero sí de un grupo pequeño y significativo, que representa un abanico de diversas corrientes y posturas.

[2] Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2003, p. 18.

[3] Hans-George Gadamer, *apud.* Pablo Toro Blanco, "Historia del tiempo presente y necesidad de distancia en el tiempo: notas exploratorias para un entrelazamiento posible" en *Revista de Humanidades*, vol. 17-18, junio-diciembre, Santiago de Chile, Universidad Nacional Andrés Bello, 2008, p. 38.

Al calor del 68

Luis González de Alba, dirigente del movimiento estudiantil y miembro del Consejo Nacional de Huelga, en su libro testimonial *Los días y los años,* escrito desde la cárcel en 1970, no confirió al 68 un significado explícito, aún en las múltiples reimpresiones que alcanzó el texto desde que saliera a la luz en febrero de 1971. Aunque realizó una nueva edición de este libro en la Editorial Planeta en el 2008, en el cual se advierte que es una edición definitiva y revisada por el autor,[4] y en el 2013[5] la misma casa editorial publicó esta versión en una colección de bolsillo, incluyendo algunas fotografías, en ninguna de estas tiradas trae juicio alguno sobre el significado del 68. El texto referido es una narración de lo sucedido con ciertas licencias literarias y algunos vaivenes en el tiempo. Por la naturaleza un tanto literaria del texto y la cercanía con los hechos contados no puede pedírsele una reflexión sobre el significado del movimiento. No obstante, si el autor lo hubiera deseado, podría haber incluido alguna interpretación en una nota introductoria insertada en alguna de las reediciones subsecuentes, pero prefirió dejarlo tal como lo publicó por vez primera.[6] González de Alba publicó *Otros días otros años,* cuarenta años después del 68 y en este texto, donde incluye recuerdos que no habían sido publicados en su libro anterior, además de algunas canciones que compuso y una cronología de 1968, tampoco da una interpretación sobre el significado de este movimiento.[7]

En cambio, en un artículo que publicó González de Alba en el veinticinco aniversario del movimiento en la revista *Nexos*, titulado:

[4] Luis González de Alba, *Los días y los años,* 1ª ed. corregida y aumentada, México, Planeta, 2008, 240 pp.

[5] L. González de Alba, *Los días y los años,* México, Planeta, 2013, 311 pp.

[6] L. González de Alba, *Los días y los años,* México, Ediciones Era, 1971, 208 pp.

[7] L. González de Alba, *Otros días otros años,* México, Planeta, 2008, 171 pp. Este libro apareció en Planeta en 2008 y también publicó la versión de bolsillo de este texto en el 2013.

"1968. La fiesta y la tragedia", sí le dio un significado, que por cierto provocó polémica. Inició subrayando de manera inequívoca, el antes y el después que implicó la movilización con las siguientes palabras: "es también indiscutible el cambio profundo ocurrido en todos los niveles a partir de aquellas jornadas. Vivimos ahora otro México […]".[8] Una de las razones de la discusión que provocó este escrito es probablemente el tono sarcástico, irreverente, en el que hace una autocrítica al discurso construido por los participantes sobre el movimiento:

> En estos veinticinco años los dirigentes del movimiento estudiantil de 1968 hemos hablado muy bien de nosotros mismos, y, con razón: modificamos al país, hemos hecho partidos, sindicatos, publicaciones, leyes, cambios sociales y políticos. México es otro… el parteaguas… La épica de 1968… La tragedia. No pudimos levantar un monumento a las víctimas, pero lo hemos levantado a nosotros mismos; nunca nos dejamos transar, fuimos la imagen de la castidad y la pureza; la honestidad juvenil contra la torva maldad del gobierno.[9]

La crítica al maniqueísmo no se queda ahí, se extiende a la actitud opuesta al diálogo con las autoridades que sostuvo la dirigencia estudiantil, a la cual responsabiliza parcialmente de los costos humanos. "Mucho hay de cierto y mucho de falso. Cambiamos al país, ciertamente. Pero el precio pagado, los centenares de víctimas caídas por la criminal intransigencia del gobierno, quizá, sólo quizá, lo pudimos haber ahorrado".[10]

Otro de los aspectos controvertidos del artículo es, a no dudarlo, la interpretación que hace del movimiento como una fiesta.

[8] L. González de Alba, "1968. La fiesta y la tragedia", en *Nexos,* 1 de septiembre de 1993, disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=6871>. [Consulta: 3 de septiembre, 2017.]

[9] *Ibid.*

[10] *Ibid.*

Asegura que luego de cincuenta años de cuaresma vino el carnaval. Los estudiantes, afirma, no fueron movilizados por el descontento contra la represión a los presos políticos, por la digna respuesta del rector José Barros Sierra contra el ataque a los jóvenes que se refugiaron en la Preparatoria 1 o del pragmatismo de buena parte del pliego petitorio, es decir, por la conciencia social de los estudiantes, sino por su deseo de salir de la sociedad rígida y anquilosada en la que vivían. El ánimo de carnaval, la búsqueda del placer, de la libertad de llevar el pelo largo y vestirse a su gusto, fue en esta interpretación psicosocial de González de Alba, la que llevó a los jóvenes a unirse al movimiento.

> Fue este fermento social, más que las demandas políticas, lo que resultó en los cambios que ahora vivimos en los usos y costumbres de los jóvenes y las ya no tan jóvenes: la liberalidad en el lenguaje, el comportamiento, la vestimenta, la sexualidad, las ideas, la religión y en la política, surgió de allí, de la fiesta y el carnaval que nosotros los dirigentes no logramos detener, por suerte. Se dio a nuestro pesar y en contra de nuestra opinión prematuramente avejentada.[11]

La interpretación culturalista del autor, que iría asumiendo posturas más moderadas con el transcurrir del tiempo, fue blanco de varias críticas[12] y para coronarla añadió que los propios líderes, por su oposición al diálogo, contribuyeron a la tragedia del 2 de octubre. Aunque atribuyó la matanza a "una torpeza criminal" por parte del gobierno —y no a una trampa planeada como indica la evidencia que hoy existe—, señaló que los dirigentes sacaron partido de su condición de víctimas. "Y el ser víctimas, no triunfadores, nos convirtió en los héroes más puros, [...] puros hasta la

[11] *Ibid.*

[12] Gilberto Guevara Niebla discute esta interpretación en su libro: *1968: Largo camino hacia la democracia*, México, Ediciones Cal y arena, 2008, 243 pp.

muerte. Sólo que no lo consultamos con la multitud que sería sacrificada".[13]

La conclusión del autor sobre la tragedia en que culminó el movimiento se emparentaba con su preocupación por el ánimo intransigente, purista, que veía en muchos de los dirigentes, convertidos en oposición de izquierda cuando escribió este ensayo, en 1993, y advertía que "el llamado de la sangre sigue presente".[14]

Uno de los libros testimoniales más influyentes sobre el hecho que me ocupa fue el de Elena Poniatowska: *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral,* publicado en 1971, poco tiempo después de que salió de la imprenta *Los días y los años.* Al igual que en el texto mencionado de González de Alba, Poniatowska no postula un significado explícito para el movimiento de 68. Su texto es un coro de denuncia contra el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz por la represión brutal que sufrieron los jóvenes. Llama la atención, que una narradora de izquierda, con una postura militante no haya aprovechado la edición corregida de 1998 para señalar su interpretación.[15] Nos referimos a esta tirada porque tuvo que modificar algunas partes del libro para corregir errores que Luis González de Alba le exigió en una demanda judicial que ganó a la autora.[16] No obstante, en el prólogo a la edición especial de *La noche de Tlatelolco* de 2012, Poniatowska señala al 68 como punto

[13] L. González de Alba, *op. cit.*, 1993.

[14] *Idem.*

[15] Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historial oral,* 1ª ed. corregida, México, Ediciones Era, 1998, 281 pp.

[16] L. González de Alba, "Para limpiar la memoria", en *Nexos,* 1 de octubre de 1997, disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=8565>. [Consulta: 3 de septiembre, 2017.] El ex dirigente había autorizado a Poniatowska que reprodujera algunos de los testimonios de su libro cuando éste aún no se editaba, pero luego de notar que reprodujo su material sin darle el crédito apropiado y modificó y atribuyó los testimonios a otros actores la demandó judicialmente. La sentencia del juez obligó a Poniatowska a sacar la edición de 1998 en donde enmendara los errores. L. González de Alba, "Respuesta a Elena Poniatowska" en *Milenio,* 16 de diciembre de 2013, disponible en: <http://www.milenio.com/firmas/luis_gonzalez_

de partida de una nueva cultura política: "Durante estos cuarenta y cuatro años, surgió una ciudadanía nueva, alerta, crítica y desencantada, cuyo punto de referencia era la masacre del 2 de octubre de 1968".[17] El prólogo le brinda el pretexto para relacionar a la "nueva ciudadanía" con la lucha de las izquierdas por acceder al poder, el surgimiento del movimiento #Yosoy132 en mayo de 2012 y la crítica al triunfo de Enrique Peña Nieto, el candidato del PRI, cuya victoria fue cuestionada por aquellos a causa del apoyo de Televisa en la construcción de su candidatura. También le sirve para contar cómo recopiló parte de los testimonios que están en su libro y así, legitimar su trabajo frente a las críticas de su antes amigo, Luis González de Alba. Así, para la autora, el 68 significó una ruptura a partir de la cual surgió una nueva ciudadanía.

Al poco tiempo de concluido el movimiento estudiantil, Octavio Paz, quien renunció como embajador en la India en protesta por la represión del 2 de octubre, dio una conferencia en la Universidad de Texas, en Austin, en octubre de 1969, a un año de los hechos en Tlatelolco y, al año siguiente, en febrero, la amplió, profundizó y publicó en forma de libro. Tituló a este texto *Posdata,* porque lo concibió como una prolongación de *El laberinto de la soledad.* En esta reflexión se centró en el significado de la matanza en Tlatelolco como sacrificio, en el cual se desplegó una historia invisible, la prehispánica, que constituye a los mexicanos, aunque no la vean. La violencia brutal e irracional con que fue reprimido el movimiento el 2 de octubre, "revela que un pasado que creíamos enterrado está vivo e irrumpe entre nosotros".[18] Señaló que "El 2 de octubre de 1968 terminó el movimiento estudiantil. También terminó una época en la historia de México".[19]

de_alba_lacalle/Respuesta-Elena-Poniatowska_18_209559064.html>. [Consulta: 3 de septiembre, 2017.]

[17] E. Poniatowska, *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral,* edición especial, México, Ediciones Era, 2012, pp. 25-26.

[18] Octavio Paz, *Posdata,* México, Siglo XXI, 1970, p. 40.

[19] *Ibid.,* p. 38.

Pero lo más importante del texto de Paz no es sólo el señalar la ruptura que significó el movimiento, sino haberlo condensado en el sacrificio ritual, a la manera azteca, para imponer miedo a la población. El 2 de octubre se convirtió en la representación de todo el movimiento, una idea que permearía a muchas de las interpretaciones posteriores sobre él. Al darle un significado de sacrificio al movimiento convirtió a las víctimas en mártires-héroes y esta postura es recogida por la mayor parte de la literatura sobre el 68, sobre todo por la testimonial.

Carlos Fuentes dio un significado más amplio al 68 en su texto *Tiempo mexicano* publicado en 1971. Consideró que con este movimiento el país había llegado a la etapa final del desarrollo económico, el cual había sacrificado el "progreso social" y la libertad política. Aseguraba que:

> Después del movimiento estudiantil de 1968, la 'democracia dirigida' a la mexicana no volverá a ser lo que fue. Las condiciones de su poder eran triples: unidad de las clases superiores que la gobiernan; manipulación de las clases trabajadoras; y consenso de las clases medias a las que favorece. Las demandas estudiantiles de libertad política, la resistencia pasiva de la población contra el exceso de sangre y la severa represión contra técnicos y funcionarios disidentes, han dañado gravemente ese consenso […][20]

El 68, dijo Fuentes, fue una de las etapas "definitivas de nuestra existencia nacional", equiparable a la Independencia, la Reforma y la Revolución, en cuanto crisis de conciencia, de crecimiento y de transformación.[21] Con ello dio una importancia capital al movimiento y expresaba: "Los jóvenes salieron a la calle para manifestar un hecho político; el más claro y justificable. Salieron a decir que se oponían a los vicios del sistema imperante en México; que querían participar en la creación de un país mejor; que carecían de

[20] Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994, pp. 143-144.
[21] *Ibid.*, p. 147.

medios democráticos para hacerse escuchar.”[22] Y continuó: “1968 significó un enorme despertar de las fuerzas cívicas en México […] significó también el asalto juvenil contra las seculares fortalezas del paternalismo, de la divinización del presidente, de la abyección seudo-religiosa ante el jefe”.[23]

Así, el 68 no sólo era un paso importantísimo en el avance de una sociedad hacia la democracia, sino que rompía con los moldes culturales del autoritarismo que caracterizaba al sistema político mexicano. Su interpretación del 68 no sólo como parteaguas en la historia de México del siglo XX, sino de la historia nacional en su conjunto, es una de las primeras en darle esta relevancia.[24]

Dos décadas después

Lorenzo Meyer y Héctor Aguilar Camín dan su interpretación al 68 en un libro de historia intitulado: *A la sombra de la Revolución mexicana,* publicado en 1989. La primera versión de este escrito apareció en 1987, como parte de un proyecto para hacer una historia de México en fascículos, encabezada por Enrique Florescano, que tuvo poca circulación. Una segunda versión, publicada por Editorial Patria apareció en 1988. Los autores decidieron ampliarla,

[22] *Ibid.,* p. 150.

[23] *Ibid.,* pp. 157-158.

[24] *Ibid.,* pp. 169-171. Fuentes, quien siempre se presentó como un intelectual de izquierda, dio crédito a los ofrecimientos de apertura democrática del presidente Luis Echeverría y creyó que la matanza del 10 de junio de 1971 fue realizada por las fuerzas diazordacistas insertas en el gobierno. Aunque exigió que se esclareciera completamente lo sucedido y se castigara a los responsables, cosa que no sucedió, aceptó el nombramiento de embajador en Francia que le ofreció Echeverría y fue tildado de oportunista por sus críticos. Fungió como embajador entre 1972 y 1977 año en que renunció a causa del nombramiento de Gustavo Díaz Ordaz como embajador en España hecho por el entonces presidente José López Portillo.

profundizarla y publicarla como un libro sin ilustraciones en julio de 1989.

Para Meyer y Aguilar Camín, 1968 fue un capítulo más en la larga historia de lucha de la clase media por la democracia; el movimiento fue el producto del profundo malestar de los jóvenes universitarios que se expresó "en la agitación más abierta, constante, multitudinaria de la historia contemporánea de México", la cual terminó con una matanza indiscriminada de manifestantes. A partir de entonces, "las bases de la legitimidad del régimen frente a un amplio sector de la clase media, beneficiaria del régimen y fuente de reclutamiento de los cuadros de la administración quedaron indeleblemente erosionadas".[25] 1968 marca el inicio de un nuevo periodo en la segunda mitad del siglo XX que arranca con una "crisis política, moral y psicológica, de convicciones y valores que sacudió los esquemas triunfales de la capa gobernante; fue el anuncio sangriento de que los tiempos habían cambiado sin que cambiaran las recetas para enfrentarlos".[26]

> [La movilización estudiantil y su represión] Representó el choque de una sensibilidad política y social inmovilista y monolítica —asida a los moldes vacíos de la unidad nacional y a la veneración aldeana de los símbolos patrios— con los testigos frescos e irreductibles de una realidad desnacionalizada y dependiente, en rápida transculturación neocolonial, extraordinariamente sensible a las causas y los símbolos que le eran contemporáneos. […] La represión del 68 y la masacre de Tlatelolco fueron las respuestas petrificadas del pasado a un movimiento que recogía las pulsaciones del porvenir, que era en sí mismo la presencia embrionaria de otro país y otra sociedad cuyos vaivenes centrales serían cada vez más difíciles de manejar desde entonces con los viejos expedientes de manipulación y control.

[25] Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución mexicana,* México, Ediciones Cal y arena, 1989, p. 222.

[26] *Ibid.*, p. 241.

Para Meyer y Aguilar Camín, la ruptura inicia un nuevo periodo marcado por una "transición de orden histórico que abre la pregunta sobre la duración y el destino del sistema político institucional derivado del pacto social que conocemos como Revolución Mexicana".[27] Este periodo de transición estuvo marcado por la reconciliación y cooptación que se expresa en la reforma política de 1977 que trajo el registro de nuevos partidos de izquierdas y derechas y condujo a la amnistía de parte de los integrantes de la guerrilla que surgió en la década de 1970; el surgimiento de nuevas disidencias como la obrera denominada Tendencia Democrática; y la búsqueda de una salida que, por la vía del voto, dejara atrás al sistema político que surgió en el México posrevolucionario. Estas aspiraciones se expresaron con fuerza en las elecciones de 1988, las cuales crearon la posibilidad de una alternancia política democrática.[28]

La transición interrumpida. México 1968-1988, coordinado por Ilán Semo, y publicado en 1993 es un texto que, al igual que *A la sombra de la Revolución mexicana,* reflexiona sobre los veinte años que separan al movimiento estudiantil de las elecciones de 1988. En estas elecciones, de acuerdo a las cifras de la Comisión Federal Electoral, controlada por la Secretaría de Gobernación, el candidato del PRI: Carlos Salinas de Gortari ganó las elecciones con apenas un 42.4 por ciento, el porcentaje más bajo obtenido por este partido desde que se fundó en 1929. El título de esta obra ya alude al hecho de que la transición mexicana a la democracia inició con el movimiento estudiantil de 1968. En su "Presentación", Ilán Semo señala:

> La naturaleza de la revuelta que conmovió al país durante dos meses y medio se revela en la reiteración de un afán que, intermitentemente, ventila nuestra historia moderna —el afán de desmantelar

[27] *Ibid.*, p. 239.
[28] *Ibid.,* pp. 283-295.

las bases rigurosas del régimen autoritario: el presidencialismo, la impunidad del Estado, la arbitrariedad del sistema jurídico y policiaco, la inmunidad de la burocracia política, la opinión pública reducida al monólogo de quienes gobiernan, la política convertida en un monopolio de clanes y grupos de presión, el discurso cifrado en códigos para quienes mandan, la patética ética del sistema.[29]

Por su parte, Soledad Loaeza, considera en este mismo libro que el 68 tuvo influencia en los cambios políticos acaecidos en México a partir de entonces. Más aún, ve una línea de continuidad entre el verano de 1968 y "la eclosión electoralista" de 1988.

[…] la relación 1968 y 1988 residiría en que el movimiento estudiantil fue el primer paso hacia la implantación del modelo pluralista y el desplazamiento del corporativismo, dado que su tema central fue la defensa de las garantías individuales consagradas en la Constitución… Tan profundo fue el efecto de la crisis de 1968 que puede pensarse que precipitó, en particular a través del reformismo de los años siguientes, un cambio de sistema político que es la base del cambio de régimen que está ocurriendo actualmente [...] El conflicto estudiantil condicionó de tal manera las percepciones, los comportamientos y las decisiones políticas de quienes lo vivieron desde el poder y contra él, e incluso de aquellos (la mayoría) que se mantuvieron como simples espectadores, que esa experiencia determinó el tipo de cambio que, agregados, fueron configurando un nuevo sistema político.[30]

Así, en este artículo Loaeza secunda a quienes vieron en el 68 un parteaguas en la historia nacional y considera que la "transición democrática" implicaba un cambio de régimen. En contraste,

[29] I. Semo, "Presentación" en I. Semo (coord.), *La transición interrumpida. México 1968-1988,* México, Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen, 1993, p. 9.

[30] Soledad Loaeza, "México, 1968: los orígenes de la transición" en Ilán Semo, *op cit.,* pp. 17-18.

Enrique Semo ve a 1968 y a 1988 como dos fechas de "gran significado", que forman parte de un proceso que se inició antes y "está lejos de haber culminado" y que se define por "la disputa sobre el papel del Estado en la sociedad y las formas de dominación vigentes".[31] "El 68 no fue en la práctica el inicio de una nueva época, pero sí una explosión de esperanzas y cuestionamientos que actuó poderosamente en la década que le siguió".[32] En la visión del historiador priva la mirada de larga duración.

Carlos Fuentes, en *Nuevo tiempo mexicano,* publicado en 1994, influido tal vez por la crisis política que significó el asesinato del candidato del PRI Luis Donaldo Colosio el año anterior y el levantamiento neozapatista en Chiapas al despuntar 1994, publicó sus reflexiones en torno a México. Con el transcurrir del tiempo modificó su visión, disminuyendo la importancia que dio al movimiento estudiantil veintitrés años antes, cuando lo equiparó con la Independencia, la Reforma y la Revolución mexicana. Poco más de dos décadas después, Fuentes interpretó al 68 como el "parteaguas de la conciencia contemporánea de México", como el producto de "una sociedad civil naciente, cada vez más fuerte, más educada, más crítica, más diversificada, [que] comenzaba a manifestarse. Lo hizo, sorpresiva y acaso caóticamente, en 1968. El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, autocomplacido y autoritario no entendió lo que ocurría. Contestó al desafío social con la fuerza armada. La Noche de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968 […]".[33]

Fuentes, acaso a la luz de acontecimientos como las elecciones de 1988, que obligaron al sistema político a abrirse al triunfo de candidaturas de izquierdas y derechas, y el levantamiento neozapatista en el sur, por mencionar sólo dos de los más importantes hechos políticos acaecidos entre 1971 y 1994, modificó su lectura sobre el 68 y si bien le confirió un gran papel como generador de

[31] E. Semo, "La izquierda vis-a-vis", en Ilán Semo, *op. cit.,* p. 127.

[32] *Ibid.*, p. 128.

[33] C. Fuentes, *op. cit.,* p. 73.

la conciencia del México contemporáneo, no le dio la misma importancia que en su *Tiempo mexicano* publicado poco más de dos décadas atrás. El levantamiento chiapaneco de 1994 puso en evidencia la pervivencia de la pobreza, el despojo y la injusticia que por siglos han padecido los indígenas en el país. A la luz de esta problemática, que ilumina las diversas realidades que confronta el país, el movimiento del 68 adquiere para Fuentes una nueva dimensión, como un movimiento político urbano. Lo considera como una ruptura en el devenir del siglo XX, pero ya no lo magnifica como hizo antes, e incluso plantea su posible carácter caótico.

En 1994, Luis Medina elaboró una historia del siglo XX, de 1920 a 1993. En ella ve al movimiento estudiantil de 1968 como parte de un proceso de cambio del Estado cuyas primeras variaciones sitúa en 1963 —con la creación de los diputados de partido—, que se expresa dramáticamente en los acontecimientos de 1968 y sufre una enorme sacudida con los comicios de 1988. A partir de entonces, México, afirma, vive en un proceso de transición en que el nuevo Estado empieza a configurarse.[34]

De esta manera sitúa al 68 como parte de un proceso largo de cambio y considera que: "Los eventos de 1968 sacudieron la conciencia nacional y fueron un llamado de atención de que algo andaba mal; a partir de entonces empezó a desaparecer la autocomplacencia política, versión desfigurada del triunfalismo, que pensaba acabado y perfecto el entramado político [...] empezó, también, a desdibujarse el milagro económico mexicano".[35] El autor afirma que sin esa movilización posiblemente los cambios económicos y políticos hubieran sido más pausados y la aceptación de las "nuevas realidades, menos abrupta y espasmódica" en referencia al sexenio de Luis Echeverría, donde aparecieron las guerrillas, nuevos partidos de izquierdas, grupos de discusión del

[34] Luis Medina, *Hacia el nuevo Estado. México 1920-1993*, p. 17.
[35] *Ibid.*, p. 200.

pensamiento marxista, el sindicalismo universitario[36] y donde se experimentaron varias políticas económicas fallidas. Medina es uno de los primeros en hacer coincidir el inicio de la decadencia del desarrollo estabilizador con la crisis política. Tal vez esto se relaciona con su interés por delinear las causas de la profunda crisis económica que caracterizó al gobierno de Miguel de la Madrid, al cual evita responsabilizar de las decisiones que llevaron al país a lo que algunos han llamado "la década pérdida".

Medina reconoce que el 68 tuvo muchas aportaciones. Para él, una de las más importantes fue la constancia de que era posible promover campañas políticas entre la población mediante brigadas. Afirmó que el movimiento fracasó por la falta de una dirección política estructurada, pero también señaló que entre las múltiples explicaciones de los acontecimientos "ha corrido paralela una corriente que ha tendido a mitologizar el movimiento para dar cabida y aplicación a los sueños, aspiraciones, logros y frustraciones de toda una generación".[37] Para el autor, el 68 fue un acontecimiento, un eslabón en la cadena de un proceso de cambio político que venía de antes y que continuó después y, subraya, que esta movilización posiblemente hizo más convulsas las transformaciones económicas y políticas que aparecieron después.

Al filo del fin de siglo

Enrique Krauze publicó en 1997 *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996),* un libro en donde retoma casi seis décadas de historia política del país, tejida a través de las biografías de los diferentes presidentes que gobernaron México. Culmina en 1996 porque considera que en ese año se dio un cambio de rumbo en el país.

[36] *Ibid.,* p. 221.
[37] *Ibid.,* p. 214.

El autor considera que:

> El sistema llegó a su cenit en los años sesenta. Era un mecanismo casi genial, […] pero fue víctima de su propio éxito [...] Estaba diseñado para una población mucho menor (en 1950 México tenía 25 millones de habitantes […]). Se trataba de un experimento de economía protegida, sociedad tutelada y política cerrada, insostenible en un mundo que se abría a la competencia y la comunicación global. La matanza de cientos de estudiantes en 1968 supuso el punto de inflexión, el comienzo de una larga decadencia.[38]

Con respecto a su imbricación como coetáneo a los hechos que narra señala: "Mi tratamiento del movimiento estudiantil —episodio clave en nuestra historia política contemporánea— tiene, en parte, ese carácter directo y personal que luego se acentúa en los siguientes sexenios".[39]

En palabras de Krauze: "Los jóvenes rebeldes experimentaban una indefinible sensación de libertad, el vértigo de pisar terreno prohibido. Un inmenso 'No' envolvía a los manifestantes, partía de sus voces, de sus pasos, estallaba en el cielo, un 'No' contra la autoridad".[40] Para el autor, el movimiento tuvo una dimensión política y otra cultural y marcó el inicio de la decadencia del sistema político, pero no le confirió la fuerza que otros autores que sí lo vieron como una ruptura.

> El movimiento estudiantil de 1968 abría una grieta en el sistema político mexicano por donde este menos lo esperaba; en la zona de sus mayores beneficiarios, los hijos de la clase media, que descubrían por cuenta propia el sentido de la sentencia bíblica 'no sólo de pan vive el hombre'. Su protesta no tenía un carácter revolucionario, sino libertario. Como en el caso de los médicos, el gobierno no

[38] Enrique Krauze, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1997, pp. 15-16.
[39] *Ibid.*, p. 17.
[40] *Ibid.,* p. 322.

> supo qué hacer con la disidencia de la clase media, salvo emplear los mismos métodos violentos que tan efectivos resultados habían dado con los obreros y campesinos. Tratarla así fue contraproducente. No quebró al sistema, pero lo hirió de muerte en su legitimidad.[41]

El autor, que considera que el 68 fue un cambio de dirección y que demostró la inutilidad de los anteriores métodos de cooptación y legitimación, no afirma que este formara parte de la lucha por la democracia. En todo caso, el libertarismo del movimiento trajo aire fresco y evidenció la caducidad de la forma de hacer política que surgió en México a partir de la posguerra.

En 1998, a treinta años del 68, Raúl Álvarez Garín, uno de los dirigentes del movimiento estudiantil, escribió su historia: *La estela de Tlatelolco.* Para este ex líder, militante de izquierdas, el 68 ilumina todos los movimientos políticos que persiguen la libertad. En sus palabras: "Cuando se recrean con cuidado los sucesos del 68 deslumbra el resplandor de esa luz que iluminó el cielo de la libertad por un momento. Y los signos que ahora anuncian la vuelta del cometa no son como el presagio de los magos y los adivinos, son la certidumbre de la historia y los afanes de justicia, libertad e igualdad irrefrenables".[42] El movimiento fue una especie de inspiración para los grupos políticos que persiguen la igualdad, la libertad y la justicia, según su interpretación.

Si bien reconoce Álvarez Garín que en el 68 se movieron causas de orden cultural como la influencia de la contracultura juvenil de Estados Unidos, subraya que lo político fue lo definitivo, el epicentro de la movilización. En sus palabras:

[41] *Ibid.,* pp. 358-359.

[42] Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco. La reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68,* 1ª ed., México, Grijalbo, 1998, p. 21.

> Los cambios más importantes que se produjeron con el Movimiento se ubican en el plano de la conciencia y de los valores de la gente, especialmente urbana y de clase media, en el nivel de politización, de la disposición militante y de la solidez y consecuencia de sus convicciones. Se trata de cambios reales que tienen sus raíces y causas en el Movimiento mismo, y que no se explican a cabalidad por la invocación de causas económicas, por la influencia ideológica del atractivo de nuevas costumbres, u otras, aunque todos estos factores tengan un cierto valor explicativo.[43]

El 68, como fenómeno de cambio eminentemente político iluminó y prohijó toda una serie de movimientos que le sucedieron. Álvarez Garín no lo compara con ningún otro momento de la historia de México, sino que lo presenta como el acontecimiento central, el más influyente de los últimos cuarenta años del siglo XX: "El movimiento del 68 tiene consecuencias muy profundas en la conciencia nacional y de largo plazo porque produce decenas de miles de militantes, de gente dispuesta a actuar políticamente durante toda su vida. Aunque no se consoliden formas de organización específicas, derivadas directamente del Movimiento, promueve una amplísima gama de formas de organización social en grupos de acción política".[44]

Para el autor, el 68 fue una ruptura enorme a partir de la cual se generaron toda una serie de movimientos, se gestó un semillero de militantes que han dado forma a la vida política de México y que se ha manifestado en la posibilidad de las izquierdas de acceder al poder por la vía democrática. De tal suerte, el 68 es una gesta de la mayor importancia, que "deslumbra con su luz el cielo de la libertad". Este sobredimensionamiento del 68 constituye un ejemplo claro de la mitologización que la corriente historiográfica mayormente elaborada por los participantes del movimiento, identificada con las izquierdas, ha realizado.

[43] *Ibid.,* p. 25.
[44] *Ibid.,* p. 197.

Sergio Aguayo con motivo del trigésimo aniversario del movimiento publicó *1968: los archivos de la violencia*, libro en el cual recupera una serie importante de materiales contenidos en archivos de seguridad nacional mexicanos, estadounidenses y algunos repositorios diplomáticos de varios países, incluyendo México. El autor señala que luego de tres décadas y de la creación de una Comisión de la Verdad nacida en 1993 como una iniciativa ciudadana que buscaba que el Estado abriera sus archivos, escribió este texto en donde intenta dilucidar qué fue lo que pasó en el 68, quiénes fueron los responsables de la represión, a partir del cotejo de diferentes fuentes nacionales y del extranjero. Para Aguayo, quien se centra en la represión:

> Tlatelolco fue un asalto a la dignidad humana y una ofensa a la razón, uno de los principales legitimadores de la era moderna […] también destruyó o afectó las vidas de los miles que vivieron el trauma de una violencia brutal no esperada y que no recibieron una atención adecuada […] Tlatelolco se convirtió en el símbolo de todo lo negativo del sistema político (la violencia impune contra disidentes moderados) que tenía que esclarecerse como condición previa para dar el brinco a una sociedad más justa.[45]

Para Aguayo a partir de la masacre se modificó la percepción que periodistas, intelectuales, académicos, tanto nacionales como extranjeros tenían sobre el país, y eso también sucedió con los gobiernos de otras naciones. Considera que a partir de estos hechos se realizó una gran transformación, un cambio muy importante:

> El 68 también sacudió el consenso tan grande que tenía a su favor el régimen […] Estas fracturas en el consenso interno aceleraron procesos que han transformado a México. Entre los más evidentes está el fortalecimiento de los partidos opositores, la proliferación

[45] Sergio Aguayo, *1968: los archivos de la violencia,* México, Grijalbo, 1998, p. 292.

> de los organismos no gubernamentales, la creación de movimientos a favor de los derechos humanos, la consolidación de la prensa independiente y haber logrado, finalmente, que las elecciones sean libres y confiables.[46]

Las consideraciones de este autor ubican al 68 como una ruptura y el inicio de una nueva época en México, aunque habría que repensar si todos los cambios que atribuye al movimiento efectivamente tienen su raíz en esta gran movilización y protesta juvenil. Lo que es indudable es que Aguayo se ubica entre los autores que dan al 68 una importancia capital, que colocan a la represión como el punto de condensación de todos los vicios del sistema político mexicano de la posguerra y un parteaguas en la historia del país.

Desde el siglo XXI

Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg coordinaron *Una historia contemporánea de México* en cuatro tomos que vio la luz en 2005. Se trata de una obra colectiva que supone que la historia contemporánea o del tiempo presente en México e inicia precisamente en 1968 y confiere al movimiento estudiantil un papel estelar como punto de viraje en el devenir del país.

"La visión general" que escribió Meyer como acápite de la obra referida, inicia con el análisis de un memorándum elaborado por la CIA en 1969 que afirmaba que el movimiento estudiantil del año anterior había producido en el país "un cambio cualitativo". Añadió Meyer que: "La CIA no se equivocaba, y alcanzó a ver lo que buena parte de las clases gobernantes mexicanas se negaron a aceptar entonces y durante un buen tiempo después: que una etapa del proceso histórico del país había concluido y otra acababa de

46 *Ibid,* p. 306.

iniciarse".[47] En los treinta y siete años transcurridos entre el 68 y la publicación de la obra quedó claro, señala el autor, que "1968 fue uno de esos años que pueden calificarse como de inflexión, es decir, un momento en que ciertos desarrollos y tendencias concluyen o se modifican de manera sustantiva y otros más se inician. El resultado final es que el conjunto cambia de dirección".[48] Y agrega:

> El 'movimiento de 68' era, efectivamente, un desafío y una negación de la legitimidad, no del orden formal sino del orden real; del sistema autoritario existente en México que no era otra cosa que el resultado natural, casi inevitable de la consolidación y evolución del proyecto y los intereses de la facción vencedora de la revolución que se iniciara en 1910 en nombre de una democracia política, pero que, finalmente, cristalizó en un orden basado en un partido de Estado que monopolizó el poder por más de siete décadas. Y para sostenerse ese orden exigía que ningún actor o fuerza política significativa pudiera organizarse y actuar de manera independiente, que era justamente lo que pretendían los estudiantes. […] Entonces y después en la imaginación y la conducta de un buen número de mexicanos, el movimiento del 68 actuó como catalizador del proceso de cambio que venía gestándose hacía tiempo. De cara al futuro, la represión masiva e indiscriminada de Tlatelolco —los muertos se calculan en un centenar— se convirtió en un punto de referencia, en un antes y un después del proceso político y cultural de México.[49]

Al contrario de Medina, quien en su visión retrospectiva ata los inicios de la decadencia del llamado "milagro mexicano" con el 68, Meyer advierte que: "La crisis política de 1968 se dio en un contexto de expansión urbana, de ensanchamiento de las oportunidades como resultado del crecimiento económico. Y ese crecimiento

[47] L. Meyer, "La visión general", en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México,* t. 2, México, Editorial Océano, 2005, p. 15.

[48] *Idem.*

[49] *Ibid.,* pp. 15-16.

relativamente alto, combinado con baja inflación —el llamado ‘desarrollo estabilizador’— se sostuvo hasta 1973”.[50]

El 68 es claramente interpretado como una ruptura que cambió la cultura y la política del país, la culminación de un proceso que comenzó su gestación antes. El cambio de dirección que sufrió el país, según la interpretación de Meyer, se emparenta con la visión de los escritores de izquierdas, pero no le confiere ese carácter mitológico a la participación de los jóvenes que buena parte de los ex dirigentes le atribuyen, ni se centra en la tragedia de Tlatelolco como detonador del cambio.

Soledad Loaeza en un artículo que forma parte del libro de historia al que acabamos de hacer referencia, coordinado por Meyer y Bizberg, intitulado: “Gustavo Díaz Ordaz: el colapso del milagro mexicano” da su versión de lo ocurrido en 68. Doce años después del artículo que publicara en 1993, considera que para los mexicanos del siglo XXI, el 68 “es una efeméride consagrada del largo proceso que culminó en la construcción de un régimen multipartidista y el fin de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional”.[51] Advierte la autora que, con el transcurrir de los años, el movimiento ha adquirido una dimensión legendaria, se ha convertido en el punto de referencia de todo movimiento antiautoritario y de democratización que ha surgido en el país, porque la matanza y la tragedia constituyeron el punto de cristalización del autoritarismo mexicano.[52]

Loaeza no confiere al 68 un carácter de ruptura, a diferencia de su escrito anterior, sino un acontecimiento importante en una cadena de hechos que se iniciaron antes de esa fecha y concluyeron después y que marcaron el fin del consenso autoritario construido en 1946. Difiere de la interpretación que sitúa al

[50] *Ibid.,* p. 24.

[51] Soledad Loaeza, “Gustavo Díaz Ordaz: el colapso del milagro mexicano”, en L. Meyer y I. Bizberg, *op. cit.,* t. 2, p. 117.

[52] *Idem.*

movimiento como "el origen de la erosión del autoritarismo", y aclara que debe analizarse en su contexto histórico. Lo describe como: "[…] la última falla crítica del sistema político en el que se conjugaron los efectos de más de una década de desafíos al monopolio del poder cuyos protagonistas habían sido oposiciones radicalizadas y grupos independientes de obreros y campesinos".[53] Señala que el movimiento marca el fin de la excepcionalidad mexicana respecto a América Latina, y que, a partir de entonces las izquierdas homologaron el autoritarismo mexicano con las dictaduras de la región y se refirieron al régimen como una dictadura de setenta años.

La autora marca el carácter legendario del movimiento y no lo define con claridad como un parteaguas en la historia nacional, sino como parte de un proceso de cambio; aunque a veces titubea y señala que durante la campaña presidencial de 1970 se sabía que "algo muy profundo había cambiado a México, y que nada podría volver a ser como antes".[54] A la vez, trata de explicar la represión del gobierno de Díaz Ordaz como resultado del contexto de la guerra fría, de un autoritarismo paralizado, incapaz de incorporar a las oposiciones, y cuidadoso de que una ruptura en el orden institucional pudiera provocar una intervención estadounidense, en una etapa en que el país vecino del norte obraba con nerviosismo y aumentó su injerencia como respuesta a la llegada de la confrontación Este-Oeste en la región.[55] De esta manera, al explicar que la reacción del gobierno se debió a su temor de que Estados Unidos pudiera intervenir en México, reduce la responsabilidad del Presidente en su violenta respuesta.

Macario Schettino, en un libro de historia del siglo XX en México publicado en 2007, hace una serie de interpretaciones sin sustento sobre la historia nacional, pero por representar una historiografía

[53] *Ibid.,* p. 118.
[54] *Ibid.,* p. 119.
[55] *Ibid.,* pp. 151-154.

conservadora vale la pena situar su interpretación. Considera que el 68 fue el movimiento más amplio y popular de su época, que fue una respuesta al autoritarismo, pero no le confiere un carácter de ruptura. Más bien lo utiliza para explicar lo que él denomina populismo, es decir, un gasto público elevado financiado con déficit, aunado a un discurso de apoyo a los grupos populares. Así: "[…]

la matanza de 1968 ha pesado en las políticas populistas de los años setenta lo mismo que en la dificultad que han tenido los gobiernos, desde los ochenta, para resolver problemas que incluyan un componente de movilización social".[56] Añade este autor: "Pero el efecto más importante del 2 de octubre fue un trauma en el régimen de la Revolución, que no puede, después de esa matanza, sostener con facilidad el mismo discurso que le había permitido gobernar a México con amplia legitimidad".[57]

Así, Schettino no considera al movimiento como una ruptura, sino como una más de muchas movilizaciones, que tiene un ingrediente antiautoritario y que, según él, y en coincidencia con lo señalado por Medina, explica por qué el gobierno de Luis Echeverría adoptó ciertas políticas económicas. Retoma el escrito arriba citado de Loaeza en el que afirma que la crispación resultado de la polarización ideológica hicieron que tanto los estudiantes como el gobierno confundieran la realidad y obraran en medio de la incertidumbre.[58] Lo más curioso es que lo vea como un trauma para la clase gobernante y le confiera tan poco significado entre la sociedad. No resulta sorprendente su interpretación si tomamos en cuenta que, entre otras afirmaciones sin evidencia en este texto, afirma que la Revolución mexicana no fue un hecho histórico, sino una construcción cultural.[59] La interpretación del 68 como

[56] Macario Schettino, *Cien años de confusión. México en el siglo XX,* México, Taurus, 2007, p. 349.

[57] *Ibid.,* p. 363.

[58] *Idem.*

[59] *Ibid.,* p. 13.

un hito en la lucha contra el autoritarismo del sistema político coincide con la visión que el PAN asumió con Vicente Fox, cuando el panismo integró al 68 como parte de la lucha contra el PRI.

Gilberto Guevara Niebla, uno de los ex dirigentes del movimiento estudiantil publicó en 2008 el libro: *1968: Largo camino a la democracia.* En él señala: "Quiero escribir al margen de los mitos de la izquierda que exageran el significado de 1968; mitos de la derecha que descalifican la protesta política de aquel año. Del lado de los protagonistas directos el error ha sido magnificar […] Tampoco coincido con la otra vertiente que quiere ver en cada estudiante un comunista, un enemigo del Estado y la ley".[60]

Para este autor con la matanza de Tlatelolco se trajo una "dimensión de irracionalidad" a la política nacional que no ha sido superada. Además, detonó la crisis de la educación superior, fue el origen de las guerrillas de la década de 1970 "y la conformación del estilo antagonista, activista y radical de la izquierda mexicana".[61] Reconoce que el 68 trajo un cambio:

> El movimiento del 68 dejó un legado múltiple y diverso: aunque no siempre es perceptible una relación lineal de causa-efecto, se registraron cambios en el estilo de gobernar, en el trato a las manifestaciones sociales, en el comportamiento de las fuerzas públicas, en el control de los medios de comunicación, en la política social, educativa y económica. Un cambio lento, gradual, que sin duda ha propiciado un margen mayor de libertad.[62]

El autor advierte que el movimiento cambió la historia moderna de México, pero también reconoce que en "la evocación" de estos hechos se mezclan política y mito. El primero como elemento

[60] Gilberto Guevara Niebla, *1968: Largo camino a la democracia,* México, Ediciones Cal y arena, 2008, p. 16.

[61] *Ibid.*, p. 21.

[62] *Ibid.,* p. 23.

racional, que establece una relación medio a fines; el segundo como "relato simbólico y un vínculo emotivo".[63] "1968 ha sido punto de referencia, vértice que cierra un ciclo histórico y abre otro [...] condensó a sus antecesores, los procesó, transformó —y descubrió horizontes políticos insospechados".[64] Trajo cambios culturales muy grandes, provocó la polarización de la sociedad haciendo que muchos jóvenes, profesionistas e intelectuales se integraran a la oposición y: "Contribuyó a difundir en la sociedad una cultura antiautoritaria: un conjunto de valores se diseminó sobre todo en las capas ilustradas. Este antiautoritarismo sirvió de fundamento a un nuevo discurso centrado en la defensa de los derechos humanos y la reivindicación de la sociedad civil".[65] Pero la represión también tuvo reflejos indirectos perversos como el surgimiento de una izquierda radical e intransigente que vio en la guerrilla el medio de cambiar al sistema; el activismo, el "movimientismo" y la "invasión de la politiquería".[66]

Si bien Guevara Niebla ve al 68 como un parteaguas, el cierre de un ciclo y el inicio de otro, hace muchas críticas al radicalismo y no se queda sólo con los cambios que considera positivos. Critica no únicamente la salida guerrillera, sino ciertas formas de hacer políticas intransigentes, extremistas, entre las cuales sitúa al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, cuya rebelión, a su juicio, empañó las elecciones y a algunos grupos de izquierdas, sin mencionar a ninguno por nombre. Se advierte en el autor un distanciamiento con las formas de hacer políticas más militantes y radicales las cuales, en su interpretación, son parte de los efectos perversos del 68. Es interesante advertir que este ex dirigente mantiene una postura crítica al movimiento estudiantil y se distancia de la visión heroica y mitologizada.

[63] *Ibid.,* p. 49.
[64] *Ibid.,* p. 125.
[65] *Ibid.,* p. 127.
[66] *Ibid.,* p. 144.

Una mirada más distante

Alberto del Castillo Troncoso publicó en 2012 un libro en donde analiza la fotografía del movimiento estudiantil de 1968: *Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968. La fotografía y la construcción de un imaginario.* En la introducción señala, con razón, que hacen falta más trabajos históricos que estudien a este movimiento a fin de rebasar la crónica y lo testimonial. Señala que coexisten dos memorias sobre este acontecimiento, una de denuncia y otra de elogio, aunque prevalece la primera.[67] Apunta al 68 como uno de los cuatro grandes movimientos sociales del siglo XX posteriores a la Revolución, apoyándose en una interpretación de Soledad Loaeza.[68] Así, éste es integrado a una tercera oleada de protestas que duró una década e incluyó a obreros, campesinos, empresarios, católicos, comunistas y anticomunistas e inició en 1958.[69] Al recuperar esta interpretación, Del Castillo minimiza la importancia de la movilización estudiantil y no le confiere una aportación particular a la historia política y cultural del país.

En otro libro coordinado por Del Castillo y publicado también en 2012, intitulado: *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación,* aborda el significado del 68 en la introducción. Señala que: "El movimiento de 1968 está considerado el levantamiento ciudadano de carácter pacífico más relevante de la segunda mitad del siglo pasado en México. Una de sus aportaciones más importantes consistió en la reivindicación de un Estado de derecho, en una época en que el país estaba gobernado por un régimen autoritario, sin contrapesos

[67] Alberto del Castillo, *Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968: La fotografía y la construcción de un imaginario,* México, Instituto Mora: IISUE, 2012, p. 14.

[68] Se refiere al texto "Las olas de la movilización y la protesta, 1920-2000," en Soledad Loaeza (coord.), *Gran historia de México ilustrada, El siglo XX mexicano,* v. 5, México, Planeta, 2001, p. 244.

[69] *Ibid.,* p. 15.

democráticos reales […]".[70] Y también apunta que, en años recientes, el poder Ejecutivo y el Legislativo lo han exaltado como episodio clave en la historia reciente del país y lo han relacionado con la transición política del régimen. Se pregunta el autor si estaremos asistiendo al surgimiento de un nuevo mito del sistema político mexicano en la etapa iniciada con la alternancia de partidos políticos.

Del Castillo mantiene cierta distancia de la interpretación que señala al 68 como el levantamiento ciudadano más importante de la segunda mitad del siglo XX, al decir "está considerado", pero más adelante señala que hizo una contribución al reivindicar el Estado de derecho. No obstante, en la introducción no lo considera abiertamente como un momento de ruptura en la historia nacional.

Eugenia Allier Montaño en un artículo publicado en el libro arriba mencionado, con el título: "El movimiento estudiantil de 1968 en México: Historia, memoria y recepciones", analiza el tema de las memorias públicas dominantes que han surgido sobre el 68. Señala que éste se está convirtiendo en uno de los acontecimientos centrales del siglo XX mexicano y que los historiadores políticos le están incluyendo como momento clave en la democratización del país. La autora hace un recuento de los diferentes momentos en que la celebración del 68 ha sido apropiada por las izquierdas, por la izquierda democrática y finalmente por el gobierno de derechas de Vicente Fox. Concluye en que coexisten la memoria de la represión y la memoria de elogio.[71] La primera se utiliza para denunciar la represión y la segunda para reivindicar al movimiento como detonador de la democratización en México.

> El 2 de octubre ha quedado como el último momento del movimiento estudiantil y también por eso condensa todo lo vivido aquel

[70] A. del Castillo, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación,* 1ª ed., México, Instituto Mora, 2012, p. 8.

[71] Eugenia Allier Montaño, "El movimiento estudiantil de 1968 en México: Historia, memoria y recepciones" en A. del Castillo, *op. cit.,* pp. 17-18.

> verano. Si el movimiento hubiera concluido de forma menos trágica […] no se condensaría en lo ominoso: lo ominoso de los muertos, tanto los conocidos como los desconocidos.
>
> Los muertos son pues un elemento importante de esta centralización en la "noche de Tlatelolco", por una triple causalidad: por lo que representan simbólicamente en sí mismos, por su relación con la verdad y por su relación con la justicia.[72]

Si bien la autora pareciera admitir que el movimiento es un acontecimiento central en la historia contemporánea de México, lo descifra como un trauma porque aún no se conoce la verdad de lo sucedido y manifiesta que tal vez hace falta discutir más sobre el tema para que la sociedad se libere de él.[73] Así la interpretación de Allier se circunscribe al ámbito de la historia cultural.

Reflexión final

La mayor parte de los autores consultados se refieren al 68 como una ruptura y el inicio de un nuevo periodo en la historia nacional. Enrique Semo, Luis Medina, Alberto del Castillo y Soledad Loaeza en su artículo de 2005, ven al 68 como parte de una cadena de acontecimientos que cambió al país y que comenzó antes y terminó después. Todos coinciden en que marcó el fin del consenso autoritario y erosionó las bases del sistema político mexicano de la posguerra. La mayoría advierte que a partir del movimiento hubo una inflexión en la historia del país y se inició una nueva etapa y una nueva ciudadanía. En especial sobresalen en esta mirada Lorenzo Meyer, Héctor Aguilar Camín, Sergio Aguayo, Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Luis González de Alba, Octavio Paz, Elena Poniatowska, Carlos Fuentes y Enrique Krauze. Meyer, Aguilar Camín, Ilán Semo y Loaeza, en su artículo publicado

[72] *Ibid.,* p. 25.
[73] *Ibid.,* p. 27.

en 1993, destacan por considerar que el México post 68 es completamente distinto y que a partir de ese momento se inició un largo proceso de transición. Todos estos autores sostienen que surgió una nueva ciudadanía, y que en este mítico año el país ingresó en un prolongado periodo de transición hacia la democracia.

Algunos exageran la importancia del 68 y le atribuyen dimensiones épicas como Álvarez Garín y Carlos Fuentes en *Tiempo mexicano.* Sergio Aguayo lo considera como el responsable de todos los cambios políticos que se han dado en México. Casi todos los autores ven al 68 como un movimiento político, una sacudida a la conciencia nacional y algunos como Meyer, Guevara Niebla, Aguilar Camín, Krauze reconocen el talante político y cultural de los cambios que acarreó. Paz subraya el carácter violento y sacrificial del 68 en una interpretación semi freudiana de la historia nacional. Otros autores ponen el acento en interpretaciones culturalistas como Luis González de Alba, incluso psicosociales como Schettino y Allier, cuando hablan de trauma de la historia, si bien el primero lo atribuye a la clase gobernante y la segunda a las víctimas y a la historia que ha surgido para reivindicarlas.

Fuentes en su *Nuevo tiempo mexicano* disminuye notablemente la importancia que le había dado en su libro anterior, escrito veintitrés años antes, pero concibe al 68 como el generador de la conciencia del México contemporáneo. Quienes mantienen una mirada crítica al movimiento del 68 como González de Alba y Guevara Niebla, que fueron dirigentes de aquél, asimilan el legado de intransigencia y militancia radicalizada de la izquierda posterior a la reforma política de 1977 con el 68.

¿Una huella indeleble? La apropiación de 1968 desde la liberación gay en la Ciudad de México

RODRIGO LAGUARDA[1]

> Indiscutiblemente, con su movilización de masas y su capacidad de "tomar la palabra" […] constituye la más significativa de las resistencias macroscópicas en el desierto de las metrópolis […] el aumento del nivel de vida por la utopía de otra vida; las barricadas, las "ocupaciones" salvajes, las discusiones, interminables reintroducían el entusiasmo en el espacio urbano. Pero, simultáneamente, cómo no descubrir la deserción y la indiferencia que corroen el mundo contemporáneo […] a pesar de la utopía viva, queda como un movimiento laxo y relajado, como la primera revolución indiferente, la prueba de que no hay que perder la esperanza en el desierto.
>
> Gilles Lipovetsky[2]

Cuando escribí mi tesis doctoral, publicada en 2009 como *Ser gay en la Ciudad de México. Luchas de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*, siguiendo el sentido común construido en gran medida desde la academia y que ha permeado en amplios sectores sociales fuera de ella, seguí las voces de mis informantes e imaginé 1968 como un año axial en todas las transformaciones que habrían de venir en México. Sin poner en cuestión el asunto, dados los trabajos de investigación existentes que daban por hecho la centralidad de tal suceso y las voces de los individuos que amablemente accedieron a ser entrevistados y

[1] Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

[2] Gilles Lipovetsky, *La era del vacío,* Barcelona, Anagrama, 2000 [1983], pp. 44-45.

reprodujeron ese murmullo de palabras que se ha convertido en un referente muy poco cuestionado al pensar el pasado reciente de México, consideré a las movilizaciones ocurridas ese año como un parteaguas en la lucha por la visibilización de los gays —mis sujetos centrales de estudio— y otros grupos también pertenecientes a la amplia categoría de lo que hoy suele ampararse bajo el término "diversidad sexual". En una mirada retrospectiva, es pertinente considerar la importancia que pudo haber tenido el movimiento del 68, más allá de verdades aparentemente irrefutables, para las ulteriores libertades que los homosexuales obtuvieron durante los últimos años de la década de los setenta pues las propias palabras vertidas por quienes fueron mis informantes en esa investigación no parecen sostener tal interpretación de manera sólida.

Un testimonio escrito por Luis González de Alba, escritor y militante homosexual que tuvo un papel protagónico en el movimiento de 1968, evoca las actitudes hacia los homosexuales por parte de quienes integraron tal movilización ciudadana. Diez años después de la efervescencia que generó, pone en duda la aceptación de sus dirigentes hacia las identidades sexuales disidentes. En efecto, el 2 de octubre de 1978 se realizó la que, posteriormente, sería considerada como la primera marcha del orgullo homosexual de la Ciudad de México.[3] Un contingente de homosexuales participó en la manifestación que conmemoraba el décimo aniversario del movimiento de 1968. Al respecto, el órgano informativo del Grupo Lambda de Liberación Homosexual sostuvo de manera entusiasta:

[3] La primera marcha del orgullo, expresamente planeada como tal, se organizó al año siguiente, en el verano de 1979. A partir de esa ocasión, la marcha se realizaría año con año hasta la actualidad. *Vid*. Miguel Hernández, "El movimiento lésbico, gay, bisexual y transgenérico y la construcción social de la identidad gay en la Ciudad de México"; Edith Yesenia Peña Sánchez, Francisco Ortiz Pedraza y Lilia Hernández Albarrán (coords.), *Memorias de la II semana de la diversidad sexual*, México, INAH, 2005, pp. 287-304.

> El 2 de octubre de 1978, fecha de la conmemoración del X aniversario del movimiento estudiantil mexicano, votamos por nuestra participación en la demostración a efectuarse en esa fecha en contra de la represión. Nos sumamos a las manifestaciones conjuntamente con las compañeras de OIKABETH y los compañeros del FHAR,[4] reivindicando la consigna en contra de la represión sexual y política.[5]

Sin embargo, en la memoria del escritor y militante Luis González de Alba, dicho acto no generó la respuesta esperada por parte de los organizadores quienes prefirieron desdibujar la presencia de este contingente debido a su escandalosa composición:

> El 2 de octubre del mismo año, 1978 […] la gran manifestación que conmemoraba los 10 años del movimiento estudiantil admitió un contingente inesperado: los militantes del FHAR, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, marcharon hasta Tlatelolco. En el edificio Chihuahua, de infausta memoria, se había instalado, como aquella trágica tarde de hacía entonces diez años, el equipo de sonido. Desde el tercer piso, un maestro de ceremonias levantaba los ánimos de los presentes sobre la plaza anunciando la entrada de cada contingente. De pronto distinguió la manta del FHAR y, ya encarrerado, comenzó a leer con voz estentórea el nombre de la organización entrante: "Y ahora llega el Frente…" enmudeció aquella sonora y militante voz… "Llega el Frente… *gulp*… de Acción Revolucionaria". Así adecentados entraron a la plaza de las

[4] A lo largo de 1978 dos grupos, el FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria) y el Grupo Lambda de Liberación Homosexual, salieron a las calles para exigir la liberación homosexual. Poco después apareció otra organización de nombre OIKABETH, conformada exclusivamente por lesbianas. *Vid*. Marinella Miano y Angela Giglia, "Identidades en construcción y deconstrucción: una exploración del archipiélago lésbico-gay desde la historia oral", *Cuicuilco*, número 23, México, INAH, 2001, p. 68.

[5] "Lambda, un año de lucha", *Nuevo ambiente. Órgano de información del Grupo Lambda de Liberación Homosexual,* número 1, junio de 1979, México.

Tres Culturas los primeros homosexuales mexicanos organizados y públicamente asumidos.[6]

La notoriedad del FHAR, de composición exclusivamente masculina, se debe a que era el grupo "más grande y famoso"[7] de los tres mencionados hasta ahora. El hecho de que los organizadores del despliegue humano que habría de conmemorar la matanza de Tlatelolco (desenlace trágico que simboliza la lucha libertaria del 68, ahogada en sangre por el régimen autoritario) no se hayan atrevido a incluir plenamente al contingente homosexual —esto es, nombrándolo— surgiere que aún diez años después del movimiento tales sujetos sociales no estaban contemplados por sus líderes como actores legítimos, dentro de los cambios considerados urgentes para México por un movimiento que ha sido construido en la memoria nacional, según las interpretaciones dominantes, como progresista, incluyente, transformador y democratizador.

En ese sentido, este ensayo busca establecer una mirada retrospectiva con el fin, no de negar la importancia de la movilización civil, sino de contribuir mínimamente a la desmitificación del 68 como el momento clave en el devenir del país mediante el que todo puede ser explicado. En la escritura del texto he utilizado una pequeña porción del material de mi libro, *Ser gay en la Ciudad de México;* algunos documentos de la época y testimonios publicados que resultan pertinentes para abordar el asunto planteado. De manera más importante, se han empleado las entrevistas construidas durante la indagación. Varios fragmentos habían sido publicados como parte del libro mencionado y otros tantos serán accesibles a los lectores por primera vez. Esto, gracias a la revisión de

[6] Luis González de Alba, "Those were the days…", *Nexos,* número 241, México, 1998, pp. 141-145.

[7] Ian Lumsden, *Homosexualidad, sociedad y Estado en México,* México, Sol ediciones/Canadian Gay Archives, 1991, pp. 65-66.

las transcripciones realizadas con los ojos centrados en el problema hasta ahora descrito.[8]

Un lugar común

Como he dicho, el sentido común suele considerar al año de 1968 como un punto de inflexión en el devenir mexicano que conduciría a la democratización del país mediante la progresiva erosión del partido de estado heredado del régimen posrevolucionario. Me refiero, naturalmente, al Partido Revolucionario Institucional (PRI), a un tiempo autoritario y progresista y más proclive a la cooptación que al aniquilamiento salvo casos excepcionales que constituyeran, en la visión del régimen, una amenaza seria para su existencia.[9] Muy pocas veces se pone en duda que una vez pasado el tiempo el movimiento del 68, aplastado en unos cuantos

[8] Las entrevistas fueron realizadas en 2005 y, como es de rigor cuando los temas abordados se refieren a la vida privada de los actores sociales, se utilizaron pseudónimos. El número de informantes citados en el libro, *Ser gay en la Ciudad de México,* era mayor. Para efectos de este trabajo, se citarán los testimonios de siete informantes. A continuación, sus nombres seguidos del año de nacimiento de los sujetos en cuestión: Juan (1938), Sergio (1940), Miguel (1942), Gerardo (1945), Francisco (1947), Ernesto (1948), Luciano (1948), Ricardo (1951), Ignacio (1956), Pablo (1959), Antonio (1959). Todos ellos habitantes de la capital mexicana en el periodo aludido y pertenecientes a los sectores medios; esto es, individuos que formaban parte de un grupo social privilegiado que les permitía tener una vida relativamente holgada. Tal condición les abría las puertas para seguir estudiando y, posteriormente, convertirse profesionistas. Para mayores detalles sobre estos asuntos y la construcción de los testimonios con base en las entrevistas puede consultarse: Rodrigo Laguarda*, Ser gay en la Ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982,* México, CIESAS/Instituto Mora, 2009*,* pp. 34-39.

[9] Peter H. Smith, "México, 1946-c. 1990", Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, *13. México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, 1998 [1985], p. 93.

meses, habría de cambiar al país en todos sentidos. Sobran ejemplos de textos académicos que han contribuido a sostener esta interpretación. Por ahora —aunque en lo sucesivo aludiré a otros autores— me limitaré a citar dos voces legítimamente autorizadas en el campo de la historia reciente[10] del país. Soledad Loaeza[11] afirma que, al contrario de lo que hubiera podido imaginar Gustavo

Díaz Ordaz, el presidente de México de 1964 a 1970 que enfrentó de manera autoritaria el movimiento estudiantil y cuya administración terminó por ahogarlo en sangre, pasados los años nadie pone en duda que el movimiento de 1968 fue crucial en los cambios ocurridos en México desde entonces; en el desmantelamiento del autoritarismo en sentido amplio. Por su parte, Enrique Semo[12] considera que el 68 fue una explosión de esperanzas que activó poderosamente las libertades y autonomías que habrían de ampliarse en el futuro de México. Como se ha dicho, 1968 aparece en múltiples interpretaciones como una fuerza que habría de transformar a la sociedad mexicana por completo.

A escala global, 1968 suele ser evocado en la historia del siglo XX como una época de intensidad de sentimientos, de generosidad y de entusiasmo ingenuo que intentaba, en uno u otro sentido, “cambiar al sistema”, ampliar las libertades individuales, luchar por la justicia social, oponerse a la guerra, transformar las universidades

[10] Más adecuado podría ser la utilización del término de “historia del presente”, ya ampliamente aceptado en el mundo académico a escala global, que implica la coincidencia entre la historia vivida (el devenir, el paso del tiempo percibido por los sujetos sociales estudiados) y la historia escrita (o historiografía; el trabajo de investigación en el que un académico busca dar cuenta de ese proceso). Dicho de manera más simple, la coincidencia entre el tiempo de vida del investigador y sus sujetos de estudio. Para profundizar en este asunto, puede revisarse: Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente,* Madrid, Alianza, 2004, p. 19 y siguientes.

[11] Soledad Loaeza, “México, 1968: Los orígenes de la transición”; Ilán Semo, *La transición interrumpida. México 1968-1988,* México, UIA/Nueva Imagen, 1993, p. 16.

[12] Enrique Semo, “La izquierda vis-à-vis”, I. Semo, *op. cit.*, p. 128.

o dar la palabra a los jóvenes. Esta conmoción, con distintos matices, alcanzó a diversos puntos del globo. En Francia e Italia se luchaba por lograr reformas universitarias y una distribución más equitativa de la riqueza; en Checoslovaquia floreció la llamada "primavera de Praga" o un intento fallido de sacudirse el yugo soviético, que finalmente fue liquidado por los tanques de la URSS que respaldaron a la dictadura comunista; en Japón, el movimiento estudiantil intentó renovar la vida universitaria y cuestionó el apoyo incondicional que su gobierno otorgaba a las acciones del ejército norteamericano en el continente asiático; en Estados Unidos cobró notoriedad la oposición a la guerra de Vietnam que fue apoyada por estudiantes, académicos y amplios sectores de la sociedad civil; y en México, como se ha mencionado con mayor detalle, destacó la oposición al autoritarismo del partido en el poder.[13]

En la memoria de los informantes, patente en sus testimonios, como en tantos trabajos académicos, 1968 solía evocar la matanza de Tlatelolco que puso fin a las movilizaciones adversas al régimen y un parteaguas en la historia del país que ha sido muy poco cuestionado. Así como Serge Gruzinski[14] asegura que este hecho terrible quedó impreso en el recuerdo de los ciudadanos como fuerza transformadora y fuente de erosión del régimen político imperante, quienes vivieron la liberación homosexual y se apropiaron del término gay hacia el final de los años setenta, suelen pensar 1968 como el antecedente inevitable de las libertades que, en realidad, comenzarían a disfrutar una década después. De esa forma, en las entrevistas, acomodaban sus propios recuerdos conforme a la construcción mítica de ese año, convertido en referente central de cualquier proceso vivido en México. Gerardo, quien participó en el movimiento, narra:

[13] Giuliano Procacci, *Historia general del siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2001 [2000], pp. 452-457.

[14] Serge Gruzinski, *La Ciudad de México: Una historia,* México, FCE, 2004 [1996], pp. 514-515.

> Cuando yo estaba en la facultad participé en todas las manifestaciones del movimiento del 68. Hasta me persiguieron en el centro por andar repartiendo volantes que hacíamos subrepticiamente. Afortunadamente, no pude asistir a la reunión de Tlatelolco el 2 de octubre, pero tuve compañeras que sí estuvieron allí y de milagro salieron vivas. Y es que no consiguieron matar a todos. La multitud se dispersó y algunos alcanzaron a huir. Fue una cosa espantosa. Tras el inimaginable horror de la matanza, me quedó una sensación de tremenda impotencia, de ideales que no se pudieron consumar, y una necesidad de libertad insatisfecha.[15]

En otro momento de la entrevista, como parte de una concepción decimonónica de la historia que perdura en muchas mentes y la entiende como un tribunal en que el paso del tiempo termina por darle la razón a las causas justas, el mismo Gerardo sostiene:

> A pesar de la matanza de Tlatelolco y toda la represión de ese año, todos esos inocentes que murieron por buscar un país mejor, el tiempo habría de darnos la razón; porque todo eso se quedó en la conciencia de muchos que, con el paso de los años, lograron derrotar al PRI una y otra vez en múltiples frentes hasta quitarle la mismísima presidencia, cosa que hubiera sido inimaginable en ese año terrible.[16]

Como es evidente, las palabras vertidas por Gerardo están impregnadas de la alternancia ocurrida cinco años antes de la entrevista en las que éstas fueron acuñadas; cuando Vicente Fox, candidato del Partido Acción Nacional, ganó la presidencia de México con el respaldo de diversos sectores del país y la promesa de realizar una gran reforma del Estado mexicano, eran tiempos en los que a muchos les parecía que la democracia mexicana se había consolidado de manera irreversible. Entonces, se despertaron grandes expectativas que parecían aludir a una continuidad en la transfor-

[15] Entrevista a Gerardo realizada por el autor durante 2005.
[16] *Ibid*.

mación del país iniciada, como tanto se ha repetido, gracias al movimiento del 68.

¿Una huella indeleble?

Aun quienes no participaron en el movimiento del 68 afirman haber percibido el clima de represión que inundó la ciudad durante ese año. Al respecto, Juan recuerda un episodio que intenta ilustrar el asunto —particularmente el autoritarismo de Gustavo Díaz Ordaz— que, sin embargo, recuerda de oídas por no haber estado en el lugar de los supuestos hechos:

> En el 68 teníamos un presidente autoritario a más no poder, Gustavo Díaz Ordaz, que era feo como él solo. En el aspecto homosexual, como en todos, había mucha represión. Yo nunca fui activista, nunca me metí en esos rollos, yo vivía mi vida, estudiaba, trabajaba, pero sabía que me tenía que cuidar y me enteraba de cosas terribles que pasaban. En una ocasión, hubo una fiesta, pura gente homosexual. No recuerdo la razón por la que yo no pude ir. Llegó la policía, y fue tanto el miedo de uno de los que estaban en la reunión que se tiró del balcón y se mató. Y todo el mundo a esconderse a su casa: nadie dijo nada, nadie vio nada, nadie supo nada. Ese tipo de cosas pasaban constantemente.[17]

A decir del propio Juan, la súbita aparición de la policía en medio de una fiesta de homosexuales no era una cuestión novedosa. Por el contrario, el hostigamiento policiaco precedió a la década de los sesenta y continuó hasta bien entrados los años setenta. En otro fragmento de su testimonio recuerda:

> Antes de que anduviéramos en los bares gay y todo eso, también había vida homosexual… condenada, clandestina, estigmatizada,

[17] Entrevista a Juan realizada por el autor durante 2005.

> perseguida y los bares eran peligrosos y poco atractivos… Entonces, se hacían muchas fiestas privadas que de alguna forma te enterabas. Te estoy hablando de finales de los cincuenta, de inicios de los sesenta y la cosa era medio secreta. Siempre te avisaba alguien, un amigo, pero había que irse con cuidado con la policía porque luego caían y pedían mordida y cosas así… nada agradables… que empezaron a cambiar en el sexenio de López Portillo.[18]

Xabier Lizárraga Cruchaga, activista gay y académico, interpreta: "En México, 1968 también se significó como una sacudida que hacía brotar semillas de inquietud, de las que floreció la inconformidad hasta hacerse patente en forma visual y sonora".[19] Aunque he destacado algunas contradicciones detectadas en los testimonios construidos durante 2005, parece prevalecer el sentido común de considerar a 1968 como una explosión de efectos retardados. Como afirma Luciano, quien también participó en el movimiento estudiantil, aunque los cambios no fueron inmediatos "desde entonces, recibiríamos los ecos palpitantes del sesenta y ocho; una herencia efervescente, magistral, que dejó una huella indeleble".[20] Y como sugiere Francisco, "después del sesenta y ocho las cosas fueron abriéndose mucho; de manera más o menos inconsciente, nos quedamos con la idea de que las cosas podían cambiar y de que uno podía tomar decisiones sobre su propia vida".[21]

Siguiendo el mismo guion escrito, desde distintos frentes por tantos intelectuales, pareciera como si el movimiento estudiantil hubiera

[18] Entrevista a Juan realizada por el autor durante 2005. José López Portillo fue presidente de México de 1976 a 1982. Su sexenio coincide con el inicio de la apropiación de la identidad gay —una afirmación positiva de los homosexuales— en México favorecida por un mandatario de aires cosmopolitas y los inevitables efectos de la globalización en México. Para conocer mayores detalles del asunto, *Vid*. R. Laguarda, *op. cit.,* pp. 58-87.

[19] Xabier Lizárraga Cruchaga, *Una historia sociocultural de la homosexualidad,* México, Paidós, 2003, p. 161.

[20] Entrevista a Luciano realizada por el autor durante 2005.

[21] Entrevista a Francisco realizada por el autor durante 2005.

sobrevivido en la conciencia de los mexicanos, soterrado e inconcluso, como una semilla en tierra fértil que habría de crecer por algún designio del destino mexicano. Sin embargo, incluso en los testimonios que le dan gran importancia al 68 como una puerta que conduciría a liberación homosexual y la apropiación del término gay[22] que reivindicó a una minoría a escala global, es notable la presencia de elementos alejados de la movilización estudiantil y la represión gubernamental al evocar esos años. En este sentido, Ernesto afirma:

> Fueron las dos cosas, el movimiento estudiantil, por un lado, y las Olimpiadas.[23] Muchos homosexuales participaron en calidad de edecanes, sobre todo, gente tipo clase media que hablaba idiomas. Muchos se lanzaron de edecanes para conocer atletas extranjeros, de todo el mundo. Entonces, podías ir a todos lados arguyendo que traías al equipo francés de remo o qué sé yo. Te librabas de la policía. La ciudad se abrió, nos acostumbramos a que hubiera mucho más movimiento, a los turistas jóvenes, desde los más fregados de Rusia hasta los más modernos, gringos, canadienses, ingleses, alemanes,

[22] El término gay (del inglés, "alegre") comenzó a utilizarse, en particular a partir de la segunda mitad del siglo XX, para designar a hombres que prefieren el contacto erótico/afectivo con personas de su mismo sexo de una manera positiva. Es posible consultar: John Boswell, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, Barcelona, Muchnik, 1992 [1980], p. 65.

[23] Antes del movimiento del 68, la atención mundial había comenzado a centrarse en la Ciudad de México debido a los juegos olímpicos. El partido en el poder buscaba mostrar a México como una nación moderna e industrializada. Eric Zolov, *Refried Elvis The rise of the Mexican counterculture,* Los Ángeles, University of California Press, 1999, p. 179. Así, tras décadas de expansión económica conocidas como el "milagro mexicano", el país se preparó para su "debut cosmopolita". Ariel Rodríguez Kuri, "El otro 68: política y estilo en la organización de los juegos olímpicos de la Ciudad de México", *Relaciones*, 76, Vol. XIX, México, UAM-A., p. 111. Las Olimpiadas eran una oportunidad de mostrar al mundo los logros de un régimen que se preciaba de su estabilidad y de un sólido avance económico y social. Tras el movimiento estudiantil, esta justa deportiva se celebró sin problemas y logró los objetivos planteados por el régimen.

> suecos, holandeses… Y, por el otro lado, un momento de cuestionamiento frente al orden establecido, en todas sus facetas.[24]

Siguiendo esta misma línea argumentativa, Miguel nos remite a un periodo en el devenir global que tuvo un componente importante, que pudo abrir puertas para los homosexuales en México más allá del movimiento del 68:

> El 68… estábamos en los años de la liberación sexual para todo el mundo, hombres, mujeres, homosexuales… El cuestionamiento al orden establecido. Los años de la píldora anticonceptiva, de la minifalda, de cuando se cuestionó si las mujeres deberían casarse sin haber tenido experiencias sexuales previas al matrimonio… o si deberían casarse y tener hijos como meta principal de su paso por el mundo. Y esto nos benefició a los homosexuales… inicia el consabido movimiento de liberación en Nueva York en 1969, crece el turismo y la apertura, unos salen, otros vienen a México, y eso va cambiando las cosas, conectando a la gente, aportando ideas de un lugar que luego se vuelven propias en otro.[25]

Efectivamente, la nueva ampliación de los límites del comportamiento públicamente aceptable, en particular en su vertiente sexual, comenzó a visibilizar conductas y grupos hasta entonces considerados inaceptables, convirtiéndose, según Eric Hobsbawm, en uno de los fenómenos más notables de las últimas décadas del siglo XX.[26] Esto ocurrió en los países del mundo occidental o industrializado, empezando por las grandes ciudades, y transformó la vida cotidiana de millones de personas con el paso del tiempo. En los testimonios de Ernesto y Miguel es patente que este asunto opaca, por mucho, al movimiento del 68 como una fuerza

[24] Entrevista a Ernesto realizada por el autor durante 2005.

[25] Entrevista a Miguel realizada por el autor durante 2005.

[26] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX,* Barcelona, Crítica, 1995 [1994], p. 335.

transformadora, de alcances mundiales, en la forma de concebir, experimentar y vivir la homosexualidad.

Siguiendo esta idea, me referiré a un asunto que aparece como algo crucial al revisar la evidencia construida durante 2005. Las entrevistas muestran que, antes de que se apropiara la identidad gay en México, los viajes fueron un asunto crucial para emprender la apertura de espacios sociales para los homosexuales en la capital del país. En este aspecto, también se desdibuja la importancia del movimiento del 68 al que los propios informantes suelen apelar —como se hace tan frecuentemente para explicar cualquier proceso histórico mexicano— hasta para referirse al inicio de la liberación homosexual que tuvo lugar 10 años después de la matanza de Tlatelolco.

Interconexiones

Como he señalado, más que al movimiento del 68, los testimonios apuntan a que antes de la visibilización gay ocurrida en la Ciudad de México a finales de los setenta, los viajes a lugares donde este proceso de conquista de libertades ya había sido emprendido —amparados por una economía estable, en crecimiento y con un claro aumento en los salarios reales que los sectores medios podían disfrutar—[27] contribuyeron a que los homosexuales de la capital mexicana anhelaran las posibilidades existentes en otras grandes ciudades del mundo. Ciertamente, la globalización ayudó a crear una identidad gay internacional en que las grandes ciudades norteamericanas, particularmente Nueva York y San Francisco, tuvieron un papel central en la difusión de esta nueva forma de concebir a los homosexuales.[28] Dada la cercanía con México,

[27] Luis Aboites Aguilar, "El último tramo, 1929-2000", *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2004, p. 290.

[28] Dennis Altman, "Rupture or continuity? The internationalization of gay identities", *Social text*, núm. 48, Duke University Press, 1996, p. 87, y John D'Emilio, "Gay politics and community in San Francisco since World War II", Martin

muchos pudieron visitarlas y encontrar en ellas un modelo a seguir. Al respecto, Luciano considera que dada la situación geográfica del país:

> Siempre fue fácil viajar de México a San Francisco o Nueva York, los destinos más interesantes para los gays saliendo de México y a un paso del país… muchos viajábamos solos o en grupo, y no veíamos nada remota la posibilidad de tener bares como los de allá en un país como México. En México vivíamos un cierto autoritarismo, bajo el gobierno de un solo partido, pero tampoco vivíamos una dictadura militar. Podíamos leer lo que quisiéramos, salir fuera del país, y esas salidas fueron muy importantes para enterarnos de las nuevas organizaciones gays, de cómo eran los bares, de lo que los homosexuales estaban conquistando allá, de que ser gay podía ser divertido y no teníamos que escondernos.[29]

Como es particularmente notable en las palabras vertidas por Luciano, aunque también ha estado presente en otros testimonios —y a diferencia de lo que se afirma hoy en día de manera muchas veces acrítica— el régimen que gobernaba México aparece como autoritario pero muy distante de las dictaduras militares que se vivieron en el resto del mundo de habla hispana en algún momento de la segunda mitad del siglo XX sin que fueran experimentadas en nuestro país. En ese sentido, se reconoce que existían libertades inimaginables en otros lugares. Por otra parte, el testimonio nos remite a la comparación con los espacios disponibles en México con aquellos encontrados por los viajeros fuera de su ciudad. Esto también ocurre en el caso de Sergio:

> Conocí muchas ciudades gringas, como todo buen mexicano. Fui a Houston, San Diego, Las Vegas, Los Ángeles, Nueva York. Los

---

Duberman, Martha Vicinus y George Chauncey, *Hidden from history, Reclaiming gay and lesbian past*, Nueva York, Meridian, 1990 [1981], p. 456.

[29] Entrevista a Luciano realizada por el autor durante 2005.

> bares eran muy ricos, más lujosos que los de aquí, más desarrollados, con otra clase de gente, empezando por la estatura. No cambio por nada a mis paisanitos, pero allá había cada prototipo masculino de belleza… Se cuidaban mucho, se vestían muy bien, como ahora ocurre aquí, pero entonces nosotros apenas empezábamos.[30]

En la evocación de Sergio, la conquista de los espacios por parte de los homosexuales mexicanos parecía ser una cuestión de tiempo. Dado que estaba ocurriendo en Estados Unidos, parecía que sólo había que esperar para que los habitantes de la capital mexicana disfrutaran de las mismas libertades que eran notables en las ciudades del vecino país del norte. En consonancia con esto, Ernesto narra: "Yo fui a Nueva York por ahí de mil novecientos setenta y algo, y escuché por primera vez la palabra gay. Una noche un fulanito me explicó su significado y me puso al corriente de todos los lugares gay que había. Todavía no se usaba en México la palabra gay y ya era de lo más común allá. Qué padre".[31] Esta afirmación coincide con la visión de que aquello que era encontrado con alegría y sorpresa en las grandes ciudades de Estados Unidos, pronto sería común en el resto del mundo y, por supuesto, en México. Conforme a esto, tal cosa no había sido originada por un movimiento específico sino por una serie de interacciones globales.

También los viajes dentro de México, un país abierto al turismo y con aspiraciones modernas, aparecen en los testimonios como una experiencia fundamental en la apropiación del término gay y la adquisición de nuevas libertades. Acapulco era entonces el lugar para ligar. Según Carlos Monsiváis,[32] la playa Condesa era frecuentada por homosexuales desde los años cincuenta. Desde la experiencia de Gerardo, ya impregnada de la mayor apertura vivida

[30] Entrevista a Sergio realizada por el autor durante 2005.

[31] Entrevista a Ernesto realizada por el autor durante 2005.

[32] Carlos Monsiváis, "Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del *ghetto", Debate feminista,* número 26, México, PUEG-UNAM, 2002, p. 103.

en los años setenta: "En Acapulco siempre ha habido acción, desde que yo me acuerdo. Comencé a ir para allá después del setenta y cinco. Iba a la playa Condesa, una playa muy gay. Y allí andábamos en el *merequetengue* con los gringos".[33] A decir de Francisco, que visitaba ese centro turístico durante ese mismo periodo: "A Acapulco ibas a emborracharte, ligar y coger. Te ibas al hotel bueno de la playa Condesa y sólo debías tener cuidado con los de seguridad del hotel, pero te las ingeniabas para darles la vuelta. Era muy cómodo. Bajabas de tu cuarto a la playa y subías de la playa al cuarto. Y volvías a bajar y subir".[34] En síntesis, como manifiesta Miguel:

> En Acapulco había muchos gringos y canadienses, también ingleses, alemanes o franceses. A muchos nos gustaban los güeritos y a ellos les gustaba probar los sabores locales. Yo creo que eran mucho más libres que nosotros y esa libertad la fuimos adquiriendo en México. A ellos no les ponían muchas restricciones. Y empezamos a pensarnos más como gays. Ese tipo de contactos con el extranjero fueron definitorios para que se fueran abriendo espacios para nosotros en México.[35]

Pensando en qué fue lo que hizo posible que en México hubiera mayor apertura para los homosexuales a partir de los últimos años de la década de los setenta, esto es, diez años después del movimiento del 68, Gerardo considera:

> Fue la liberación gay que sigue avanzando en el mundo y empezó a ser conocida en más y más ciudades. En México no teníamos un gobierno que considerara a los homosexuales como una aberración burguesa, aunque casi toda la gente todavía se escandalizara por nuestra existencia. Viajes, turistas, los ecos de las organizaciones

[33] Entrevista a Gerardo realizada por el autor durante 2005.
[34] Entrevista a Francisco realizada por el autor durante 2005.
[35] Entrevista a Miguel realizada por el autor durante 2005.

> gays en las grandes ciudades de los países desarrollados, libros, revistas, películas, los cambios en la forma de concebir la homosexualidad desde la psiquiatría, la psicología, la medicina, los bares, la creación de un sentimiento de pertenencia a un grupo que compartía una condición sexual. Eso fue lo que cambió todo. Las interconexiones del mundo.[36]

Como es evidente en los testimonios de los informantes, las interacciones en un mundo crecientemente interconectado, a partir de las últimas décadas del siglo XX, parece haber sido el asunto definitorio en la emergencia de la identidad gay en México, aunque un impulso generado por el murmullo de las palabras que circulan en tantos espacios sociales, lleve a los sujetos sociales a acomodar su memoria a una respuesta que hasta ahora ha parecido explicarlo todo: 1968.

Consideraciones finales

Sin restarle importancia al movimiento del 68 como una experiencia significativa en el devenir mexicano, particularmente en el pasado de la Ciudad de México que adquiere nuevos matices con la llegada de nuevas generaciones, puede considerarse que quienes vivieron el proceso de liberación gay en la ciudad le dan demasiada importancia al hablar de un proceso de visibilización y reivindicaciones que inició diez años después. En parte, esto puede haber ocurrido durante mi indagación porque, al momento de ser entrevistados, se había vivido la anhelada alternancia que había generado lo que por tantos años había sido impensable: el Partido Revolucionario Institucional había perdido la presidencia en el año 2000. El presidente Vicente Fox había prometido una reforma del Estado que pondría fin a los viejos vicios heredados por el

[36] Entrevista a Gerardo realizada por el autor durante 2005.

largo régimen consultando a los más diversos actores sociales. Sin embargo, los informantes no tenían que estar plenamente conscientes de que no cumpliría tal promesa, que la democracia mexicana no estaba necesariamente consolidada como resultado de un proceso iniciado en la década de los sesenta y mucho menos podían adivinar, cuando muchos daban por muerto al partido que por

tantos años había dirigido al país, que éste tendría la capacidad de reorganizarse y volver al poder en el 2012.

Más importante me parece considerar que los informantes ajustaban su memoria y hablaban del pasado tomando como referente un asunto plenamente aceptado en el presente. El movimiento del 68 se había convertido en una construcción mítica que parecía explicarlo todo y ellos se limitaban a repetir un guion aprendido y tantas veces escuchado o leído. Así, de inicio, repetían ese lugar común que lo convertía en un suceso que tendría efectos retardados y terminaría por transformar a México, construyendo una sociedad democrática en sentido amplio donde, entre otras cosas, se reconocería a los homosexuales como actores sociales legítimos.

Esta visión que parte de una respuesta aprendida y a la que es fácil recurrir para dar cuenta de todo proceso social mexicano, merece ser revisada. En el caso de este ensayo, los mismos testimonios de los informantes nos permiten cuestionar esa mistificación del movimiento del 68. En un análisis más detallado, se desdibuja la importancia de dicha movilización social y aparecen otros elementos que parecen explicar, de manera más plausible, las libertades que los homosexuales conquistaron hacia el final de la década de los setenta: los cambios globales que también incidieron en México, un país donde el régimen permitía muchos espacios de libertad y aspiraba a modernizar a México; los viajes realizados por mexicanos homosexuales al extranjero —en gran medida gracias a un crecimiento sostenido por décadas— y de homosexuales extranjeros a México, que hacían que los mexicanos desearan apropiarse de los elementos libertarios que ellos percibían

en otros países; la liberación sexual (patente en los medios de comunicación, la publicación de libros académicos, novelas y revistas de toda índole, así como la despatologización de la homosexualidad por parte de las organizaciones médicas, psiquiátricas y psicológicas) comenzó a transformar, también, la vida de los homosexuales a escala planetaria durante la década de los setenta.

Finalmente, es notable que los entrevistados vierten palabras que cuestionan la tan asumida radicalidad del autoritarismo del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), posteriormente considerado salvaje por muchos. Para quienes no se involucraron directamente en el movimiento del 68 —la mayor parte de los sectores medios del país— la vida cotidiana parece haber continuado su tranquilidad sin mayores sobresaltos. Al menos, tras la matanza de 1968 que dio paso a unos pacíficos y bien organizados Juegos Olímpicos. En la visión de Miguel:

> Después de momentos de tensión e indignación generados por el movimiento del 68 y de las noticias, más o menos disimuladas, de la matanza de Tlatelolco, sobre las que algunos dudaban en esos momentos y otros se sentían aterrados o decepcionados por la actuación del gobierno, vinieron las Olimpiadas y todo salió perfecto. Fueron la gran cosa en esos tiempos. Con ellas y tras ellas, todo pareció volver a la normalidad después de una especie de mal trago. Y la vida siguió como siempre para la mayor parte de la gente.[37]

En este mismo sentido, los informantes mencionan que tanto que el repudio hacia los homosexuales y su persecución no fue mayor durante 1968 que en otros periodos anteriores. Y, por otra parte, es patente que los líderes del 68 tampoco los reconocieron como interlocutores o actores importantes en el breve intento por transformar al país que fue aplastado por el régimen. En la memoria de Gerardo,

[37] Entrevista a Miguel realizada por el autor durante 2005.

> Quienes participamos en el movimiento del 68 no hablábamos de nuestra homosexualidad. Algún líder lo hizo pero varios años después. Sin embargo, participamos porque pensábamos que había una oportunidad de cambiar el país y, quizá, después exigir otros cambios, que se nos respetara, que se nos reconociera, aunque eso no pasó. Algunos luego participamos en organizaciones de liberación homosexual. La mayoría siguió viviendo su vida como si nada hubiera pasado por un buen rato.[38]

Así, en la vida cotidiana, los homosexuales de sectores medios siguieron "viviendo su vida", luchando por conquistar espacios y planteando sus propias reivindicaciones, sin dedicarle demasiado tiempo a los movimientos sociales que, en general, solían mantenerlos indiferentes pese a que, gracias a una construcción mítica, 1968 sea mencionado, muchos años después, con un entusiasmo que se desvanece al analizar los propios testimonios con los que buscan hablar de su pasado. Es entonces, a raíz de una nueva lectura de los testimonios construidos durante una indagación pasada, cuando el movimiento del 68 se muestra, siguiendo a Gilles Lipovetsky, como una movilización más laxa y relajada, incluso algo indiferente respecto a lo que en su momento eran grandes asignaturas sociales pendientes, de lo que muchos de los intelectuales que lo han estudiado posteriormente suelen admitir. O quizá de lo que, con cierta dosis de ingenuidad, hubiéramos querido pensar al imaginar a un país destinado a ser transformado positivamente gracias al sacrificio de unos pocos. En lo que a mis sujetos de estudio se refiere, se trata de una coyuntura sobredimensionada que poco incidió en sus vidas.

[38] Entrevista a Gerardo realizada por el autor durante 2005.

La vida de los otros después de 1968. Arquitectos mexicanos revisitan el acontecimiento

Graciela de Garay[1]

Al examinar las repercusiones del movimiento estudiantil mexicano de 1968 en la enseñanza y el oficio de la arquitectura en la segunda mitad del siglo XX, se enriquece la historiografía de esta práctica profesional en nuestro país. El esfuerzo vale la pena porque posibilita la inserción del proceso local en un marco de escala global para su comparación con otras experiencias regionales.

Una mirada retrospectiva permite poner en contexto las trayectorias de los actores sociales estudiados y observar de qué manera cada uno aprovechó sus respectivos capitales simbólicos para, desde lugares sociales y temporalidades diferentes, optar por otros caminos, ya sea para reproducir o innovar actitudes, creencias, valores y prácticas en el desempeño de sus carreras profesionales y así transformar el campo de la producción cultural de la arquitectura internacional desde lo nacional.

Por ejemplo, la explosión de una mística como detonadora de verdadero cambio social como lo proclamó en sus inicios el Movimiento Moderno en arquitectura, el interés por la teoría de la arquitectura para replantear la enseñanza y la práctica del oficio, la renovación urbana como medio para superar la exclusión social y procurar la equidad y el uso justo del espacio y los recursos que requiere el desarrollo sustentable presente y futuro de las ciudades. Temas todos emergentes desde la década de 1970, a raíz del surgimiento de los planteamientos filosóficos del posmodernismo; la publicación de las declaratorias del Club de Roma; y las Conferencias de Hábitat de Naciones Unidas.

[1] Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Esta investigación se basa en las narrativas recabadas para el proyecto de *Historia oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos (1940-1990)* patrocinado por el Instituto Mora con el apoyo del CONACyT en la década de 1990, así como en los registros reunidos para los proyectos en curso sobre arquitectura sustentable y globalización, también patrocinados por el Instituto Mora. Las fuentes orales consignadas se complementaron con material biblio-hemerográfico de la época a fin de recordar para comprender el arte de hacer ciudad a lo largo del siglo XX.

1968, un año de resonancia histórica internacional

Mucho se ha reflexionado sobre las posibles causas y los propósitos de los movimientos estudiantiles de 1968, sobre todo cada vez que se conmemora un aniversario del acontecimiento y, a últimas fechas, con los esfuerzos de las nuevas generaciones interesadas en comprender los significados y los sentidos que desde el poder, se dieron al movimiento en los años de 1980, 1990, 2008 y, en particular, cuando se le interpretó como un fenómeno estrictamente cultural, desprovisto de cualquier cariz político, evidente en las expresiones de la contracultura que se sucedieron en la música, la sexualidad y el uso franco y abierto de drogas.

No obstante, a la distancia de los acontecimientos, los expertos coinciden en reconocer que las principales teorías sobre el activismo estudiantil en 1968 se pueden distribuir en tres categorías conceptuales. La primera, correspondiente a las teorías de la falsa ilusión que caracterizan a los manifestantes como niños consentidos de la burguesía, atrapados en una red de argumentaciones utópicas.[2] Otro grupo que representa a la teoría de las

[2] Raymond Aron, *The Elusive Revolution: Anatomy of Student Revolt*, traducción de Gordon Glough, Nueva York, Praeger,1969, 200 pp. y Pierre Vidal-Naquet,

generaciones comparte una perspectiva mucho más objetiva y menos emocional. Estos teóricos emplean análisis de cohortes para entender el conflicto entre los *baby boomers,* nacidos después de 1945, y sus padres, quienes vivieron la Segunda Guerra Mundial y alcanzaron cierto grado de bienestar en los años de 1960.[3] El tercer grupo se focalizó en la ideología para explicar el descontento de 1968 en términos más conceptuales, como un síntoma de problemas más profundos en las sociedades occidentales ya como fallas en los mecanismos democráticos o como una continuidad de la lucha de clases.[4] A partir de estos planteamientos, los académicos insisten que las manifestaciones estudiantiles norteamericanas y de la Europa occidental deben ubicarse en un plano internacional más amplio. Sin embargo, estas interpretaciones por globales que sean no resultan muy útiles para explicar las causas más profundas de movimientos locales específicos. Paul Piccone, filósofo y estudioso del marxismo, recomendó a los académicos comenzar por desenmascarar la mitología internacional que envuelve 1968, y descubrir los problemas nacionales únicos que hicieron posible las protestas estudiantiles.[5] El politólogo Sidney Tarrow ha estudiado con detalle las protestas y la democracia en Italia y concluye que a menos que se coloquen los movimientos de los tardíos años de 1960 dentro de su contexto histórico y nacional no se tendrá la capacidad

---

The French Student Uprising, an Analytical Record, VII, November 1967-June 1968, Boston, Beacon Press, 1974, VII, 654 pp.

[3] Lewis S. Feur, *The Conflict of Generations: the Characteristics and Significance of Student Movements, New York, Basic Books, 1969,* 543 pp. y Ronald Fraser, Daniel Bertaux, *et al., 1968: a Student Generation in Revolt,* New York, Pantheon Book*, 1988,* 408 pp.

[4] Alain Touraine, *Le mouvement de mai ou le communism utopique,* Paris, Seuil, 1968, 320 pp.

[5] Paul Piccone, *Italian Marxism,* Berkeley, California, University of California Press, 1983*,* XII*,* 206 pp. y Paul Piccone, "Reinterpreting 1968; mythology on the make" en *Telos 77*, septiembre 21, N. Y., Telos Press Publishing, 1988, pp. 7-43.

para comprender ni su novedad ni aliento, ni mucho menos su impacto en la democracia.[6]

En ese sentido el trabajo de Kristin Ross[7] es muy interesante porque recuerda las características únicas del mayo de 68 como el primer gran movimiento de masas en la historia de Francia, la mayor huelga en el movimiento obrero francés y la única insurrección general ocurrida en países altamente desarrollados desde la Segunda Guerra Mundial. Fue la primera huelga general, dice la autora, que se extendió más allá de los tradicionales centros de producción para incluir trabajadores en la industria de servicios —todo el ámbito de la reproducción social. Ningún sector profesional, ninguna categoría de trabajador se salvó de no ser afectada por la huelga; ninguna región, ciudad, aldea, permaneció sin ser tocada por el evento. Francia estuvo paralizada por entre cinco y seis semanas. Muy pocos textos o documentos transmiten algo de la naturaleza de dicha experiencia.

Entre las insurrecciones estudiantiles que ocurrieron en el globo a lo largo de la década de 1960, se distinguen la de México, los Estados Unidos, Alemania, Japón, entre otras, pero sólo en Francia y, hasta cierto punto, en Italia ocurrió una sincronicidad o conjunción entre el rechazo intelectual a la ideología reinante y la sublevación laboral. Aun así, los historiadores académicos franceses que habitan, como muchos otros, el paisaje de la memoria colectiva del 68, han permanecido hasta fecha reciente indiferentes a considerar el tópico como tema de investigación —una indiferencia que los mismos historiadores han sido los primeros en señalar. "¿Por qué?" se preguntó Jean Pierre Roux en 1989, "¿los historiadores del presente —en verdad una especie no muy numerosa— han cedido de tan buen grado el terreno a la sociología?".

[6] Sidney Tarrow, *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Oxford University Press, 1989, 400 pp.

[7] Kristin Ross, *May'68 and its afterlives,* Chicago, The University of Chicago Press, 2002, 246 pp.

Así ha quedado un vacío interpretativo que otros, principalmente sociólogos y reformistas de izquierda, han decidido asaltar para producir una historia oficial del 68, desprovista de cualquier violencia, aspereza, o cargas políticas, para así reducirla a una benigna transformación de costumbres, estilos de vida que necesariamente acompañaron la modernización de Francia.[8]

En México, a propósito de los 40 años del movimiento, la intelectual Silvia González Marín, señaló que ya había llegado el turno a los historiadores de hacer un ejercicio historiográfico más crítico y profundo para acompañar a las crónicas y a los testimonios sobre el 68. Parecía, dice el historiador Alberto del Castillo Troncoso, que era el momento de empezar a desmontar los mitos sobre el acontecimiento.[9]

Ciertamente, la memoria colectiva mundial no recuerda el mayo de 1968 como una experiencia traumática, una catástrofe o episodio trágico de exterminación masiva como se representa la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto o el drama del archipiélago Gulag: algo se debe hacer entonces para comprender cómo se ha instrumentalizado el acontecimiento, sus subsecuentes representaciones y amnesia social.

Pero ¿qué pasó en México? De acuerdo con Gilberto Guevara Niebla, reconocido ex militante del 68 y exiliado político, la rebelión de los estudiantes tuvo su causa eficiente en los cambios en las relaciones sociales que produjo la industrialización (dependiente) del país. Los cambios, señala el especialista, coadyuvaron a la formación de una nueva clase estudiantil marcada por tres contradicciones: 1) la crisis de las profesiones por el agotamiento del mercado profesional; 2) la crisis de la educación superior, así como las consecuencias negativas del incremento del alumnado; y

[8] *Idem.*

[9] Alberto del Castillo Troncoso "Introducción", Alberto del Castillo Troncoso (coord.), *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*, México, Instituto Mora, 2012, p. 7.

3) el cambio de valores en la nueva generación que se puede asociar con los cambios culturales de la posguerra, pero que en México y en otros países del Tercer Mundo tiene características muy particulares porque se vincula a la industrialización dependiente. Efectivamente, el aluvión migratorio campo-ciudad, que ocurrió en la década de los sesenta, generó una brecha enorme entre los padres (con valores rurales y que vivían en la ciudad) y los hijos (que se sentían confundidos por la oposición entre los valores agrarios de sus padres y los valores urbanos que aprendían en la escuela, el barrio, etc.). Este choque de valores lo vivieron todos los niveles sociales. Por si fuera poco, la protesta juvenil contra el autoritarismo del Estado sufrió una severa represión política y policiaca; además la sociedad acusó a los jóvenes de pecaminosos y de rebeldes sin causa.[10]

La cronología de los hechos del 68 mexicano, hasta ahora consensuada como válida, reconoce que el golpe decisivo contra el estudiantado ocurrió el 2 de octubre en un mitin en la plaza de Tlatelolco al que acudieron además de los estudiantes diversos miembros de la sociedad civil. La reunión terminó con una emboscada sangrienta en la que intervino el ejército y la policía. Con la represión y la muerte de tantos jóvenes el 2 de octubre, el movimiento estudiantil decayó y el respaldo popular se replegó porque el miedo se había adueñado de los capitalinos. Por si fuera poco, más de 300 estudiantes fueron sometidos a juicios infames y encarcelados por varios años. Los dirigentes que quedaron en libertad sufrieron presiones externas y terminaron por dividirse. El desaliento, la decepción, el miedo, el desconcierto inundaron los espacios de educación superior, y fue en este ambiente de derrota cuando los estudiantes acordaron levantar la huelga y desaparecer el Comité Nacional de Huelga (CNH), acto que marcó el final del movimiento

[10] Gilberto Guevara Niebla, *La democracia en la calle, crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México, Siglo XXI Editores – Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1988, pp. 24-26.

estudiantil mexicano de 1968. Esto sucedió el 4 de diciembre, cuando el movimiento cumplía 136 días de duración.

Eugenia Allier, historiadora estudiosa del 68, comenta que a partir de 1980 los caídos el 2 de octubre son asociados incorrectamente a la lucha por la democracia, cuando en realidad murieron víctimas de la represión gubernamental. Pero a su juicio,

> […] lo importante aquí no es la confusión memorial entre la represión y los objetivos del movimiento, sino el hecho de que los muertos ("mártires", "luchadores sociales") son puestos en el pedestal de la historia que nos conforma como comunidad, son investidos simbólicamente de una carga importante para la nación mexicana.[11]

No obstante, dice Allier, queda por aclarar la verdad sobre el acto ominoso. Un problema grave es la imposibilidad de conocer la cifra exacta de los muertos, heridos y desaparecidos en la Noche de Tlatelolco, lo que hace imposible dejar atrás el pasado.[12]

Ahora bien, a pesar del desenlace, Guevara Niebla considera que el movimiento de 68 por su trascendencia política fue la lucha estudiantil más moderna y amplia registrada en la historia del país. En un sentido más profundo, el especialista afirma que el movimiento estudiantil de 1968 representó una crisis de autoridad, en cuanto a que los sectores importantes de la sociedad civil se enfrentaron al gobierno. Además, el movimiento tuvo una influencia fundamental en la cultura política de México porque cuestionó la mitología de la Revolución mexicana de 1910 que sustentaba ese régimen, al revelar su anquilosamiento e inclinación conservadora. El estudiantado demostró además la viabilidad de una democracia moderna, plural, con una participación activa de las masas en la administración del Estado, amén de poner sobre la mesa el tema

[11] Eugenia Allier Montaño, "El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones" en A. del Castillo Troncoso (coord.), *op. cit.,* p. 26.

[12] Eugenia Allier Montaño, *ref. cit.,* p. 26.

de las libertades políticas. Pero lo más importante fue que los jóvenes probaron la vulnerabilidad del poder y abrieron nuevas ventanas a las expresiones de oposición, ya que fue un movimiento fundamentalmente antiautoritario, a pesar de que no era un colectivo muy politizado. Esto se advierte al observar sus críticas soslayadas al imperialismo norteamericano y a la iniciativa privada. Los jóvenes se limitaron a hacer reproches al Estado. Por eso dice Guevara Niebla que el movimiento estudiantil de 1968 fue liberal, antiautoritario, y que en momentos de crisis, tendió a poner al centro las relaciones verticales jerárquicas; práctica que formaría parte sustantiva de su herencia. No obstante, un factor crucial en cuanto a las repercusiones históricas del movimiento fue su propia derrota. Esta contribuyó a la radicalización del movimiento, abandonando su programa democrático y propiamente estudiantil, para reemplazarlo por un discurso político y autoritario.[13]

Al terminar el movimiento estudiantil de 68 siguieron años de incertidumbre e inestabilidad política. Los principales centros de educación superior experimentaron momentos de tensión y conflictos. Por ejemplo, en 1971, los estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León se manifestaron contra la imposición de una nueva ley orgánica que implicaba admitir como rector a un militar. Como era de esperarse el estudiantado protestó en defensa de la autonomía universitaria. Los alumnos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para apoyar a sus compañeros de Nuevo León convocaron a una manifestación que perdió sentido al solucionarse el conflicto. De cualquier manera, la UNAM celebró la marcha que lamentablemente fue severamente reprimida el 10 de junio de 1971, recordado como el jueves de Corpus. Esta situación radicalizó a los estudiantes que ya no creyeron más en las negociaciones y las vías institucionales para solucionar los conflictos. Las vanguardias estudiantiles del Distrito Federal renunciaron a las fórmulas democráticas en política para asumir

[13] Gilberto Guevara Niebla, *op. cit.,* pp. 44, 46-51.

posiciones más extremas. Los estudiantes se dividieron y el movimiento se debilitó.

> Las opciones más constructivas que se ofrecieron al estudiantado radicalizado de aquel tiempo —según Gilberto Guevara Niebla— fueron por un lado, las diferentes formas de cogobierno o autogestión que se gestaron en la Universidad Nacional Autónoma de México (Economía, Ciencias, Arquitectura) y Chapingo y, por otro, las innovaciones institucionales que impulsó durante su rectorado el doctor Pablo González Casanova, entre las cuales, la más notable para ese efecto fue el Colegio de Ciencias y Humanidades. En el primer caso, las actividades de gestión y el trabajo administrativo asociado absorbieron parte importante de las energías del movimiento, sin embargo, la ausencia de perspectiva académica integrada, el populismo y el doctrinarismo predominante impidieron que estos esfuerzos cristalizaran en reformas académicas de validez permanente, quizá con la excepción del Autogobierno-Arquitectura.[14]

Este endurecimiento y radicalización en las relaciones impidió las discusiones abiertas y tolerantes sobre la educación en los espacios universitarios. Cambio del que se hablará en el siguiente apartado cuando se discuta el impacto del 68 en la enseñanza y práctica de la arquitectura, particularmente en la UNAM.

Una demanda del 68: imaginar al arquitecto nuevo

Pero ¿qué pasó en el arte? El movimiento de 68 no fue un momento artístico. Lo que sucedió es que el arte descubrió de pronto su verdadero propósito: el caminar al paso de los eventos, el mantener una completa contemporaneidad con el presente y corresponsabilidad con el cambio social. Arte, artistas y arquitectos salieron a la calle y se volvieron militantes al observar problemáticas sociales

[14] *Ibid.,* pp. 70-71.

específicas y reales que los programas académicos y las prácticas escolares tradicionales no contemplaban.

A mediados de la década de 1960 una generación de arquitectos había alcanzado la madurez y por disímiles que fueran sus teorías y estilos personales, todos tenían ciertos puntos en común: sus fechas de nacimiento ubicadas entre 1915 y 1930,[15] lo que significaba que sus años de juventud habían sido fuertemente impactados por la Segunda Guerra Mundial. Sus vocabularios formales se habían renovado y se manifestaban en franca oposición al Estilo Internacional en decadencia.[16] Por tal motivo, estos profesionales volvían su mirada a los trabajos de los maestros fun-

[15] Este es el caso de los 17 arquitectos mexicanos entrevistados para el proyecto *Historia oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos, (1940-1990).* 1. Augusto H. Álvarez García (n. 1914 – m. 1995); 2. Félix Candela (n. 1910 – m. 1997); 3. Manuel de la Colina Riquelme (n. 1913 – m. ¿?); 4. Juan José Díaz Infante Núñez (m. 1936 – m. 2016); 5. Ernesto Gómez Gallardo Argüelles (n. 1917 – m. 2012); 6. Teodoro González de León (n. 1926 – m. 2016); 7. Agustín Hernández Navarro (n. 1924 – m. ¿?); 8. Vladimir Kaspé (n. 1910 – m. 1996); 9. Héctor Mestre Martínez Martínez (n. 1909 – m. ¿?); 10. Luis Ortiz Macedo (n. 1933 – m. 2013); 11. Jaime Ortiz Monasterio (n. 1928 – m. 2002); 12. Mario Pani (n. 1911 – m. 1993); 13. Reinaldo Pérez Rayón (n. 1918 – m. ¿?); 14. Pedro Ramírez Vázquez (n. 1919 – m. 2013); 15. Ricardo de Robina Rothiot (n. 1919 – m. ¿?); 16. Abraham Zabludovsky (n. 1924 – m. 2003); 17. Enrique Yáñez (n. 1908 – m. 1990).

[16] José Villagrán García, maestro y teórico de la arquitectura, explicaba en el marco de una conferencia impartida en la Escuela Nacional de Arquitectura, en ocasión de las mesas Redondas para Profesores, realizadas en 1963, que el Estilo Internacional se caracteriza por formas simples y claras, resueltas a base de paralelepípedos rectangulares, modulados a partir de la figura más sencilla que es el cuadrado. Las superficies y las masas se manejan por contrastes de calidad. En particular estos efectos se consiguen con el uso del vidrio y la piedra. Estas composiciones formales, señalaba el maestro, logran grandes efectos plásticos pero su repetición hasta el cansancio ha generado un neoacademicismo que está ahogando talentos, susceptibles de florecer en otros ámbitos más creativos y prometedores. José Villagrán García, "I. Problemas en la formación del arquitecto actual" en José Villagrán García, *José Villagrán García (1901-2001). Textos escogidos,* presentación, Sara Topelson, prólogo de Ramón Vargas Salguero, México, Consejo

dadores Walter Gropius, Le Corbusier y Ludwig Mies van der Rohe en busca de una nueva fuente de inspiración. Y aun cuando estos arquitectos seguían respetando los principios rectores de la arquitectura moderna no practicaban una ortodoxia servil. Sus posturas se caracterizaban más bien por tensiones entre una lealtad a los padres fundadores, la necesidad de cristalizar un cambio y el deseo legítimo de lograr una expresión propia. La fe y la esperanza se mantenían en equilibrio; aunque el dogma y el cisma debían ser evitados a cualquier costo. A pesar de la crisis evidente en la producción arquitectónica —ya fuera por su neoacademicismo que se basaba en la imitación de las obras de los maestros o por la diversidad de corrientes que emergían por todos lados sin dirección ni sustentos claros— prevalecía una atmósfera optimista que envolvía la práctica de la arquitectura. La introspección y la autocrítica propias de la crisis de la década de 1970 todavía estaban lejos.[17]

El hecho es que el mercado inmobiliario alentó la reproducción banal de los trabajos seminales de la arquitectura moderna. La disciplina funcional se confundió entonces con los propósitos instrumentales de los bienes raíces. Las burocracias planificadoras se apoderaron de las imágenes de la *tabula rasa* de la ciudad moderna y las aplicaron confiadas en una absurda certeza y sentido moralizante; así lo que había comenzado como un sueño urbano alternativo fue absorbido por un terrible *status quo*. En la década de 1960, buena y mala arquitectura se habían vuelto difíciles de identificar. Ahora, el enemigo era la arquitectura moderna barata, donde el difícil ejercicio de identificar lo genuino de lo falso requería de una mayor sutileza; lo bueno y lo malo podrían incluso compartir las mismas características (simples formas, estructuras de concreto, techos planos). Así, la emergente generación de jóvenes arquitectos

---

Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes, Dirección de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico Inmueble, 2001, XXIV, p. 26.

[17] William J. R. Curtis, *Modern Architecture since 1900*, 3a. Edición, Singapore, Phaidon Press Limited, 1997, p. 547.

se enfrentó a una serie de difíciles dilemas. ¿Deberían estos futuros profesionistas creer en la existencia de los principios esenciales de la arquitectura moderna, procurar su defensa y propagación? ¿Deberían estos jóvenes mantener el espíritu moderno de una búsqueda constante en materia de innovación tecnológica y valores? O ¿deberían acaso abandonar en definitiva la línea de la

arquitectura moderna por ser muy restrictiva y seguir otras tradiciones para la formulación de un nuevo lenguaje? Todas estas dudas no aparecieron con toda su fuerza sino hasta 1970, porque al terminar la Segunda Guerra y dos décadas después sólo algunos cuantos arquitectos compartían estas inquietudes. De cualquier manera, la mística social de cambio se mantuvo como una aspiración del Movimiento Moderno en arquitectura en sus diversas manifestaciones.[18]

En realidad, en la década de los sesenta no había una sola ruta. Las aproximaciones y las condiciones variaron considerablemente, y en ese periodo hubo una gran cantidad de debates y críticas. Pero cualesquiera que fuesen las rutas, éstas conservaron algunas características del modernismo temprano. En los años 1960, la continuidad se cuestionó desde diversos cuadrantes, especialmente desde aquellos que alentaban un uso más abierto del pasado y de la ciudad histórica. Algunos de los dilemas de los años 1960 se desprendieron del materialismo y del desigual desarrollo tecnológico, social y económico. Por eso no resulta sorprendente que la mayoría de los discursos críticos del periodo hayan reflexionado sobre la necesidad de crear un espacio público habitable, que combinara lo nuevo con los patrones existentes de calles y plazas, para partir de las distintas capas de la memoria y las costumbres sociales inherentes a ciertos lugares. Se trataba así de buscar una versión de la modernidad menos determinista y sí más pluralista para una nueva sociedad socialmente más justa.

[18] *Ibid.,* p. 548.

En 1963, el arquitecto mexicano Villagrán García (n. 1901 – m. 1982) historiador y teórico de la arquitectura, decía a maestros y alumnos:

> […] para impulsar la creación dentro de las características del tiempo, ausencia de seriedad, pluralidad direccional y atracción hacia el academicismo formal, se hace urgente volver al estudio de las esencias y las valoraciones de lo auténtico e históricamente arquitectónico, mediante una seria y científica teoría del arte […] y convertirla como asignatura escolar, en obligatoria y no optativa […] Debe tomarse en cuenta que, por ejemplo, la Escuela de Jurisprudencia conceptúa ineludible el estudio de la teoría del derecho para todo jurisconsulto.
>
> Para orientar y estimular la auténtica arquitectura se hace también ingente presentar en las clases de composición y en las de teoría, sección de problemas, los auténticos y reales, nacionales y actuales, basados en una investigación científica que lleve al cabo la Escuela (Nacional de Arquitectura) por conducto de investigadores dedicados a esta trascendental tarea, tanto para la creación escolar como para la arquitectura nacional […] Guadet decía a principios de siglo: al cliente toca el planteamiento del problema, al arquitecto resolverlo en términos de construcción arquitectónica, y agregaba lapidariamente: al cliente el programa, a nosotros la solución, a cada quien lo suyo.[19]

Se buscaba así dar un sustento teórico más sólido a la profesión de arquitecto que parecía haber perdido su sentido. Cultivar la conciencia de responsabilidad profesional del educando.

Después de celebrarse en julio de 1965, en París, el Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA) Villagrán García reconocía en las conclusiones del congreso observaciones que años atrás él mismo había asentado en otras publicaciones y que tenían que ver con el grave problema de la formación del arquitecto. Para

[19] José Villagrán García, *op. cit.,* pp. 30-33.

empezar, el maestro advertía, como lo habían indicado los asistentes del congreso, que la crisis generalizada de la arquitectura, tanto en México como en el mundo, se debía a que

> […] muchas escuelas (seguían) aferradas a sistemas tradicionales y otras (subestimaban) el aspecto compositivo, estético, de la obra de arquitectura, pretendiendo seguir atadas a la equivocada interpretación de las corrientes funcionalistas del tan manido adagio: "la función hace la forma", que Gropius, lo mismo que Le Corbusier, (habían) dejado claramente desautorizado.[20]

Se requería a juicio de Villagrán, así como de sus pares internacionales, investigar a profundidad las *nuevas necesidades* que se presentan al arquitecto a raíz de la evolución de nuestra cultura, tanto en su aspecto occidental, como en lo propiamente local. Esta demanda exigía, en opinión de Villagrán, que la Escuela de Arquitectura y los organismos gremiales: universidades y profesionales, emprendieran el estudio sistematizado, científico y metódico, y no demagógico, de las realidades nacionales con todas sus características particulares de incipiente desarrollo con respecto a la ciudad capital y en relación con las grandes naciones cuyo progreso y riqueza no eran comparables con los deficientes medios económicos de México. Era preciso, según Villagrán, crear un organismo que realizara estas investigaciones y las pusiera al servicio de autoridades, grupos profesionales, inversionistas privados y sobre todo, profesores universitarios. Esto produciría un renacimiento en las formas arquitectónicas locales. Así la auténtica demostración de nuestros problemas, derivada de investigaciones que se realizaran con la colaboración de sociólogos, economistas, urbanistas, filósofos, críticos de arte y conducidas y centradas por arquitectos, acabarían con el individualismo formalista, propio de los países

[20] José Villagrán García, "II. Problemas en la formación del arquitecto" en *op. cit.,* pp. 36-37.

ricos como Estados Unidos, tendencia imitada en el resto del mundo como expresión de estar al día.[21]

Otro aspecto relacionado con la investigación de los problemas contemporáneos y locales se refería, de acuerdo con Villagrán, a la enseñanza de la arquitectura y, en particular, a lo que los arquitectos en sus clases denominaban "la solución del problema" o, mejor dicho, "análisis de programas". Villagrán insistía que esa nomenclatura debería sustituirse por "conocimiento de los problemas contemporáneos y locales". Estas enseñanzas deberían basarse en los resultados de las investigaciones realizadas por el organismo al que arriba se hacía referencia. Pero este método también debía aplicarse en los talleres de composición, en los ejercicios creativos de los alumnos, exigiendo como ya se habían hecho en los años de 1926 y siguientes, la inquisición personal. En otras palabras, la *propedéutica arquitectónica* era algo semejante a lo que ocurría en las escuelas de medicina en sus clínicas y en los hospitales al conectar al alumno con casos vivos, reales, no imaginados ante el pizarrón en el aula, que en el caso mexicano no conducían más que a la imitación, a la copia de formas ideadas por otros y para otros problemas ideológicos y economías.[22]

En realidad, el arquitecto Villagrán recomendaba a sus colegas trabajar en la solución de los problemas arquitectónicos locales a partir de la investigación interdisciplinaria realizada por equipos de especialistas. Esto se ve claramente cuando los despachos arquitectónicos, de más renombre en los años sesenta, como el de Mario Pani (n. 1911 – m. 1993), incorporan a sus firmas equipos de arquitectos especialistas como urbanistas, restauradores y con formación interdisciplinaria.[23] Para Mario Pani, el arquitecto debía ser

[21] *Ibid.,* pp. 37-38.

[22] *Ibid.,* p. 38.

[23] Graciela de Garay, *Mario Pani*, México, Instituto Mora - CONACULTA, 2000, (*Historia Oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos, 1940-1990*) 124 pp. *Cfr*. Graciela de Garay, "Presencia de Mario Pani en la cultura mexicana del

un generalista apto para dirigir a los especialistas que integran un equipo, algo así como un director de orquesta. Por eso en su despacho logró formar urbanistas bajo la dirección del arquitecto José Luis Cuevas y de Domingo García Ramos. Otros arquitectos, como Abraham Zabluvosky (n. 1924 – m. 2003) y Teodoro González de León (n. 1926 – m. 2016) se acercaron a organismos especializados en estudios urbanos, incluso se asesoraron por antropólogos y sociólogos.[24] Aunque tiempo después Teodoro González de León lamentó que los arquitectos se hubieran ocupado más por el estudio sociológico y antropológico de los problemas de la arquitectura, en vez de aprovechar ese tiempo precioso para realmente hacer arquitectura, trabajar en la composición y el diseño de la forma. Todo lo hecho en la época de los sesenta fue, para González de León, una copia de lo que se hacía en el mundo, aunque se trataba de atender los problemas sociales y nacionales.[25]

En 1966, la Escuela de Arquitectura de la UNAM incorporó a tres profesores de la Facultad de Economía y uno de la Facultad de Filosofía y Letras para romper con lo que los estudiantes más radicales consideraban el monopolio de los arquitectos empresarios, que lo mismo enseñaban resistencia de materiales que historia del arte.[26] Estos cambios anunciaban lo que sería la herencia del movimiento de 1968 en cuanto a las reformas de la enseñanza

---

siglo XX (1911-1993)", Louise Noelle, *Mario Pani,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2008, pp. 329-348.

[24] Sexta entrevista al arquitecto Teodoro González de León realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos (1940-1990).* Ciudad de México, 12 de marzo de 1992. Instituto Mora, Archivo de la Palabra, PHO 11/10(6).

[25] Décima segunda entrevista al arquitecto Teodoro González de León realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos (1940-1990).* Ciudad de México, 5 de mayo de 1994, Instituto Mora, Archivo de la Palabra, PHO 11/10(12).

[26] Alfredo Macías Narro, *Movimientos democráticos en la UNAM (1972-1980). El Autogobierno.* Disponible en: <colectivobuenaaventuradurruti.weebly.com/movimientos-democraac…> lins. 1-2, pant. 1. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

de la arquitectura para la formación del nuevo "arquitecto socialmente comprometido" con los problemas de la realidad nacional.

Pero ¿qué pedían los estudiantes del 68 con respecto a la enseñanza de la arquitectura? Los estudiantes de las escuelas de arquitectura de la UNAM en México, de las Universidades de Columbia y Yale en Estados Unidos, así como de *l'École des Beaux-Arts* en Francia apelaban a una renovación completa de los dos principales legados educativos que a la fecha prevalecían en la enseñanza del oficio y no habían sido modificados en muchos años: el sistema alemán heredado de la *Bauhaus* y el francés heredado de *l'École des Beaux-Arts*.

El sistema de la *Bauhaus* suponía que los estudiantes debían aprender de un "maestro de oficio" y de un "maestro de la forma", a partir de un currículum estructurado alrededor de los materiales, la función y los elementos relacionados con la construcción. El sistema de escuela francesa *des Beaux-Arts* partía de la idea del aprendizaje del oficio a partir del ejercicio de concursos. Se pensaba que el aprendizaje práctico de la arquitectura debía adquirirse en un taller o *atelier* con una estructura tipo gremio, que incluía artesanos y un patrono o mecenas, en el caso francés y mexicano por mucho tiempo fue el Estado. Ambas organizaciones eran igualmente tradicionales, rígidas, jerárquicas, elitistas y trataban a la arquitectura como un diseño propuesto para un espacio indefinido y fuera de la realidad cotidiana. En ambos casos, *Bauhaus* o *Beaux-Arts* el ideal espacial servía de base o fundamento a todo diseño que se requiriera para responder a las necesidades sociales ya fuera un edificio histórico o cualquier tipología de construcción. Fue precisamente esta práctica de partir de una idea genérica de sociedad no examinada ni criticada que molestó a los estudiantes y los instigó a convocar una reforma. Para ellos, la arquitectura debería incluir a agentes específicos "los usuarios", y en su forma más amplia a las comunidades, en lugar de imponer a la sociedad nuevos ordenes más racionales y abstractos como parte de la solución del diseño. Para los estudiantes, estos problemas se resolverían

mediante una plataforma que intentara transformar no sólo el currículum sino la pedagogía por completo.[27] Ese objetivo cristalizaría en México con la reforma académica de validez y legitimidad de larga data de 1972 a 1992 con la Escuela del Autogobierno en la Escuela Nacional de Arquitectura (ENA) de la UNAM.

Un legado del 68 mexicano: el Autogobierno en la Escuela de Arquitectura, UNAM

A finales de la década de 1960, diversos elementos se conjugaron para propiciar un cisma en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Efectivamente, problemas académicos y administrativos, un sistema educativo autoritario, planes de estudios caducos amén de las circunstancias adversas que se resentían al interior del campo profesional de la arquitectura precipitaron de manera conjunta una terrible confrontación entre los miembros de la comunidad de la escuela: profesores, estudiantes y trabajadores. La gente se negaba a seguir aceptando las decisiones impuestas desde arriba y exigían que éstas fueran producto del debate. Demandaban que la verdad y el derecho emanaran de los propios interesados a raíz de la crítica y la reflexión imaginativa.

El hecho es que esta situación de descontento se daba en un contexto muy complicado. Los cogobiernos en otras facultades y escuelas, el sindicalismo universitario y la represión del Estado a los movimientos sociales alcanzaron niveles insospechados de agitación desatando la cólera estudiantil y magisterial que reclamaba la toma del poder. La furia de las mayorías se decantó en las consignas académico políticas que darían rumbo al movimiento: "arquitectura para el pueblo", "enseñanza dialogal" y "crítica-

[27] *Vid*. William Richards, *Revolt and reform in architecture's academy: urban renewal, race, and the rise of design in the public interest,* Nueva York, Routledge, 2017, 148 pp.

autocrítica". Sumadas a esas banderas de la revuelta estaba la necesidad urgente de democratizar las estructuras administrativas e imaginar nuevas fórmulas para fomentar la participación colectiva en la gestión de la escuela, así como en la toma de decisiones. En este ambiente de efervescencia académica y política nació la Asamblea General, entendida como el órgano máximo resolutivo, conformado por profesores, estudiantes y trabajadores. Además, se contó con los ocho talleres integrales y una organización compleja de delegados y bases en la asamblea plenaria.

Así, el 11 de abril de 1972, inició un largo proceso de lucha académica y política que cristalizó con la aprobación de la propuesta del plan de estudios del Autogobierno (Unidad Académica de Talleres de Número de la Escuela Nacional de Arquitectura [ENA]) en la UNAM. La nueva estructura suponía una manera original de concebir el proceso enseñanza-aprendizaje de la arquitectura. El plan fue aprobado por el Consejo Universitario en 1976.

El autogobierno se propuso entonces formar a los mejores arquitectos de México y reconoció como principios fundamentales de su proyecto: la democratización de la enseñanza y una vinculación con las necesidades del pueblo. Estos dos preceptos estructuraron la educación de muchos arquitectos mexicanos y extranjeros, en particular, latinoamericanos.

El surgimiento del Autogobierno en abril de 1972 no sólo acabó con el despotismo de las autoridades, sino también se alejó de aquellos conocimientos académicos que hasta ese momento no se habían actualizado para articularse con exigencias más acordes con el nuevo plan. Algunos conocimientos se desecharon con acierto, pero otros, simplemente por pertenecer al pasado, se suprimieron. Así emergieron nuevos cursos y otras materias se reforzaron como una vía para aproximarse a la comprensión de las necesidades del país. Entre las materias que se eliminaron por inútiles se encontraban las de "Orientación vocacional", "El hombre y el medio", e "Historia de la cultura", considerado su vaga relación con las expectativas del Autogobierno. Otras se robustecieron con un nuevo

contenido con la idea de acercar al estudiante al fenómeno arquitectónico y urbano, por ejemplo: "teoría del diseño" se aprovechó para desarrollar importantes avances en metodología del diseño; "teoría de la arquitectura" se enfocó a la crítica de la producción del Estado y del gran capital; "conceptos fundamentales del arte" intentó abordar el campo de la ética marxista. "Historia de la arquitectura" que se enseñaba como la suma de casos anecdóticos a través de los estilos se transformó en una explicación de la arquitectura como objeto producido socialmente y sujeto a las leyes de los procesos de desarrollo. Otro tema importante en la enseñanza aprendizaje de la arquitectura fue, sin duda, el tratamiento que se otorgó a la materia "Proyectos" por medio del "Taller Integral". Sucede que el Autogobierno en su concepción de la producción arquitectónica suponía el desarrollo del proyecto arquitectónico como la única vía para totalizar o integrar los conocimientos.

Efectivamente, el proceso de "proyectación" se decía era el camino para satisfacer una demanda concreta. Se trataba que el estudiante viera en el diseño arquitectónico una forma para abordar y plantear soluciones a las demandas populares. En fin, las materias teóricas fueron las que sufrieron menos cambios y las que con mayor facilidad se acoplaron al Taller Integral.[28]

> Pero no todo se desarrollaba adecuadamente, sin errores ni desviaciones. Al interior del Autogobierno surgieron diversas corrientes políticas y académicas y cada una le dio una orientación específica al taller en donde contaba con cierta hegemonía. Con esta composición heterogénea, hubo talleres a los que se les calificó como teóricos; a unos más como academicistas. Aparecieron diferentes opciones sobre la vinculación popular, que hizo que

[28] Facultad de Arquitectura-Autogobierno, UNAM, "Por una nueva teoría", *Revista Autogobierno-Arquitectura, urbanismo y sociedad,* Revista semestral, nueva época, No. 2, julio-diciembre de 1983, p.1. Disponible en: <fa.unam.mx/repentina/…/wp…/autogobierno/autogobierno_2.pdf>. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

algunos se encaminaran peligrosamente hacia un enconado populismo y otros definitivamente a abandonar este principio. Surgieron corrientes que todo lo simplificaban mecánicamente a través de metodologías: otras que todo lo encaminaban por medio de la crítica teórica casi sangrienta y otros más que buscaban afanosamente nuevas alternativas por medio de la psicología, las ciencias sociales, o como en otras cosas que, en forma dogmática, se declaraban marxistas-leninistas y que en la práctica distaban mucho de serlo.

Para 1975 se llegó a tal disparidad entre los diferentes talleres del Autogobierno, debido a los "parches" o continuos cambios a los contenidos de las materias de Teoría, Historia, Estructuras, etc., […] dificultando cada vez más los trabajos del Taller Integral. Bajo esta perspectiva no se tuvo más remedio (para bien) que reconocer que por más remedios y cambios que se le siguieran haciendo al Plan de Estudios, éstos no correspondían en ningún momento a los planteamientos del Autogobierno y que este debería darse a la tarea de construir el suyo propio. Y así con sólo cuatro años de existencia, el Autogobierno convocaba a la realización de un Congreso para la elaboración de un Plan de Estudios. En diciembre de 1975, el Autogobierno por medio de la confrontación académico-política de sus talleres, logró construir por fin un nuevo Plan de Estudios y esta es quizás una de las pocas experiencias a nivel nacional, en que profesores, estudiantes, tenían su propia currícula académica. En noviembre de 1978 el Consejo Universitario aprobó este Plan de Estudios, lo mismo que el Plan de Estudios de la Maestría en Investigación y Docencia en las áreas de Arquitectura y Urbanismo, que también se impartía en el Autogobierno y posteriormente se le aprobó su plan de Doctorado.

Los resultados de este Plan de Estudios no se han podido evaluar, pero lo cierto es que este resultó al final muy ecléctico y general y que ha sido difícil homogeneizarlo para el conjunto del Autogobierno.

[…] pero enfatizábamos el materialismo histórico y el materialismo dialéctico como única posibilidad para explicarnos las contradicciones sociales y su relación con la producción arquitectónica

> y urbana […] Hoy es tiempo de construir una nueva teoría de la arquitectura.[29]

En la actualidad, como parte de la organización pedagógica del plan de estudios de la carrera de arquitectura se tienen 16 talleres semiautónomos con un planteamiento académico y una práctica de trabajo particular. Anteriormente, entre las décadas de 1970 y 1980, cuando existía en la Facultad la corriente del Autogobierno se designaba a los talleres por medio de números y letras, ya que obedecían a planes de estudios distintos, los talleres de número del Autogobierno eran los más radicales, de convicciones políticas de izquierda, mientras los segundos, de letras, eran los tradicionales, podría decirse identificados con la derecha y la idea de formar al arquitecto liberal. A medida que el Autogobierno se fue desbaratando y en 1992 la Facultad se unificó, los Talleres recibieron nombres de arquitectos famosos por sus aportaciones a la arquitectura mexicana. Los Talleres de número, Uno y Tres, conservaron su designación para recordar la etapa del Autogobierno.[30]

Pero ¿cómo explicar el gradual desvanecimiento del Autogobierno? Tal vez este cambio se pueda atribuir a la incapacidad del mismo movimiento para generar un relevo en los núcleos de poder, por su propia renuencia a discutir con miras más amplias y conciliadoras los desafíos de la enseñanza de la arquitectura de

[29] *Ibid.*

[30] Taller Arq. Luis Barragán; (5) Taller Arq. Max Cetto; (C) Taller Arq. Juan A. García Gayou; (G) Taller Arq. Jorge González Reyna; Taller Arq. Carlos Lazo; Taller Arq. Carlos Leduc Montaño; (7) Taller Arq. Hannes Meyer; (4) Taller Arq. Juan O´Gorman; (D) Taller Arq. José Villagrán García; Taller Uno; (10) Taller Elucatl; Taller Arq. Domingo García Ramos; (M) Taller Arq. Ramón Marcos Noriega; (F) Taller Federico Mariscal; Taller Arq. José Revueltas Peña; Taller 3. *Taller Uno. Facultad de Arquitectura UNAM.* p. 1. Disponible en: <arquitectura.unam.mx/taller-uno.html>. [Consulta: 9 de octubre, 2017.] *Taller Tres – Facultad de Arquitectura UNAM*. Disponible en: <arquitectura.unam.mx/taller-tres.html>. Lins. 1-4, pant. 1. Disponible en: <https: es.wikipedia.org/…/Facultad_de_Arquitectura_(Universidad… >. Lins. 22-24, pant. 1. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

finales del siglo XX así como sus perspectivas para el siglo XXI y, lo más importante, el lastre de sus liderazgos inflexibles que aún enarbolan un pasado mítico que en muchos sentidos no supieron capitalizar para gestionar el verdadero cambio que inspiró a la corriente renovadora del Autogobierno en sus primeros años.[31]

De acuerdo con el arquitecto J. Víctor Arias Montes, estudioso de su campo profesional,

> […] el Autogobierno de Arquitectura dejó una huella importante en el quehacer académico y político de México, al proponer una arquitectura sustentable, menos suntuaria, más acorde con nuestra realidad económica y social, más imaginativa, más bella, más funcional. Una arquitectura que respete los ámbitos regionales, tanto urbanos como rurales y que recupere lo mejor de nuestras tradiciones, de nuestra rica herencia. Una arquitectura que exprese la lucha por un México mejor, libre y soberano.[32]

Efectivamente, el Autogobierno de Arquitectura obtuvo diversos premios internacionales en los concursos de escuelas de arquitectura convocados por la Unión Internacional de Arquitectos (UIA), hecho que contribuyó a demostrar su relevancia académica. El primero lo ganó el Taller Siete en 1978 en el congreso de dicho organismo, celebrado en México, con el tema "Espacios administrativos para comunidades de 10 mil a 50 mil habitantes". El segundo lo obtuvo el Taller Cinco en el congreso organizado en Varsovia en 1981 con la propuesta de un plan alternativo para la rehabilitación urbana en Tepito; y el tercero lo consiguió el Taller Seis en 1983, en el congreso realizado en París, con el proyecto

[31] *Cfr*. *Archivo L: cuarenta años de autogobierno: mitos y realidades*. Disponible en: <Archivol.blogspot.com/…/auarenta-nos-de-autogobierno-mitos-y.h…>. Lins. 52-60, pant. 1. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

[32] J. V. Arias Montes, "Arquitectura Autogobierno 40 años", *Archipiélago, Revistas UNAM,* p. 59. Disponible en: <www.revistas.unam.mx/index.php/archipielago/article/download/55932/49621>. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

"Vivienda ecológica en autoconstrucción en Chempil, Chiapas". Otro reconocimiento importante, entre los muchos conquistados, cabe mencionar el otorgado por el presidente de la República, Miguel de la Madrid (1982-1988), por la participación solidaria del Autogobierno en la reconstrucción de la ciudad con motivo del sismo de 1985.[33] Los premios demuestran como el Autogobierno en la Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM había conseguido insertar en la teoría y práctica de la arquitectura una mística social, fundamental para vincular el quehacer con las necesidades y demandas reales de espacios habitables de las poblaciones marginadas del país.

Reflexiones finales

Este ensayo trató de hacer un balance general de los resultados del movimiento estudiantil de 1968, en particular, en la Escuela Nacional de Arquitectura (ENA) de la UNAM. Después de tomar en cuenta lo ocurrido en otras escuelas de arquitectura del mundo como las Universidades de Yale y Columbia en Estados Unidos, así como *l´École des Beaux-Arts* en Francia y comparar estos procesos con lo acontecido a nivel local, concretamente en el Autogobierno de la ENA, se puede concluir que la mística social infundió una vitalidad nueva a la teoría y a la práctica de la arquitectura. Estudiantes, maestros y trabajadores se preguntaron si la arquitectura podía atender los desafíos contemporáneos en cuanto a la demanda de espacios y ciudades habitables dignos y de esta manera contribuir a mejorar la calidad de vida de los sectores menos privilegiados, de las mayorías invisibles. Conviene advertir que esta preocupación por lo social en la arquitectura no fue una experiencia nueva. Ocurre que, al terminar la Revolución mexicana de 1910, la necesidad de atender las promesas de

[33] *Ibid.*

educación, salud y vivienda planteadas en la Constitución de 1917 involucraron a los arquitectos en el compromiso de cumplir esas promesas. Efectivamente, en el periodo de la reconstrucción posrevolucionaria se desarrollaron los grandes programas de construcción de hospitales, escuelas y, posteriormente, de vivienda, como los multifamiliares.

En ese marco, los arquitectos tomaron medidas para solucionar de una manera actual las construcciones que exigían las apremiantes necesidades del momento. A juicio de Ernesto Gómez Gallardo (n. 1917 – m. 2012), egresado de la Escuela de Arquitectura en 1943,

> el valor más importante de la arquitectura moderna mexicana fue su relación con la arquitectura de tipo social de escuelas, hospitales, habitaciones populares, edificios públicos [...] lograr lo más con lo menos, identificarnos con nuestra precariedad tanto económica como industrial. Y creo que eso nos hizo un gran bien.[34]

En la década de 1960, el gobierno mexicano encargó a los arquitectos museos y luego vinieron las instalaciones deportivas para la Olimpiada de 1968, bajo la coordinación del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez (n. 1919 – m. 2013), un arquitecto siempre preocupado por hacer de la arquitectura un servicio social.

Pero volviendo al legado del 68 materializado en el Autogobierno, éste se puede observar en dos niveles: el académico y el profesional. En primer lugar, en el aspecto académico, los cientos

[34] Primera entrevista al arquitecto Ernesto Gómez Gallardo realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México, testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*. Ciudad de México, 24 de marzo de 1992, Instituto Mora/Archivo de la Palabra, PHO 11/12(1). *Cfr*. Segunda entrevista al arquitecto Ernesto Gómez Gallardo realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México, testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*. Ciudad de México, 31 de marzo de 1992, Instituto Mora. Archivo de la Palabra, PHO 11/12(2).

de estudiantes que en las décadas de 1960 y 1970 se inscribieron en las escuelas de arquitectura con la esperanza de aprender los gajes del oficio no tardaron mucho tiempo en descubrir que su formación académica y su práctica no concordaba con las exigencias de espacio habitable que planteaba la sociedad contemporánea. De esta manera la educación de la arquitectura y la historia urbana se cruzaron en un punto de intersección que implicó un cambio en la pedagogía de la enseñanza y el quehacer de la arquitectura.

En segundo lugar, en el nivel profesional, las comunidades universitarias, integradas por maestros y alumnos, y, en el caso mexicano, incluso con trabajadores, se preguntaron sobre las posibilidades de la arquitectura para incidir en la mejora de las condiciones de habitabilidad de la sociedad. Esto se tradujo en la elaboración de diversos planes de estudios (1976, 1981, 1992), pero además de esto, se buscó vincular lo académico con lo social, y este cambio propició las condiciones para generar en los alumnos una mayor libertad de imaginación. Incluso en los talleres de letras, correspondientes a la rama tradicional de la Escuela de Arquitectura de la UNAM, los maestros abandonaron su estilo de educación vertical y autoritaria, para infundir en sus discípulos confianza y seguridad para pensar por sí mismos y diseñar soluciones imaginativas y originales. En este sentido conviene traer a colación la experiencia de un estudiante de la carrera de arquitectura de principios de la década de 1970.

Javier Senosiain Aguilar (n. 1948) es un arquitecto independiente que realiza fundamentalmente obra privada, pero que desde los años de 1970 ha incursionado en la arquitectura orgánica y bioclimática. Su interés por la arquitectura sustentable se debió a su predilección por las formas orgánicas. Sucede que después del movimiento estudiantil de 1968, la enseñanza en la Escuela de Arquitectura en la Universidad Nacional Autónoma de México se había vuelto más abierta y estimulaba la creatividad de sus alumnos.

Senosiain recuerda como sus maestros Ernesto Gómez Gallardo (n. 1917 – m. 2012), un arquitecto interesado en el diseño industrial, y Mathias Goeritz (n. 1915 – m. 1990), maestro alemán

de la *Bauhaus* que llegó a México después de la Segunda Guerra Mundial, le permitieron usar al máximo su imaginación. Por eso cuando para su tesis proyectó un campo de futbol, se preguntó ¿por qué esta arena deportiva debía ser rectangular? En fin, al mirar fotografías de las obras de Antonio Gaudí, Frank Lloyd Wright o Richard Buckminster Fuller, el aprendiz se sintió más que decidido a seguir esa línea orgánica y emplear la línea curva para la construcción de formas arquitectónicas más audaces, a pesar de las críticas de los partidarios de la línea recta típica de los rascacielos de cristal del Estilo Internacional. "Recuerdo —dice Javier Senosiain— que, por el año 1972, cuando estaba estudiando la carrera de arquitectura, muchos hippies estadounidenses venían a México y que uno de ellos al ver mis trabajos se acercó y me dijo: 'Oye, maestro, ¡qué buena onda lo que estás haciendo!'".[35] En efecto, sus obras, poco convencionales, podrían haber parecido, a sus contemporáneos, fantasías psicodélicas extraordinarias, pero de alguna manera, eran una forma de mostrar los aires de libertad que se respiraban en esos años en algunos sectores de la escuela y, desde luego, en la práctica profesional de la arquitectura. Esas formas atrevidas le ayudaron a concebir proyectos de arquitectura bioclimática.

Tiempo después, Javier Senosiain realizó el proyecto para la casa de sus padres, que intentó resolver mediante el uso de líneas curvas. La obra nunca se construyó, pero pronto tuvo la oportunidad de hacer en el terreno de un amigo la habitación del velador. La cubierta sería resuelta en dos espacios de plantas curvas, cubiertas por dos conos y muros de adobe. Además, se hicieron los muebles. Y ya con el tiempo, hizo su casa, de formas curvas y semienterrada que habitó por más de veinte años. El hacer una

[35] Entrevista al arquitecto Javier Senosiain realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Arquitectura sustentable. Teóricos, técnicos y usuarios. ¿Moda o cambio cultural? México, 1992-2010*, Ciudad de México, 9 de agosto de 2012, Instituto Mora, Archivo de la Palabra, PHO 23/3(1).

casa semiescavada le permitió iniciarse en la arquitectura bioclimática ya que con esta solución garantizó una temperatura ambiental constante todo el año de 21 ºC. Efectivamente, el que estas casas estén semiescavadas y cubiertas con tierra y vegetación, ayuda mucho a conservar todo el año una temperatura muy agradable al interior. Además, tiene la ventaja que la tierra y el pasto que cubren las azoteas filtren el polvo. Ahora, el arquitecto Senosiain quiere proponer vivienda semiescavada al gobierno para grandes desarrollos de conjuntos habitacionales de bajo costo, lo que significaría en las zonas de climas extremos del territorio nacional una economía considerable en materia de consumo de electricidad por aire acondicionado o calefacción.

Con el tiempo, la iniciativa que alentó unir educación y práctica de la arquitectura con política se tradujo en una arquitectura socialmente comprometida. Este maridaje provocó un gran daño en la formación y, en general, en la profesión de arquitecto. El politizar el campo de la arquitectura implicó caer en un dogmatismo autoritario, justo de lo que se había buscado la liberación, ahora regresaba con una falsa apariencia de cambio social. So pretexto de hacer una arquitectura para los pobres ni estética ni calidad tenían cabida. El marxismo había inundado todos los ámbitos de la arquitectura y la posibilidad de innovación y crítica fueron anuladas. En la década de 1970, llegó el posmodernismo que se ocuparía de la reflexión y el debate con la esperanza de salir de este callejón sin salida.

Pero la euforia de la planeación también distrajo a los arquitectos del diseño, su verdadero oficio. Por más que trataron de estudiar las problemáticas locales con el apoyo de científicos sociales y expertos en sociología urbana, los resultados no estuvieron a la altura esperada. Los profesionales comprendieron que la arquitectura por sí sola no podía cambiar al hombre

> No hay ninguna personalidad en los trazos urbanos finales de esos trabajos. No hay ninguna aportación, digamos, de diseño; más que

> aplicaciones de clichés de los sesenta que se veía en todos lados del mundo —explicó Teodoro González de León en entrevista. Yo lo digo con una limpia autocrítica. No me interesan porque veo que no hay nada y que me consumieron infinitas horas. Esa es mi tragedia y la que vivieron las escuelas de arquitectura educando mal a la gente. Y sí fue […] como comprobar científicamente, entre comillas, los postulados del Movimiento Moderno. Es decir, si la arquitectura, el diseño urbano, el nuevo urbanismo, la nueva arquitectura van a cambiar el orden, ahí está, y a meterse a fondo en esa tarea, pero realmente fue una ilusión tonta […] Y mucha gente de los sesenta quedó marcada por eso. Fue comprobar el fracaso de los postulados del Movimiento Moderno y eso lo revela después el nacimiento del posmodernismo ya al final de los sesenta. Van saliendo cosas como los eructos de esa indigestión espantosa que no llevó a nada. Mucha gente no hizo eso y se dedicó a hacer arquitectura, diseño urbano como debe ser, nada más tratando de aportar algo con el diseño del espacio.[36]

Desgraciadamente los proyectos de planeación urbana y reordenamiento territorial, independientemente de sus bases científicas y técnicas, no son suficientes para cambiar las cosas. Existen intereses políticos, económicos y errores de interpretación social y técnica que pervierten los proyectos y hacen casi imposible materializar el sueño modernista de hacer una ciudad bella y radiante.

> Nosotros los arquitectos —afirmó Abraham Zabludovsky— podemos quejarnos a diario por la inmoderada expansión de la ciudad, pero el problema en sí rebasa nuestras posibilidades reales de acción, puesto que es un problema de índole demográfico. A este respecto, lo primero que habría que hacer es controlar los índices

[36] Quinta entrevista al arquitecto Teodoro González de León realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*. Ciudad de México, 5 de marzo de 1992, Instituto Mora, Archivo de la Palabra, PHO 11/10(5).

> de crecimiento y, a juzgar por lo que hemos visto recientemente, yo diría que sus orígenes se gestan en otros aspectos: en los problemas administrativos y económicos.[37]

Esta situación explica la poca calidad de la arquitectura. Los clientes quieren hacer negocio y los usuarios deben conformarse con lo que se les conceda.

En el campo académico el dogmatismo ideológico y la excesiva politización ocasionaron, a la larga, serias deficiencias en la educación. Los maestros dejaron de hacer arquitectura para concentrarse en la política, descuidando a los alumnos que quedaron a la deriva. En este sentido, vale la pena citar al arquitecto Felipe Leal (n. 1956), quien lamenta el peso negativo que tuvo la ideologización de la enseñanza de la arquitectura a mediados de la década de 1970 cuando estudiaba la carrera.

Efectivamente, en los años setenta, un gran número de estudiantes, procedentes de todo el país, se inscribió en la UNAM. La situación y perspectiva académica en la Facultad de Arquitectura era muy sombría. El asunto es que la educación arquitectónica había sido cuestionada por su enseñanza tradicional y por su descuido de los asuntos sociales. Ahora bien, si el estudio de la arquitectura en las décadas de 1950 y 1960 había tenido un sentido elitista, asumido por un grupo privilegiado, esto se consideraba que debía cambiar después de las revueltas estudiantiles ocurridas en varias partes del mundo a lo largo de 1968. Pero el proceso, desgraciadamente, fue muy penoso. Felipe Leal recordó que en su época de estudiante la enseñanza de la arquitectura, no sólo en México sino en todo el mundo, fue muy mala.[38]

[37] Segunda entrevista al arquitecto Abraham Zabludovsky realizada por Graciela de Garay para el *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos (1940-1990)*. Ciudad de México, 26 de febrero de 1991, Instituto Mora, Archivo de la Palabra, PHO 11/7(2).

[38] Entrevista al arquitecto Felipe Leal, realizada por Graciela de Garay para el Proyecto *La práctica de la arquitectura en la Ciudad de México. Desafíos para el*

Cierto, la enseñanza de esa época, en general, fue muy pobre. Resulta que los profesores con experiencia y que sabían arquitectura estaban ocupados en actividades políticas para transformar la estructura social del país y, por lo mismo, no tenían tiempo para enseñar; mientras otro grupo de buenos arquitectos enseñaban una arquitectura tradicional, y poco les interesaba hacer cambios. Tocaba a los estudiantes llenar los vacíos y, desde entonces, llenar los vacíos —dice Felipe Leal— se hizo un hábito en mí que perdura hasta el día de hoy. De hecho, fue director de la Facultad de Arquitectura por dos periodos (1997-2005) y durante su administración procuró renovar la enseñanza mediante cambios en el plan de estudios.[39]

El propósito de este ensayo consistió en advertir que los movimientos estudiantiles de 1968 reconocieron la responsabilidad social como una clave fundamental del oficio de la arquitectura. Recordar este compromiso a las juventudes sirvió para replantear la enseñanza y la práctica de la arquitectura, pero la radicalización del precepto no dio buenos resultados porque llevó a la ideologización del campo y sin relevos que sirvieran como críticos de esta tendencia, los bríos de cambio se vieron apagados. De cualquier manera, no está mal hacer un alto en el camino y pensar si la profesión de arquitecto no requiere ahora en el contexto de una economía globalizada preguntarse por el destino de esa mística social que en su momento contribuyó al despertar de las conciencias frente a las promesas sociales incumplidas del siglo XX.

El hecho es como dice el arquitecto Teodoro González de León:

> […] la arquitectura es un arte, y, como tal, su tiempo no es el de la política. La maduración personal y, sobre todo la colectiva de un estilo y una forma de ejercer la arquitectura requieren de un tiempo

---

siglo XXI, Ciudad de México, 2 de febrero de 2004, Instituto Mora, Archivo de la Palabra, PHO 16/1(1).

[39] Entrevista al arquitecto Felipe Leal, realizada por Graciela de Garay para el Proyecto *La práctica de la arquitectura en la Ciudad de México. Desafíos para el siglo XXI*, Ciudad de México, 2 de febrero de 2004, Instituto Mora, PHO 16/1(1).

> más dilatado que el desarrollo de un proyecto político, sea de corto o largo plazo.
>
> El tiempo de la arquitectura es un tiempo largo, el de la política es más inmediato. La política no crea una expresión arquitectónica pero sí puede prohibirla y suprimirla […] La política sí puede hacer ciudad creando avenidas, plazas y edificios públicos interrelacionados; y, si se apoya en la buena arquitectura, crea áreas monumentales que son el testimonio de nuestro paso por el mundo. La ciudad requiere una política constante, cuando el político "no hace" porque cuida su futuro, la ciudad muere. La ciudad exige una política de riesgo constante.[40]

Demos tiempo a que la arquitectura madure, y dejemos que la responsabilidad social quede como parte de la ecuación personal del arquitecto a lo largo de toda su práctica profesional.

[40] Teodoro González de León, "Arquitectura y política" en *Vuelta*, México, núm. 247, año XXI, junio 1997, p. 43.

¿Dónde están los muchachos? Una aproximación a la diversidad sociocultural de los jóvenes mexicanos de los años sesenta

JAVIER RICO MORENO[1]
JUAN A. SALAZAR REBOLLEDO[2]

—¿Cuándo fuiste a Huautla por primera vez?
—Uuuh…, la verdad, todavía estaba María…
—¿A poco la conociste?
—¿A María Sabina?, sí. Era una cosita así —marca con el índice menos de metro y medio—, pero irradiaba luz la señora. Sacaba su anafre…, y nosotros todos desparramados, y ella su dialecto, cantando. Era un jacal en la montaña, y así con su copal, y hablando y cantando…, y de repente volteabas y no había nadie; cada quien por su lado, cada quien su viaje.
—¿Le pagaban?
—Ella no te cobraba; lo que tú le quisieras dar. Nosotros llevábamos de aquí ropa y zapatos, pero ya después empezó a malearla su hijo... Allá fueron los Beatles, los Rolling Stones; Kissinger le mandó hacer una cabaña chingona, y madre y media. Pero ella prefería su jacal con piso de tierra.

Es muy común que las referencias a los jóvenes de los años sesenta del siglo XX[3] terminen buscando su acomodo en una fotografía instantánea: en ella se aglomeran hombres y mujeres que comparten no sólo un rango de edad, sino también formas de vestir, gustos musicales y, entre otras cosas, el inconfundible

[1] Facultad de Filosofía y Letras – UNAM.

[2] Facultad de Filosofía y Letras – UNAM.

[3] En lo sucesivo, se utilizarán las expresiones: años sesenta o década de los sesenta, en el entendido de que se trata del siglo XX.

sello que les imprimen las aulas de clase. Aunque no se aprecian el pasado ni el futuro recientes de los personajes —pues la imagen los congela en un momento preciso—, resalta una característica que la historiografía y las evocaciones posteriores han condensado en el trinomio jóvenes-estudiantes-rebeldes. A la distancia temporal, esa fotografía instantánea (ese arquetipo) deja ver un área parcialmente vacía o difusa; se adivinan ausencias, se perciben insuficiencias; el marco blanco que la delimita la hace aparecer parcial y hasta injusta. ¿Quiénes no están? Y los que sí están, ¿integran un grupo homogéneo?, ¿su experiencia vital se agota en 1968?

Este ensayo muestra los resultados de una exploración acerca de los rasgos socioculturales de los jóvenes mexicanos de los años sesenta. A falta de definiciones precisas, incluimos en la categoría de jóvenes a individuos de entre 14 y 29 años de edad. Partimos de la hipótesis de que las imágenes construidas por distintas expresiones historiográficas resultan sesgadas o insuficientes para una caracterización de la juventud mexicana —y por tanto de la sociedad— de aquella época.

El primer acercamiento a las prácticas culturales de los años sesenta consistió en la revisión de un amplio conjunto de material audiovisual de la época: películas y programas de televisión, documentales y, especialmente, registros musicales. En muchos casos, el aspecto musical operó como referente básico para entretejer explicaciones y vislumbrar la diversidad concomitante al fenómeno juvenil de aquella década.

Conscientes del reduccionismo de la caracterización de los jóvenes de los sesenta como un colectivo homogéneo y uniforme, incluimos el relato autobiográfico de personajes que pudieran mostrar algunas de las opacadas divergencias. Las amplias entrevistas realizadas arrojaron información valiosa en relación con las experiencias vitales (familiares, culturales y socioeconómicas) que permiten apreciar elementos comunes, pero también otros que apuntan a una notable heterogeneidad sociocultural.

A la revisión de fuentes audiovisuales y las entrevistas se hizo necesario incorporar información cuantitativa que indicara la proporción del sector de los jóvenes en relación con la población total, la matrícula escolar por niveles y edades, así como datos generales de la infraestructura educativa. El cruce de los datos estadísticos con la información cualitativa abre las posibilidades de ampliar el perfil de la juventud en aquella década.

El arquetipo

Al comenzar los años 60, el gobierno mexicano avizoraba un próspero porvenir para los jóvenes del país. Una década antes, por decreto de Miguel Alemán, se había creado el Instituto Nacional de la Juventud, cuyo propósito era encausar otra vertiente a la marcha de la revolución institucionalizada: "[…] preparar, dirigir y orientar a la juventud mexicana en todos los problemas básicos nacionales para alcanzar el ideal democrático, su prosperidad material y espiritual".[4] Preparar, orientar y dirigir son acciones indicativas de la ampliación del carácter paternalista del Estado mexicano posrevolucionario. Como se advierte en las palabras del autor del capítulo sobre la juventud mexicana en la obra conmemorativa del cincuentenario de la revolución, el Estado era el actor fundamental, el espacio de participación y el guía imprescindible para marchar, sin extravíos, hacia el *telos* de la revolución:

> El Instituto, como organismo del Estado, no trata de intervenir para reprimir o desviar la auténtica y limpia organización de sus contingentes juveniles; desea hacer participar a la juventud en la acción del Estado contribuyendo a su capacitación, estimulando su

[4] Agustín Arriaga R., "El movimiento juvenil" en *México: Cincuenta años de Revolución. La economía. La vida social. La política. La cultura*, prólogo de Adolfo López Mateos, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 224.

> superación, protegiendo su desenvolvimiento, pero siempre considerándola como una realidad en el presente con metas conquistables por su esfuerzo. El fomento de las mejores promociones que agrupan a la juventud, como su interés por la cultura y el deporte, la oportunidad de capacitarse mejor para el trabajo, son medios adecuados para lograr cívicamente el tipo ideal del mexicano nuevo.[5]

No obstante, es preciso reconocer que la imagen del Estado como una entidad omnipotente, capaz de ver y controlar la totalidad de lo social es una quimera. A pesar de la tendencia abarcadora del Estado mexicano posrevolucionario, es claro que diversos procesos socioculturales siguieron su propia dinámica o escaparon a su control. Por medio de la confluencia de distintos factores, tanto internos como externos, los jóvenes estudiantes —y sin duda, buena parte de los que estaban fuera del sistema educativo— fueron asimilando rasgos socioculturales que configuraron su propia identidad como sector social. Uno de esos rasgos fue la protesta que de manera implícita quizá, apuntaba a una dimensión de la modernidad:

> Ahora sabemos que el progreso no es de este mundo: el paraíso que nos promete está en el futuro, un futuro intocable, inalcanzable, perpetuo. El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser.
>
> El sentido profundo de la protesta juvenil —sin ignorar sus razones ni sus objetivos inmediatos y circunstanciales— consiste en haber opuesto al fantasma implacable del futuro la realidad espontánea del ahora. La irrupción del ahora significa la aparición, en el centro de la vida contemporánea, de la palabra prohibida, la palabra maldita: *placer*. Una palabra no menos explosiva y no menos hermosa que la palabra *justicia*. Cuando digo placer

[5] *Ibid.,* pp. 224-225.

> no pienso en la elaboración de un nuevo hedonismo ni en el regreso a la antigua sabiduría sensual —aunque lo primero no sea desdeñable y lo segundo deseable— sino en la revelación de esa mitad oscura del hombre que ha sido humillada y sepultada por las morales del progreso: esa mitad que se revela en las imágenes del arte y del amor.[6]

Algunos sectores de jóvenes de clase media se asimilaron a "la modernidad, descrita por ellos como revolución, cultura libre, rock. Fin de los prejuicios sexuales, habla unisex, y, muy especialmente, rebelión ante la suerte opaca y sumisa de sus antecesores".[7] Valores y consideraciones diametralmente distantes de aquellos propuestos por el anacrónico "proyecto de juventud" de las conmemoraciones del medio centenario, aunque tampoco unívocas para referir las diversas concepciones identitarias de los jóvenes mexicanos.

Las distintas visiones de "modernidad" entraron en choque constantemente no sólo entre el régimen y algunos sectores de los jóvenes; también los ferrocarrileros, los médicos, las telefonistas, los profesores, y un largo etcétera vivieron los desencuentros.

Avanzada la década, en 1968, la organización de los Juegos Olímpicos en México, se convirtió en la obsesión del sucesor de López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz. Para el régimen, este evento sería el gran momento que proyectaría al país hacia el exterior y demostraría su madurez frente a las naciones más avanzadas.

Tal como los Juegos Olímpicos fueron aquello que orientó buena parte de las decisiones gubernamentales de los 60, el movimiento estudiantil organizado y reprimido también en 1968, se ha

[6] Octavio Paz, *Posdata,* cuarta edición, México, Siglo XXI Editores, 1970, pp. 26-27. Cursivas del autor.

[7] Carlos Monsiváis, *El 68. La tradición de la resistencia,* México, Era, 2008, p. 168.

convertido en el centro de las explicaciones, definiciones y caracterizaciones de los jóvenes de toda la década de los 60.

La importancia política atribuida al movimiento estudiantil de 1968 para el desarrollo de la llamada "democracia mexicana", ha derivado en generalizaciones discursivas como la de considerar a "la juventud como una edad analítica y crítica",[8] unívocamente por autores, frecuentemente militantes del propio Movimiento, como Gilberto Guevara Niebla, Raúl Álvarez Garín o Luis González de Alba, aunque éste último tomó distancia respecto de sus planteamientos iniciales con el paso del tiempo. Otros autores, simpatizantes del Movimiento, como Carlos Monsiváis, Enrique Krauze o Elena Poniatowska, también han abonado a estos relatos homogeneizadores.

La sedimentación de ciertas características para identificar a quienes fueron jóvenes en la década de los 60 como personas activas políticamente; con un profundo compromiso con las causas sociales y las preocupaciones populares; miembros de alguna institución educativa, principalmente la UNAM o el Instituto Politécnico; y cuyas vivencias se estructuraron principalmente en torno a los eventos de 1968, han diluido las experiencias ajenas a los seis meses de movilizaciones entre junio y diciembre.

"Es abrumadora la experiencia de activistas y simpatizantes del Movimiento estudiantil. Al cabo de los años, los días del Movimiento se vuelven el relato, el mito, la fábula de una generación".[9] O más bien, el relato, el mito y la fábula, de quienes se han apoderado de la voz para describir y caracterizar a los jóvenes no a partir de las experiencias particulares, sino de generalidades establecidas como cánones de comportamiento e imágenes a modo para preservar y reiterar la narración épica del movimiento estudiantil.

[8] Carlos Monsiváis, *Democracia, primera llamada: el movimiento estudiantil de 1968*, Colima, Editorial E.-CONACULTA, 2010, p. 25.

[9] Monsiváis, *El 68. La tradición…*, *op. cit.*, p. 29.

José Revueltas decía que: "El Movimiento nos vuelve a todos estudiantes".[10] Y en efecto, los relatos que se refieren a los jóvenes de los años 60 se han decantado por incluir esta característica como un componente indisociable: joven = estudiante = miembro activo del movimiento estudiantil. Aunque hay algunos, como el vendedor de ropa Antonio Carega, quien afirmó:

> No, yo no soy estudiante, pero soy joven; era yo comerciante, vendía ropa, pero me atrajo mucho el Movimiento Estudiantil, su pliego petitorio, la posibilidad de que cesara la represión policiaca y la arbitrariedad en que vivimos todos. La primera vez que hicimos un mitin fue en el mercado grande de Tacuba. Logramos juntar tres mil personas y como enfrente está la 9ª Delegación fuimos atacados por los policías y todos los comerciantes se encargaron de repeler el ataque con palos y piedras, jitomatazos y romanitazos [la romanita es una lechuga]. Esto nos emocionó un chorro.[11]

En este caso, la consideración se amplía, pues el segundo término de la ecuación, el ser estudiante, desaparece y el relato automáticamente asocia a los jóvenes como miembros del movimiento estudiantil. Una fácil y directa asociación con el tergiversado discurso del presidente chileno Salvador Allende en la Universidad de Guadalajara en 1972: "ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica". Tal pareciera, en el relato sobre los años 60, que ser joven en esa década y no haber formado parte del movimiento estudiantil, implicó perder el derecho a ser considerado por la narración.

La construcción de dicho retrato del joven de los 60 fue promovida desde los inicios del movimiento estudiantil. Un volante de la Facultad de Derecho es expresivo al respecto:

[10] *Ibidem*, p. 88.

[11] Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, México, Era, 1971, p. 31.

> Queremos demostrar con hechos que México tiene en su juventud una juventud aguerrida y valiente, que sin importarle su seguridad enarbola los principios de Hidalgo, Morelos, Juárez, Emiliano Zapata, Heriberto Jara, y decimos para ser respetados hay que empezar por respetar, como hombres del mañana, desde hoy al sentir en carne propia las arbitrariedades [...] alzamos nuestra voz de protesta, y no nos importa caer, con tal de lograr que nuestro país vuelva al cauce constitucional y que de hecho y por derecho, nuestro pueblo goce de libertades democráticas y constitucionales. Facultad de Derecho.[12]

Si la visión conmemorativa priista asignaba a los jóvenes una serie de prerrogativas e irrenunciables encomiendas, el movimiento estudiantil también tenía su propia versión del legado histórico a este sector de la población. Planteamiento que fue reforzándose con cada narración subsecuente de participantes u observadores romantizados por el hierático concepto.

A la par, los intentos clasificatorios basados en criterios "generacionales" han extrapolado vivencias personales en su búsqueda de encontrar asideros generalizables etariamente. Uno de los ejemplos más significativos de esta construcción es la que ha enunciado Enrique Krauze: "la rebeldía era la marca distintiva de aquella generación […] Lo importante era negar, no afirmar; criticar más que proponer. Habría que ser 'contestatario' y atacar al *establishment*, aunque cada uno interpretara esas palabras como mejor le conviniera".[13] El juicio, tan ambiguo como excluyente, deriva de que el autor se consideraba a sí mismo "más libresco que el promedio de sus amigos y conocidos, pero tenía en común con ellos una misma vocación parricida".[14]

[12] Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo Reservado del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Impresos sueltos del movimiento estudiantil de 1968, Hemerografía de movimientos estudiantiles, Ramo Conflicto Estudiantil, Subramo Volantes, Caja 59.

[13] Enrique Krauze, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 2009, p. 349.

[14] *Idem.*

El mismo joven Krauze habría tenido "más que ver con sus coetáneos de París, Varsovia, Berlín o California que con la generación de sus padres. En cada canción de los Beatles se vería retratado".[15] Lo cual plantea una brecha no sólo generacional, sino también socioeconómica. La capacidad de escuchar canciones en un idioma, de participar en dinámicas similares (o asimiladas) a las de ciudades del llamado "Primer mundo". Y en términos aún más tangibles, la posibilidad de enterarse de lo que sucede al otro lado del Océano Atlántico o el Río Bravo.

Los ecos pazianos de ser "por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres"[16] se avizoran en el autorretrato de Krauze. Para su mala suerte, una anécdota narrada por Monsiváis en torno al eclipse del 7 de marzo de 1970 ayuda a visibilizar el lado menos volcado al exterior del México joven, aquel en que lo coetáneo tenía más que ver con "Pepe el Toro" que con los "Cahiers du cinema":

> Un grupo de *cuates de la colonia*, de esa entidad de la clase media baja que decora los gimnasios, las vueltas ciclistas y las películas de Ismael Rodríguez, inventa una fogata y se prepara. […] Cantan como cumpliendo la encomienda de una edad que viven y que no habitan. A su lado se escucha *Let it Bleed* en un tocadiscos de pilas. Pero ignoran el inglés y qué carajos, hay piezas muy bonitas y a uno le gusta tocar la guitarra. […] Su expresión soñadora no oculta su verdad básica: se consideran anacronismos, mexicanos abandonados en México cuando todos los demás iniciaron la huida, criaturas nulificadas por el despegue. […] Agreden a sorbos una botella de tequila.[17]

Algunos tan Rolling Stones y otros tan José José. En medio, todos los que caben. Incluso los propios jóvenes movilizados, en

[15] *Ibidem*, p. 345.

[16] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, *Postdata* y *Vuelta a El laberinto de la soledad* (4ª ed.), México, FCE, 2010, p. 210.

[17] Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, México, Era, 1970, p. 99.

un ánimo revisionista, han puesto matices a las consideraciones totémicas: "la libertad en el lenguaje, el comportamiento, la vestimenta, la sexualidad, las ideas en la religión y en la política, surgió de allí, de la fiesta y el carnaval que nosotros los dirigentes no logramos detener, por suerte. Se dio a nuestro pesar y en contra de nuestra opinión prematuramente aventajada".[18]

Retomar el ámbito "festivo" de las movilizaciones contribuye a recordar que el movimiento estudiantil no ocurrió únicamente el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, sino que duró dos meses: "En el CNH privaba un ambiente de juventud, con su irresponsabilidad, sus juegos, sus bromas, sus chistes. Todas las noches unos compañeros de Economía me llevaban chocolates y dulces dizque para cohecharme; para que votara por las proposiciones de su facultad; ésta era una forma de guasear conmigo…".[19]

Pero la intención de este trabajo no es continuar la disquisición abarcadora de una trágica matanza, pero tampoco de dos meses de 1968 como explicación de toda una década, sino buscar en actores vivos, al alcance, tangibles, visibles en la cotidianidad contemporánea y con una voz distinta a la formada en los megáfonos "de la lucha", una narración de las vivencias de los años 60, extendida hacia atrás por la infancia y la adolescencia recordada, y hacia adelante por la nostalgia y los desenlaces de decisiones tomadas hace tiempo.

Finalmente, queda la consideración de una madre de familia de la época: "En todos los países del mundo, la juventud es una etapa transitoria; un lapso que sólo abarca algunos años. Pero aquí se es joven y se es "estudiante" según el antojo y decreto personal de cada individuo".[20]

[18] Luis González de Alba, *Las mentiras de mis maestros*, México, Ediciones Cal y arena, 2002, p. 107.

[19] Poniatowska, *op. cit.*, p. 67.

[20] *Ibidem*, p. 81.

"Y entonces me dediqué a la soledad": Javier Godínez[21]

Desde que tiene memoria, Javier Godínez ha estado solo. Entre víboras, que pronto dejaron de darle miedo, se sentaba "ahí, en el monte, solito", donde pasó su infancia. Más tarde, el abandono del seno familiar por parte de su madre y las infidelidades de su ex pareja, dejaron una profunda huella en su vida. "Estoy acostumbrado a la soledad, hasta ahora ya tengo solo más de 30 años".

Su temprana convivencia con las alimañas le sirvió para trabar amistad con algunos "malandrines" cuando ingresó al horario nocturno para trabajadores de la Secundaria número 23, *Galas de México*, a los 18 años. "Yo les caía bien. Como veían que no le tenía miedo a las víboras y eso. Los malandrines se dan cuenta, huelen el miedo". Se juntaban para decir groserías y en ocasiones, fumaban, pero a la mariguana, él todavía no le entraba. Pronto perdió relación con ellos, pues tan sólo unos 15 de su grupo pasaron a la preparatoria.

Javier tiene emotivos recuerdos de su maestra de literatura de la secundaria, una exiliada española. Ella le ayudó a encontrar "un mundo nuevo" en su experiencia escolar. "Nos meábamos de la risa con el Lazarillo de Tormes. Se acostaba en las piernas del ciego, le hacía un agujerito a la bolsa de vino, y se echaba sus…". Su 9.5 de promedio le permitió ingresar con facilidad a la Preparatoria número 5 "José Vasconcelos", por entonces la más grande de Latinoamérica.

La preparatoria estaba ubicada en la ex Hacienda de Villa Coapa, al sur de la ciudad, en las afueras. "Era puro alfalfar, estaba prácticamente desierto". Un profesor de lógica lo introdujo a la lectura de los clásicos griegos, "Sócrates, Platón, Aristóteles, Pitágoras,

[21] Este relato se elaboró con base en la entrevista a Javier Godínez Hernández el 31 de mayo de 2017. Agradecemos la transcripción de las tres entrevistas realizadas a Carolina Luna Chaires, becaria del proyecto.

El padre de la medicina Hipócrates, Herodoto…”, de quienes sigue siendo un fervoroso lector. “¡Cabrón…! Me deslumbraron. Cuando yo llegué, dije ¡uta!, aquí está la sabiduría”.

Pero aquí también había claroscuros. Frecuentemente, para poder entrar a la escuela, había que hacer filas y entregar “un tostón o coco para las caguamas”. Quienes se encargaban de pedir esta cooperación eran “cuarenta güeyes, con fusca, todos armados, como si estuvieran en un pinche tugurio o en la PGR. En la puerta, vendían mota, fumaban, y te agarraban, te asaltaban, te quitaban tus plumas, y si no te dejabas, una golpiza. Esa era la historia. Lo cotidiano”.

Ya en la Facultad de Ciencias, donde obtuvo el título de físico en 1981, recuerda que algunos de sus compañeros asistían con los porros de la Facultad de Derecho a conseguir mariguana. En alguna ocasión los acompañó. Al llegar, le dijeron: “qué onda, ¿quieres hacer tu servicio militar?, nada más ve ahí al salón donde está la cama. No tienes que hacer nada. Échate un alcohol, un toque de mota. O, es más, llévate un pinche costal de mota”.

La inconformidad que hasta la fecha siente al narrarlo, en aquél entonces lo llevó a unirse al Comité de Lucha del movimiento estudiantil. “Me gustaba llegar, iba yo a la escuela y no pues ‘que va a haber asamblea’, ‘entren a la asamblea’, ‘pues que ahora para allá, ahora para acá’ y así llegué al comité de lucha…”. Ahí se acercó a la lectura textos de Ho Chi Minh y de Mao Tse-Tung. Formó parte del grupo político hasta el 2 de octubre de 1968, pero no estuvo en la plaza de las Tres Culturas aquel día.

Su labor en el comité de lucha era ir a “botear” a los camiones. “Íbamos a los mercados, más que nada, puro mercado. Para comer. Y había una cafetería popular. Te daban un café, un pan, etcétera”. Al interior, “era muy sorda la cosa”. Sus compañeros del comité “andaban muy ciscados”. No solían establecer relaciones muy cercanas, pues “hacíamos lo que teníamos que hacer y cada quien para su casa. Casi siempre eran nuevos”. Esta circulación de los jóvenes politizados era, en algún sentido, una pre-

vención contra la represión, "porque las madrizas estaban al día. Los porritos te seguían a tu casa y te madreaban, si bien te iba…".

La filiación política era relevante para Godínez, pero también compartía espacios de convivencia con los porros, quizá en un continuado ánimo de vincularse con "los malandrines", como en la secundaria. Hasta entonces, Javier escuchaba programas de radio, "Muy bonitos, chingones. *Amanecer ranchero* y otro que era de baile tropical". Pero en la prepa, tanto algunos porros como algunos estudiantes comenzaron a organizar tocadas de rock con grupos como los Dug Dug's y Peace and Love. En estos conciertos llegaban a presentarse "diez conjuntos, cabrón" y "se nublaba arriba de todos, la nube por tanta mota".

A los conciertos de rock, solía asistir acompañado de un amigo que hizo en la prepa. "Uno que era chicano, de Estados Unidos, siempre llegaba bien pedo y bien crudo, yo le daba hojas y plumas, 'ten escribe'". Un día, el chicano lo invitó a visitar su casa: "'tú no eres como estos güeyes. Eres otra onda. Te voy a invitar a mi casa'. Pues yo dije: 'vives en Portales, ¿no?'. Me dice: 'consíguete para el pasaje y te vas conmigo'. A la bahía de San Francisco en el barrio negro. No, pues, olvídate…".

Javier Godínez llegó a la bahía de San Francisco en 1969, dos años después del verano del amor de 1967, cuando miles de jóvenes estadounidenses se mudaron a los alrededores del barrio *hippie* Haight-Ashbury de esa ciudad, abarrotándolo. Varios de ellos terminaron viviendo en la calle o tirados en las banquetas con sobredosis. Un par de años más tarde, al otro lado de Estados Unidos, se realizaría el famoso festival de Woodstock 1969, pero las vivencias de Godínez distaron de suscribirse al idilio *hippie*.

Durante los cuatro meses que pasó en San Francisco, trabajó "con los japoneses en los jardines", en una verdulería y de albañil. "Unas chingas, pero por eso pude traer cosas". Su estancia en Estados Unidos "fue otro despertar como el estudio, pero este despertar no me gustó por la droga". El ambiente del barrio negro no le gustó. Su amigo era velocista de 100 metros planos, y tenía

muchos amigos negros. Con ellos solían salir a beber alcohol, pero ni él ni el chicano acostumbraban fumar mariguana. "En los centros nocturnos con un chingo de viejas encueradas, o sea, otra vida. Otra manera de ver las cosas. Le ponían en la madre a las mujeres, así unos putazos, '¡pum, pum!'. Les decías algo y te decía la vieja: 'es mi marido, ¿y qué pedo?, puede hacerme lo que quiera'".

Con lo que ahorró de sus trabajos en Estados Unidos, pudo traerse de regreso a México una buena cantidad de discos de rock. Su colección había comenzado con los álbumes que le prestaba Daniel, "el Diente", conocido de la Secundaria 23. Algún día fue su amigo, pero lo traicionó. Javier lo recuerda como un drogadicto que le entró a los hongos y al LSD: "no orita… Mira las flores, qué hermosas. A ver, denme vida, no estén tristes…, alégrense". Un día corrieron a Daniel de su casa, porque intentó matar a su propio hermano. Acudió a Godínez para pedirle "chance de vivir con él", y lo acogió, junto con su música. Fue "el Diente" quien le presentó a Donovan y a Bob Dylan, y de ahí Javier continuó el camino hacia el rock pesado de los Rolling Stones, The Who, Led Zeppelin y más tarde, Black Sabbath.

Los discos costaban 350 pesos en la tienda Hip 70. A Javier le daban diariamente diez pesos para ir a la escuela y él ahorraba 2.50. A eso sumaba "los clavados" de dinero de la venta en el puesto de quesadillas que su madre atendía en Joaquín Romero, en la colonia Miguel Hidalgo. Al cabo de medio año podía comprarse tres álbumes.

Al volver de su viaje a San Francisco, Godínez reactivó algunas dinámicas de convivencia, y fundó otras. Desde que iba en la secundaria, cada domingo asistía a los partidos de futbol en el deportivo Xochimilco. Las estrellas eran dos equipos, "La Pasada Compañía", "puros hijos de la chingada viciosos" de la calle Juárez, y los "Rolling Stones", con miembros tanto de la Juárez como de la Hidalgo. "Y se nublaba el pinche Xóchitl de mota, la porra, la porra no, los jugadores…".

Ahora, con su colección de discos ya consolidada con lo que trajo de San Francisco, comenzó a organizar "toquínes" en su habitación, con la consola que le regaló su madre antes de que ella dejara la casa. Estas reuniones eran "puro bailar. Nunca habían escuchado esa música, jamás, entonces cuando alguien llegaba con un toque de mota y oían a Led Zeppelin se volvían locos".

Javier Godínez se convirtió en una especie de gurú del barrio. Y ahora sí consumía mariguana. "Pero entonces era mota de verdad, la *Golden Acapulco*. Con un cigarro cinco güeyes nos poníamos hasta atrás. No te podías ni levantar y luego con esa música…". En el plano del "amor libre" promovido por los *hippies* estadounidenses, Godínez, a su manera, se consideraba un embajador. "Sí, llegaban las niñas bien bañaditas, era una cosa padrísima. Podías agarrar la que te gustara y hacerle lo que te gustara... Yo les decía: '¿saben qué, cabrones? Lo que les guste agárrenlo, pero no quiero desmadre, no quiero pleitos aquí'. Mejor ellas se peleaban, las viejas. Cambiabas de vieja cada ocho días. Lo que quisieras. O sea, como venía ya de Estados Unidos, pues ya venía yo educado en esa onda. Otra manera de ver las cosas, estos güeyes felices, no lo habían vivido nunca. Yo lo veía bien. Nunca lo vi mal". Sin duda, una consideración profundamente machista.

Para el adecuado desenvolvimiento de los "toquines de Godínez", una de las reglas era que el alcohol se consumiera "sin que estuvieran las mujeres. No había mujeres cuando nos poníamos locos. Nada más cuando ya se iban, a las diez de la noche, cuando ya se acababa la fiesta, empezábamos a tomar. O sea, fue una cosa pues de niños". Aunque nunca cobró un peso por las fiestas, era selectivo con sus invitados. "Yo quería pura gente sincera. Mi mejor época. Pero, también la gente sincera te traiciona. Entonces, es triste".

La patrocinadora de la consola que animaba estas reuniones, fue la madre de Javier. Pero dejó la casa cuando él era joven; fue entonces que "agarró el vicio del alcohol". Al entrar a la Facultad

de Ciencias, ya lo habían "abandonado a su suerte". No tenía dinero ni para comer; le regalaban "café y galletas, y si tenía hambre, agua", pero no podía evitar quedarse dormido en la última clase. Reprobó 15 materias. Hasta que comenzó a trabajar pudo, finalmente, concluir sus materias y titularse en 1981.

Aquellos tiempos de estudiante universitario, fueron también de parroquiano de los cineclubes de las Facultades de Ciencias y de Psicología, sobre todo entre 1972 y 1973. En Psicología "podías ver de esas que se dicen ahora pornográficas" y en Ciencias "cine cubano, todo el cine cubano". El gusto por el cine lo adquirió desde que tenía ocho años e iba al cine Tlalpan y al Ideal, en San Ángel. Su recorrido comenzó en "las rancheritas, luego las italianas y francesas; y después pura gringa. Cómo te apantallaban, que 'Ben-Hur', 'Sansón'... Ese tipo de películas súper gringas". De las francesas, recuerda especialmente "Teorema", de Pier Paolo Pasolini, aquel personaje que intempestivamente llegó a trastornar la vida de una familia entera. Justo así llegó Antonia a su vida.

Antonia "estaba en la Secundaria 29, y había reprobado matemáticas, entonces nos conocimos por el futbol. Me dijo: "ayúdame ¿no?, reprobé matemáticas de tercero". Pasó poco tiempo antes de que él se enamorara. "Era un culote, pero como de esos de esteroides. Y eso fue lo que a mí me flechó". Se mudaron juntos cuando ella entró a la prepa. Él continuó ayudándole a pasar sus materias, sobre todo química, física y matemáticas. Los reclamos comenzaron pronto, pues no tenían suficiente dinero para costear el glamour preparatoriano. "Andaba con zapatos rotos, y decía: 'óyeme, cabrón, no mames, ¿no te da vergüenza que vaya a la prepa así?, mira cómo voy… Mis amigas llevan zapatillas y la chingada, vestidos de satín'". Después de cinco años de vivir juntos, Antonia dejó a Javier para irse con Daniel, "El Diente". Al despedirse, le dijo: "Ya no te necesito, ya te usé para lo que necesitaba". Pero "todo lo que es esa pinche vieja me lo debe a mí, todo".

A pesar de algunos recuerdos amargos, Godínez considera que "en mis tiempos se podía soñar, ya no". Se siente decepcionado de la juventud, porque "las drogas, la putería, es lo único que les queda" y "ahora son más pendejos, no razonan". Esto lo atribuye, entre otros motivos, a la falta de lectura. Lo que ocasiona que "los vendedores de libros estén súper delgados, no comen". Hasta hace poco él mismo estaba en esa situación, pero ahora su sobrina le hace de comer tres veces a la semana. Entre la venta de libros, algunas clases particulares de matemáticas, la comida de la sobrina y frascos de vitaminas que ocasionalmente le regalan, logra subsistir.

Hace poco, llegaron a casa de Godínez a decirle: "'se acaba de suicidar Beto'. Yo, la neta, no lo podía creer". A veces, Javier se deprime. Sobre todo, cuando recuerda: "la mayoría de mi generación ya no existe, se suicidaron, es que vivimos una vida poca madre. Que ya no existe. Cuatro, cinco, ni sé, ni quiero pensar, que se han suicidado. Yo me pregunto: 'bueno, ¿por qué lo hicieron?'. Entonces, recuerdo toda mi vida de niño, de joven. Nosotros éramos felices, inmensamente felices. Había posadas, no te morías de hambre, te invitaban a comer, etc. Y comías, se acabó".

Pero, la amargura no ha logrado apoderarse de Javier, "gracias a mi cultura que tengo. Pero, tiene que ser una cultura fundamentada en la religión, si no, no te sirve. Yo soy de las personas que creen que tienes que creer en algo". Desde hace algunos años, Godínez ha hecho algunas lecturas sobre el misticismo oriental, y específicamente se ha formado su propia versión del budismo, para orientar algunas de sus reflexiones sobre la vida: "Me caga la pinche gente analfabeta, como a los budistas. ¿Para qué te sirven? Eso sí me caga, los pinches analfabetas".

Así como a las víboras, Javier Godínez ya casi le perdió el miedo a la soledad, al asumirla como una ocupación, quizá la principal: "me dediqué a estar solo". Aunque: "ya no me da miedo, a veces sí ¿eh?, sí me da miedo la pinche soledad. Más

que nada como que ya es congénito. Mi padre no quería llegar a viejo, no tener sufrimiento. Murió muy joven, a los 52 años de edad".

Ernestina y el IMSS[22]

Ese miércoles no fue a trabajar a la clínica porque era su día de descanso. Aprovechó la tarde para visitar a su amiga Guadalupe, cuyo hermano pasaría por ella para ir a tomar un café. Pero Pepe se encontraba en CU y se comunicó por teléfono: "Dile a Ernestina que no puedo llegar; no sé qué está pasando". Salió de la casa de su amiga en la colonia Industrial y debió esperar un largo rato el camión que la llevaría de regreso a la colonia Anáhuac. Al pasar frente a Tlatelolco, el camión disminuyó la marcha, al tiempo que el conductor sentenciaba: "Ya están lavando la sangre". "¿Sangre?", se preguntaron los pocos pasajeros que iban a bordo, y voltearon a mirar hacia la Plaza de las Tres Culturas. Ernestina pudo ver a través de la ventanilla cuadrillas de soldados que se afanaban en lavar varias zonas del piso de la plaza. Luego el camión siguió su ruta y ella llegó a su casa sin ningún incidente. Al otro día, el jueves 3 de octubre de 1968, se presentó puntualmente, como era su costumbre, en la Clínica de Gineco-Obstetricia no. 1, en la Colonia del Valle. Ahí había empezado a trabajar seis años atrás, siendo aún muy joven.

Ernestina nació el 25 de septiembre de 1940. Por entonces se gestaba una etapa axial del México contemporáneo: entre la etapa inicial de la Segunda Guerra Mundial, las postrimerías del cardenismo y el comienzo del milagro mexicano. De niña vivió con su abuela (así le decía ella, pero en realidad era su madrina de confirmación) en la San Rafael, una colonia que a mediados de siglo

[22] Este relato se elaboró con base en la entrevista realizada a Ernestina Castañeda Noreno el 25 de agosto de 2017.

conservaba un cierto aire aristocrático; ahí, en la calle Rosas Moreno, tuvo como vecina a una mujer enigmática, "…una anciana de cabello blanco y desaliñado, siempre vestida con una bata blanca"; vivía sola, en una casa que lucía una fuente al centro del patio, y a los lados subían dos escaleras que llevaban a la planta superior. Al fondo del patio la mujer tenía muchas jaulas con canarios. "Yo entraba ahí porque la señora le encargaba a mi "abue" la vaina para sus canarios…, como teníamos muy cerca el mercado de San Cosme… Por eso yo entraba ahí, a dejarle la vaina…, casi casi la aventaba ahí en la fuente y me salía corriendo, porque la señora me daba mucho miedo… Era la hermana de Amado Nervo".

Asistió a la primaria pública Fray Servando Teresa de Mier. Al terminar, como su "abue" tuvo que mudarse, regresó con Lucía, su mamá, y sus dos hermanos, Carlos y Lourdes, que "eran los consentidos". Cursó luego un año en la Secundaria Núm. 2, que era para niñas, pero a insistencia de un tío suyo Lucía la cambió al Colegio Salesiano, en donde convivió con las monjas y con otro tipo de compañeras, en su mayoría hijas de abogados, médicos, ingenieros. Una de ellas, María de la Luz, tocaba el piano, y en ocasiones, al salir de clases, iban a su casa y se sentaban a tomar café y a escuchar piezas de Liszt, de Mozart. Por esa época también vivió otro cambio, un tanto drástico: su familia, de la que el padre nunca formó parte, se mudó al otro lado de la avenida Melchor Ocampo, a una vecindad en el barrio de Santa Julia, en el número 80 de la calle Quetzalcóatl. El lugar era muy distinto a la San Rafael y, por si fuera poco, "Lourdes y Carlos no me querían… Yo lloraba todas las noches, me quería regresar con mi abuela".

De sus amigas del Salesiano, una quería ser aeromoza y las otras maestras; ella, en cambio, tenía la idea de estudiar química, pero una prima suya que era partera la convenció para que se inclinara por la profesión de enfermera. Así fue como ingresó a la escuela de enfermería del Instituto Mexicano del Seguro Social,

que por entonces se trasladó de La Raza al Centro Médico. Concluyó la carrera en 1961, cuando el milagro mexicano alcanzaba uno de sus puntos más álgidos. Al año siguiente fue con una amiga suya a presentar exámenes para ingresar al IMSS. Los médicos que debían evaluarlas se miraron unos a otros, y uno de ellos sólo atinó a decir: "¿Y qué podemos preguntarles a estas niñas?". Nada, al final no hubo examen; las enviaron a otra oficina y ese mismo día quedaron contratadas como enfermeras de base; inclusive; hasta pudieron escoger el turno, el hospital y el día de descanso (menos los fines de semana, a los que sólo podían acceder las que ya tenían diez años de antigüedad). Ella y su amiga pensaron que tendrían como un mes de vagancia, pero no, debieron presentarse a trabajar al día siguiente: "Qué te cuento, que me mandan a la Sala de Prematuros; ¡imagínate: unos pedacitos de gramos…! ¡Me quiero morir!". Por más de dos décadas laboró jornadas muchas veces extenuantes. Recuerda el caso de mujeres que estaban cerca de dar a luz, pero no estaban aseguradas; se iban a Gabriel Mancera y se ponían a caminar de un extremo a otro de la calle, y cuando ya venía el parto, se presentaban en urgencias, en donde no había más remedio que atenderlas. "En una tarde, digamos de tres y media de la tarde a ocho de la noche, llegamos a atender 34 legrados… Un tiempo me pasaron a quirófano, luego a la de labor, luego a la de expulsión… Casi siempre, el que operaba era el doctor Velazco, mi amiga Lina era la instrumentista y yo recibía al bebé".

En casa la ausencia del padre pasaba desapercibida. Todos trabajaban. Lucía llevaba años en la fábrica textil Pasamanería Francesa, que luego sería vendida por sus dueños, los Barroso, para dedicarse a la ganadería. Aparte de estar en la caja de ahorro, Lucía se las arreglaba para participar en tandas que organizaban los trabajadores. Así fue comprando, de contado, primero una consola y después una televisión. Al paso del tiempo, ella y su hermana Consuelo juntaron sus ahorros y pudieron comprar un terreno al sur de la ciudad. Carlos iba a estudiar ingeniería en el Politécnico, pero abandonó la carrera; no obstante, había aprendido algo de

electrónica, y por eso pudo trabajar en fábricas como Philips y Punto Azul (después Telefunken). Practicaba el alpinismo y también le gustaban la natación y el futbol. Lourdes, en cambio, nunca quiso estudiar; "fue muy floja". Lucía la llevaba a una escuela para que aprendiera cultura de belleza, y aunque se aseguraba que entrara al salón, al final se escapaba. Por eso desde muy chica entró a trabajar a la fábrica; se hizo una fiel televidente y asidua lectora de revistas: *Memín Pinguín, Chanoc, Lágrimas y Risas, Kalimán, Tele-Guía*… Le encantaba el baile, sobre todo el cha-cha-chá, y por un corto tiempo tuvo un novio que era hermano de uno de los integrantes de la Sonora Santanera.

Trabajando en el turno vespertino y con un día de descanso entre semana, Ernestina tenía poco tiempo para otras cosas. Pero, a pesar de que sus vínculos se circunscribían a sus amigas enfermeras, el baile abrió espacio para otras amistades: ingenieros y médicos militares. "Federico era ingeniero militar; ellos hacían sus fiestas y nos invitaban… Como 'La Güera' andaba de novia con Federico… Eran fiestas muy bonitas; yo creo que estaban muy vigilados, porque nada más nos daban refresco y galletas". También le gustaba ir a los "Tés danzantes", donde se presentaban agrupaciones como las de Pablo Beltrán Ruiz, Carlos Campos, la Santanera y hasta la orquesta de Chuck Anderson, que acompañaba a Enrique Guzmán. En varias ocasiones se sumó a la organización de fiestas en el Salón Riviera o en el Maxim's. Hoy se antoja una tarea complicada: ella y sus amigas se daban a la tarea de vender boletos, y con los ingresos pagaban la orquesta y el salón, y todavía les sobraba para los gastos de la fiesta. Hacían incursiones al Politécnico y a la UNAM: "En la Facultad de Medicina casi todos nos compraban boletos. Íbamos, por cierto, con mucho susto… Una era muy tímida, y aquellos con sus chiflidos y su '¡Uuuy, mamacita!', pues nos daba susto…". Con todo, su música predilecta estaba más arraigada en la producción estadounidense: Elvis Presley, Doris Day, David Reynolds, Glenn Miller. Aunque no iba mucho al cine, recuerda algunas de las que fueron

figuras emblemáticas del cine de los años sesenta: Rock Hudson, Marcello Mastroianni, Sofía Loren.

Siempre le gustó vestir a la moda, pero, como era de complexión delgada, difícilmente le ajustaba la ropa que se vendía en los almacenes. “Siempre anduve a la moda, no de vestido largo, sino… se llamaba tipo coctel, una cuarta a bajo de la rodilla. Hasta la fecha. ¡No, de minifalda no!”. Encontró la solución en Chela y Susana, dos costureras amigas de la familia que confeccionaban diversas prendas con base en los modelos que se difundían a través de revistas de moda provenientes de Estados Unidos. De ese modo podía disponer de un guardarropa a la moda y a la medida.

Siempre bien arreglada, podía darse tiempo también para ir ocasionalmente a tomar café al *Sanborn's* de Lafragua, o a una cafetería de San Cosme en donde se consumían sodas o helado, “porque no vendían otra cosa”, y tenía el atractivo especial de una sinfonola, aquellas máquinas semiautomáticas operadas mediante monedas que permitían seleccionar y escuchar un disco, generalmente de corta duración. Esas cafeterías tenían un público consumidor constituido por jóvenes: “Pura gente joven. Sí, porque ahora hay lugares a donde van jóvenes, pero también, ¿cómo les dicen ahora?, ‘chavorucos’ ¿verdad?, y se mezclan. Pero antes no, no se mezclaba uno; la gente joven y la gente de edad no iban a los mismos lugares”.

En la vecindad, que albergaba unas cuarenta viviendas de dos piezas cada una, las vecinas solían pedirle ayuda para aplicar una inyección o un vendaje, a lo que siempre accedía con un tono amable; no obstante, tuvo ahí pocas amistades, entre ellas dos maestras normalistas (Graciela y Lucila). Sus evocaciones más vívidas están ancladas en la San Rafael, no sólo la de la hermana de Amado Nervo, sino también la del doctor Bonilla: “Era el papá de Héctor Bonilla, el actor. Era un doctor como de película, con su bombín, su maletín, su traje; siempre andaba de traje negro. Era homeópata, pero tenía muchísima consulta, y toda la gente se aliviaba con sus chochos; sí, era chochero. Yo conocía de él porque veía las filas que se hacían afuera de su consultorio; llevaban muchos niños”.

Ernestina nunca se casó; fue (ha sido) madre soltera de dos hijos, ahora profesionistas. Se jubiló tras treinta años de servicio y ahora, por fin dispone de tiempo para sí misma: aprovecha casi toda oportunidad para viajar con un grupo de jubilados. Alguna vez le han preguntado que, si volviera a nacer, que le gustaría ser; no lo duda un instante: "¡Otra vez enfermera, otra vez Gabriel Mancera, con mis mismos médicos! Fuimos muy felices". Y desde esa memoria emprende el contraste de pasado y presente:

> Yo creo que antes la juventud se divertía de manera diferente, y hoy veo como está muy mal la juventud. Las chicas de la secundaria…, la forma en que hablan, la forma en la que se divierten, ya no es aquella inocencia, ni el recato, ni el respeto, sobre todo el respeto a la gente mayor, ahora creo que es lo que se ha perdido, se ha perdido el respeto a las personas mayores…

Sí, de los jóvenes de hoy le llama la atención, sobre todo, el lenguaje. "Y no, en mi tiempo no había eso de oír a las chamacas hablando con tanta majadería. Ahora todos son *güeyes*. El otro día iba yo en el metro con mi amiga Guille; y cerca de la puerta iban dos muchachos platicando: 'No, *güey*…', 'Pero no, *güey*, es que ve…'. Cuando ya íbamos a bajar, le dije a uno de ellos: '¿Me das permiso, güey?'. Se nos quedaron viendo y uno de ellos me respondió '¿Qué pasó, señora?'. Y entonces yo le dije, pues es que todos son *güeyes*, ¿no? Así se vienen diciendo unos a otros. Así que dame permiso, *güey'*. Se hicieron a un lado y se quedaron riendo".

Los viajes de "El Chato"[23]

Recién cumplió 63 años de edad. Nació el 13 de junio de 1954, el año en que Bill Haley y Los Cometas grabaron la emblemática

[23] Este relato se elaboró con base en la entrevista a Marco Antonio Corna Sánchez el 24 de junio de 2017.

"Rock Around the Clock", la Texas Instruments lanzó al mercado un innovador aparato de radio de transistores, se botó al mar el Nautilus (primer submarino atómico) y, en otras latitudes, el ejército dirigido por Ho Chi Minh lograba un importante triunfo contra las tropas francesas en Vietnam, mientras que el Frente Nacional Argelino iniciaba su lucha por la liberación. En México estaba por finalizar el gobierno de Miguel Alemán.

Sus padres lo bautizaron con el nombre de Marco Antonio, pero es más conocido como "El Chato". A causa de unas perrillas que le salieron en un ojo, su primer apodo había sido "El Chícharo"; lo de "El Chato" vino después: "Un día me iba correteando un cabrón, y yo iba corre y corre; me resbalé y me pegué de pura jeta contra un pinche muro; hasta quedé desvariando. '¡Mira, ese *güey* se quedó chato…!' —sentenciaron, con burla, los testigos—. Pues cómo chingados no, del madrazo que me puse". Cursó tres años en una escuela de monjas (en el Colegio Hernán Cortés, en el centro de Tlalpan), y otros dos en una escuela pública. Hizo la primaria en cinco años, porque "estaba yo muy adelantado". Luego, a los 12, pasó a la 29 (Escuela Secundaria Miguel Hidalgo y Costilla, también en el centro de Tlalpan): "Ahí entraban otros más grandes, de 13, 14 y hasta de 15 años de edad". Durante tres años tuvo que portar aquel uniforme color caqui, con corbata y gorro, como el de los conscriptos: "Sí, tu gorrita…, si no llevabas gorro no entrabas; y tu casquete corto, porque no te dejaban entrar con greñas".

Por las tardes trabajaba recogiendo bolas en el Club de Golf México, en donde don Aurelio, su padre, era el encargado del estacionamiento. Ahí podía ganar hasta 30 o 40 pesos por día (en sólo tres o cuatro horas). Aunque su conducta en la secundaria parecía normal ("Éramos más desmadre afuera, aunque nos respetábamos"), fueron años de una precocidad clandestina, en buena medida amparada por los mayores: Un tío suyo pasaba por él y sus amigos, y se iban al Cine Río, en San Juan de Letrán, a ver películas pornográficas (al empleado que controlaba la entrada le daban un peso, y los dejaba entrar, aunque fueran con el uniforme de secundaria).

Luego del cine se iban a Cuautla, Morelos, en donde pasaban un rato con las prostitutas, "que cobraban ocho pesos". También en esos años tuvo su primer contacto con las drogas; con las que ha mantenido una fidelidad inquebrantable: "En tercero de secundaria empezó, te estoy hablando de…, yo salí de la secundaria en 68, te estoy hablando del 67, empezó, la motita, a distribuir la motita… '¡Órale!, fúmate un cigarrito de mota". 'Pues órale'. ¡No mames!, compraban 50 pesos de mota y te daban el pinche guatote…".

Como no hubo ingreso a la Universidad tras los acontecimientos de 1968, entró a la Preparatoria No. 5 en 1970. Ahí estaba un primo hermano de su padre, "El Nazi", quien junto con Carlos Muro, "El Krakatoa", "El Superman" y "El Pato" formaba parte del Grupo Cultural Benito Juárez, que el director del plantel financiaba mediante un cheque de tres o cuatro mil pesos al mes, pero que "de cultural no tenía ni madre". Él andaba en sus 15 años, pero ahí había otros de 28 o de 30. Su tránsito por la Prepa 5 fue en parte como una extensión, sólo que cada vez más intensa, de experiencias que había empezado a vivir en la secundaria. Le tocó ver cómo "El Krakatoa" mató de un balazo a "El Pato" en la entrada de la escuela; para que no lo raparan como parte de la novatada, no dudó en darse "en la madre con un *güey*", pues recordó lo que su padre les decía a él y a sus dos hermanos: "El día que me lleguen aquí madreados, chillando, les voy a romper la madre por putos… El día que me lleguen madreados, yo los madreo." También se benefició de tener como condiscípula a "La Baby Bátiz" (hermana del rockero Javier Bátiz), quien llegaba al salón de clases con su frasco de McCormick lleno de aceites.[24]

Cuando entró a la preparatoria quería estudiar ingeniería o matemáticas, convencido de que "ahí estaba la lana". Su mirada brilla al recordar la materia que más le gustaba: matemáticas; en cambio "en historia sí era un pinche burro, no me aprendía las fechas: ¡confundía

[24] Se refiere a los ácidos, particularmente, la dietilamida de ácido lisérgico, comúnmente conocido como LSD.

la Revolución con la Independencia…!, y es que entraba al examen bien pacheco". Su memoria, prodigiosa en los detalles, se torna por momentos, ambigua, difusa, generadora de contradicciones, como cuando se refiere al *halconazo* de 1970 [*sic*]: "Nosotros éramos como grupo de choque, o sea, llegábamos y sobre esos *güeyes*… pinches policías, les pusimos en su madre".[25] No concluyó el bachi-

llerato; además de historia, quedó a deber geografía.

Hacia la segunda mitad de los años sesenta, la calle donde vivía (y vive aún), se poblaba en la tarde-noche por un enjambre de niños, adolescentes y jóvenes (esa cuadra en particular era conocida como "La Jicotera"). Algunos hacían de las alcantarillas de la banqueta porterías de futbol; otros se entregaban a esa especie de ritual tribal que era el "burro castigado"; los más grandes bebían, fumaban, platicaban, aunque eran comunes los enfrentamientos violentos con grupos o individuos de fuera. Aunque sus dos hermanos menores se hallaban siempre en aquel enjambre, las redes de sociabilidad de "El Chato" eran exógenas. Y es que su padre les tenía prohibido andar juntos, pues ya de por sí sus riñas eran de cuidado: "Yo le pegaba a mi hermano —que en paz descanse— como si fuera mi peor enemigo; un día le enterré un lápiz; otro, le rompí una botella de 'caguama' en la cabeza". Así que no, "El Chato" no participaba del ambiente de "La Jicotera"; había hecho amigos en otra colonia. "No, allá era otra cosa. Aquí, puro desmadre y putazos. Y allá no: 'Que vamos a la prepa…, que vamos a una tocada de *rock & roll*…, que vamos a patinar'. Íbamos a patinar en hielo". Por diez pesos la hora podían patinar en una pista de hielo que había en San Ángel, mientras escuchaban grupos de rock mexicano en vivo. A menudo don Aurelio le daba diez pesos para que fuera a comprarle un *Sidral* y una anforita de *Don Pedro* o de *Presidente*, y podía quedarse con el cambio. Con sus ahorros

[25] ¿Desliz de la memoria?, ¿alteración intencional de los hechos? Si el Grupo Cultural Benito Juárez al que se incorporó "El Chato" aglutinaba a los porros de Prepa 5, la agresión a policías bien podría ser una misión de provocación.

solía ir al Centro a comprar discos: Frank Zappa, Tierra Extraña, The Who, Traffic, John Mayall, The Cream…

Debió tener unos veinte años de edad cuando inició una nueva etapa de viajes. Huautla, Zipolite, Tangolunda, Avándaro, Real de Catorce… De entre muchos lugares, sus imágenes más entrañables son sin duda las de aquella cabaña con piso de tierra, en la que María Sabina los guiaba a él y a sus amigos en el viaje a bordo de los hongos alucinógenos. Una fuerza misteriosa lo proyectaba en el tiempo, a su niñez: volvía a vivir momentos agradables, y entonces reía y reía; repentinamente la psilocibina lo llevaba al lado opuesto, momentos en los que se portaba mal, y entonces lloraba y lloraba. Al final, "cuando ya terminas (luego de ocho o diez horas de viaje) como que descansas, te sientes más livianito, ya más tranquilo, como que ves la vida de diferente forma". A diferencia del ácido, que le provocaba una aceleración en la velocidad de lo vivido, y del peyote, que por principio, "sabe regacho y a veces se siente de la chingada", los hongos le parecieron siempre algo más místico, un examen de conciencia, le sacaba todo lo bueno y todo lo malo. Por eso cuando regresaba a su casa, lo primero que hacía era acercarse a doña Mari, su mamá, y le decía, "Perdón Jefecita, perdón por todo lo mal que me he portado". No le faltó casi ningún tipo de nave para viajar; lo único que hizo a un lado fueron las drogas por inyección intravenosa: "Nunca me han gustado las inyecciones. Le decían la 'tecata'. '¿Quieres una tecata?'. Corcholatas; la hacen líquida, y ahí con la jeringa. Pero lo que es tragado, a todo le metí…".

"El Chato" era discreto, lo que hoy se denomina de bajo perfil; nunca se dejó crecer el cabello y evitaba el tono estrafalario de la moda, como sí era el caso de su amigo "Toño la Marrana" (le pusieron ese apodo porque un día se metió a un corral para robarse un puerquito, "y cuando ya lo traía cargando, que llega la marrana y le da un putazo".[26] Tenía otra afición: el futbol. En la secundaria participó

[26] "Toño la Marrana" murió hace poco: "Traía un taxi trabajando; chocó el taxi, o sea, le dio el infarto manejando, fulminante. Y sí, falleció el cabrón, te digo

en el Torneo de los Barrios, y su equipo quedó en el lugar 32, nada despreciable considerando que eran 300. Luego formó parte de un equipo que al principio se llamó "Toque y Roll", pero pronto cambió el nombre por el de "The Rolling Stones", que tenía un riguroso requisito de ingreso. "Tenías que fumar mota, si no, no entrabas". No obstante, quienes los vieron jugar reconocían que eran muy buenos.

En una ocasión se enfrentaron a un equipo del ex jugador profesional Raúl Orvañanos; los *Stones* ganaron algo así como 7 a 2 y se llevaron el trofeo en disputa: cinco mil pesos y un kilo de mariguana.

A causa de una caída, don Aurelio quedó incapacitado, y ya no pudo volver a trabajar; sin embargo, en el club de golf había conocido al director de Pemex; gracias a ello, "El Chato" entró a trabajar como ayudante de un camión cisterna. Entonces todo iba bien. Llegaban a surtir una gasolinería, pero no descargaban todo, se quedaban con un pequeño remanente que luego vendían, lo que se traducía en importantes ingresos extraordinarios. Un fin de año recibió una gran cantidad de dinero, entre aguinaldo, caja de ahorros, prima vacacional… Se fue con sus amigos a Zipolite, pero el viaje que sería de una semana se prolongó por mes y medio, así que al regresar se encontró con que le habían levantado un acta y perdió el empleo. Luego trabajó como chofer particular y como empleado de una Notaría. Tiempo después hacía barbacoa y carnitas, que vendía afuera de su casa los fines de semana. Hace poco quedó incorporado al programa de Apoyo Económico a Personas con Discapacidad del gobierno de la Ciudad de México.

Su percepción de los tiempos históricos no hace concesiones: "El mundo está muy mal…, muy acelerado… Vas manejando y un *güey* se te cierra, no dices nada; al siguiente semáforo se baja, te mienta la madre, te quiere matar". La imagen que retiene del pasado (que en su caso también fue violento) parece anclada en el espíritu de paz y

---

que de toda la banda de nosotros, como que vivimos muy rápido nuestra juventud, pero tranquilos. No como ahora, hay cabrones que sí la rebasan, pero hay cabrones que se mueren mucho muy jóvenes por vivir acelerados".

amor; del ahora lo más perceptible es la violencia. "Antes era: 'Aliviáname con un pesito', y te lo daban. Ahora es: 'presta para el pomo', o 'presta el celular', y si no, te dan un pinche balazo, o un fierrazo".

"El Chato" es un sobreviviente. La mayoría de sus compañeros de viaje han muerto: "muchos cayeron, ora sí que en lo más profundo, y no pudieron salir, se murieron… La mayoría han muerto; nomás quedamos el sobrino de ese cabrón y otros tres; y éramos como 25". Hace once años lo operaron a causa de un serio problema intestinal; fueron varias cirugías, y cuando despertó de la anestesia le detectaron un problema circulatorio que terminó en la amputación de una pierna. Su capacidad de viajar se vio drásticamente disminuida. Ahora tiene un nuevo vicio: se levanta a las cuatro de la mañana y se va caminar (con todo y la prótesis que parcialmente sustituye la pierna amputada), a darle ocho o diez vueltas al parque; luego, pasa casi todo el día en su habitación; lee el periódico, ve televisión, escucha música de su *smartphone* (los discos LP quedaron en el pasado) y observa desde la ventana el ir y venir de los vecinos.

Jóvenes y estudiantes

Sábado 29 de noviembre de 1952: en un encuentro de futbol americano calificado de "histórico", el equipo de la Universidad derrotó 20 a 19 a la escuadra del Politécnico, gracias a un *touchdown* anotado en los últimos instantes del partido, cuando ya se encendían las tradicionales antorchas de los politécnicos. Con ese evento se inauguró el Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria, la "catedral del futbol americano" en México, que registró en esa ocasión un lleno más que completo.[27]

[27] Gonzalo Álvarez del Villar, *et al.,* "Actividades deportivas", en *La* UNAM *por México,* tomo 2, p. 1422. Apenas diez días antes, se había inaugurado también el Aeropuerto Central (después renombrado como Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México), y que en su momento era el más grande de América Latina.

Dos años más tarde, se entregarían las obras (inconclusas aún) del *campus* de Ciudad Universitaria, que muy pronto se sumó al catálogo de imágenes emblemáticas de la modernización del México posrevolucionario. Pero éste no fue el único caso. Durante los años cincuenta y sesenta, la Ciudad de México albergó el crecimiento de la infraestructura para la educación media y superior. En 1953 se inauguró la Preparatoria 4 (originalmente ubicada en el Palacio de Buenavista, hoy Museo de San Carlos); al año siguiente nació la Preparatoria 5, la primera que se construyó fuera del perímetro del centro de la ciudad, concebida como una "Ciudad Preparatoriana" enclavada en una zona semirural; siguió la Preparatoria 6, que antes de su traslado a Coyoacán (en 1960) ocupó el edificio de Mascarones; en 1960, en el edificio del actual Palacio de la Autonomía, se fundó la Preparatoria 7, que luego se reubicó al oriente de la ciudad (Calzada de la Viga).[28]

Pero el ímpetu con el que se emprendió la creación de nuevas escuelas e instalaciones no se limitó a la Universidad. En los primeros días de diciembre de 1956 estaba prácticamente terminada la Ciudad Politécnica (mejor conocida después como el Casco de Santo Tomás), que integraría las escuelas superiores de Ingeniería y Arquitectura (ESIME), Medicina Rural (ESMR), Comercio y Administración (ESCA) y Ciencias Biológicas (ESCB). El proyecto tuvo un serio retroceso debido a que el sismo del 27 de julio de 1957 dañó severamente la mayor parte de los edificios. Más al norte de la ciudad, el 19 de marzo de 1959, se inauguraron los primeros cuatro edificios de la Unidad Politécnica de Zacatenco.[29]

Para el periodo de 1950 a 1970 podría elaborarse una larga lista de obras que incluyen vialidades, unidades habitacionales, museos…

[28] Juan Francisco Arellano, *et al.,* "Escuela Nacional Preparatoria", en *La* UNAM *por México,* tomo 1, *op. cit.,* pp. 21-54.

[29] También en el nivel elemental el crecimiento de la infraestructura educativa fue significativo entre 1950 y 1970: en el nivel preescolar, las escuelas pasaron de 835 a 3,077; las primarias de 23,818 a 45,074, y las secundarias de 411 a 4,249. INEGI, "Estadísticas históricas, 3. Educación", *op. cit*.

La nueva y creciente infraestructura para la educación media superior tenía lugar en la convergencia de distintos factores: el crecimiento económico y el proceso de industrialización, que generaron un incremento en la demanda de profesionistas en muy diversas áreas; el fortalecimiento financiero del Estado y su capacidad de incrementar el gasto en educación; y la dinámica demográfica, cuya tasa de crecimiento fue de 2.68 en la década de 1940-1950, y en las dos siguientes (1960-1970) pasó a 3.18. A lo anterior podría sumarse la suposición de mejores condiciones socioeconómicas de algunos sectores de la población, lo que habría contribuido a un mayor acceso a la educación media superior, con el consecuente incremento de la demanda.

Al crecimiento de la población lo acompañó su redistribución: si en 1930 la población urbana era el 35.1% del total, para 1950 era ya el 50.7%, y el 58.7% en 1960, año en el que la población económicamente activa era del 51.4 del total.[30] En este proceso, la población joven (de 15 a 29 años de edad) siguió la misma pauta de crecimiento.

TABLA 1. Población joven, de acuerdo con tres grupos de edad (1930-1980), en millones

	1930	1940	1950	1960	1970	1980
Población total	*16.55*	*19.65*	*25.79*	*34.92*	*48.22*	*66.84*
15-19 años	1.68	1.99	2.63	3.53	5.05	7.65
20-24 años	1.75	1.54	2.29	2.94	4.03	6.15
25-29 años	1.46	1.59	2.01	2.50	3.26	4.80

Fuente: Elaboración propia con base en Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, "Estadísticas históricas. 1. Población", disponible en: <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ccpv/1970/>.

La proporción de jóvenes con respecto de la población total no muestra variaciones significativas; inclusive, si se toma como

[30] Fuente: INEGI, "Estadísticas históricas, 1. Población", *op. cit*.

referencia el año 1930, se observa una ligera disminución para las décadas siguientes. Entre 1940 y 1970, los jóvenes representaban una cuarta parte de la población total; y sólo hasta la década de los ochenta el sector mostrará un crecimiento significativo.

TABLA 2. Población joven respecto de la población total (1930-1980)

	1930	1940	1950	1960	1970	1980
15-29 años	4'722,198	5'135,272	6'951,132	8'987,229	12'347,150	18'615,458
% del total	28.52	26.12	26.95	25.73	25.60	27.84

Fuente: Elaboración propia, con base en INEGI, "Estadísticas históricas. 1. Población", *op. cit*.

En 1960 los inscritos en los niveles primaria y secundaria fueron 5.57 millones (95.7% en primaria y 4.2% en secundaria). Diez años después, la cifra fue casi el doble (10.3 millones), pero la desproporción seguía siendo considerable: 89.3% en primaria y 10.6% en secundaria.[31] Lo anterior implica que sólo una pequeña parte de quienes habían iniciado la educación elemental continuaban sus estudios en el siguiente nivel.

Del análisis de las estadísticas demográficas se desprende un aspecto importante. En términos cronológicos, puede considerarse que la edad natural para ingresar al nivel secundaria era de 12 años, por lo que normalmente los estudiantes debían concluirla a los 15. No obstante, salta a la vista, en 1970, la extensión de la edad que podía alcanzar buena parte de ellos: el 68.04% estaba entre 12 y 15 años, mientras que un 30% se hallaba entre los 16 y los 19 años.[32]

[31] Las proporciones se calcularon con base en INEGI, *Estadísticas históricas*.

[32] Aunque las estadísticas no marcan una diferencia al respecto, puede suponerse que buena parte de los 98,228 estudiantes de secundaria con 19 años o más estaban inscritos en escuelas nocturnas o para trabajadores.

TABLA3. Estudiantes inscritos en nivel secundario en 1970, por edad, a nivel nacional (Total: 1’107,906)

11 años	12 años	13 años	14 años	15 años	16 años	17 años	18 años	19 y más
20,961 (1.89)	117,360 (10.59)	207,055 (18.68)	240,235 (21.70)	189,203 (17.07)	119,162 (10.75)	73,066 (6.59)	42,436 (3.83)	98,228 (8.83)

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, “Estadísticas históricas, 3. Educación. Población de 11 años y más que asiste a escuelas secundarias por entidad federativa, sexo y grado, según edad”, en *op. cit*.

Para el bachillerato se observa una situación semejante. Los inscritos con 14 años de edad representan apenas el 3.3%, mientras que los estudiantes cuya edad oscila entre los 18 y los 21 años equivalen al 45.41%.

TABLA 4. Estudiantes inscritos en el nivel bachillerato (preparatoria y vocacional), por edad, a nivel nacional, 1970 (Total: 320,096)

Edad en años cumplidos							
14	15	16	17	18	19	20	21 o más
10,583 (3.30%)	38,491 (12.02%)	63,635 (19.87%)	63,044 (19.69%)	49,986 (15.61%)	29,852 (9.32%)	19,164 (5.98%)	45,321 (14.15%)

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, *op. cit*.

En el nivel de estudios profesionales los grupos y porcentajes de edad se ubican en los rangos que podrían considerarse normales, tomando en cuenta que una trayectoria escolar sin interrupciones implicaría que un estudiante ingresara a los estudios de licenciatura a los 16 años de edad, y que, quienes cursaban estudios de posgrado, tuvieran una edad cercana a los 30 años. En este nivel el grupo de entre 20 y 24 años de edad constituye el 51.6%.

TABLA 5. Estudiantes inscritos en nivel profesional, por grupos de edad, a nivel nacional, 1970 (Total: 252,408*)

Total	De 16 a 19	De 20 a 24	De 25 a 29	De 30 y más
252,408*	60,004 (23.77%)	121,062 (47.96%)	37,332 (14.79%)	34,010 (13.47%)
DF 111,499 (44.17%)	24,492 (21.97%)	57,516 (51.60)	18,040 (16.18)	11,301 (10.14)

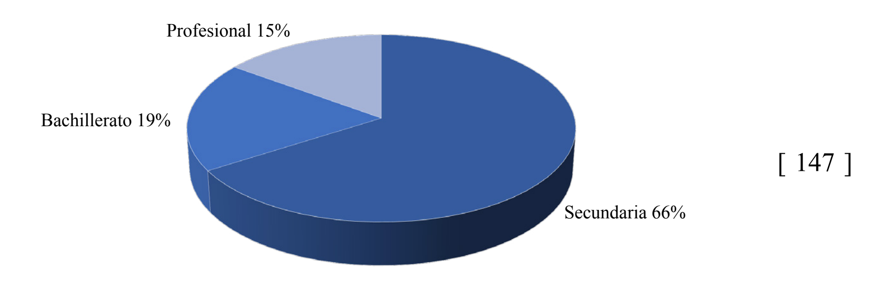
Elaboración propia con base en INEGI, *op. cit*.
* De esta cifra, 6,802 son estudiantes de posgrado.

¿Cuántos de los jóvenes mexicanos eran estudiantes en 1970, considerando la categoría de joven entre los 14 y los 29 años de edad? De una matrícula total de 1'680,410 estudiantes, 1'107,906 estaban inscritos en secundaria, 252,408 en bachillerato y 320,096 en el nivel profesional. Inevitablemente, los datos estadísticos dan lugar a una estructura piramidal: sólo el 22.78 de inscritos en secundaria continúan sus estudios al bachillerato; de este nivel al de estudios profesionales hay un incremento que puede explicarse por la incorporación en las estadísticas de los estudiantes de las escuelas normales, de los cuales (en 1970) 55,943 cursaban la Normal básica y 19,039 la licenciatura en Educación Normal,[33] además de los estudiantes de posgrado (véase gráfica 1).

Si el total de la población de entre 14 y 29 años de edad era de 12.34 millones, entonces el sector de los jóvenes estudiantes era una franca minoría. Mediante la incorporación de los datos relativos a la población económicamente activa, se obtiene un mayor acercamiento a la localización socioeconómica de los jóvenes (tabla 6 y gráfica 2).

[33] Patricia Mar V., y Juan F. Meza A., "Matrícula normalista y políticas públicas: 1970-2009", en Patricia Ducoing Watty (coord.), *La Escuela Normal. Una mirada desde el otro,* p. 168. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2013. pp. 157-189.

GRÁFICA 1. Distribución de la matrícula por nivel educativo en 1970



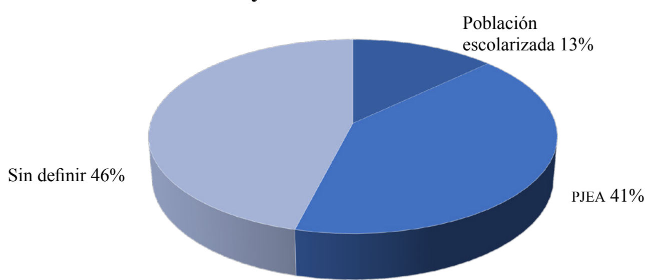
Fuente: elaboración propia con base en INEGI, *op. cit.*

TABLA 6. Población joven económicamente activa (PJEA) en 1969, por grupos de edad

Edad	Total	Hombres	Mujeres
15 a 19 años	1'780, 772	1'244,052	536,720
20 a 24 años	2'042,290	1'536,418	505,872
25 a 29 años	1'719,700	1'427,290	292,410
Total	5'542,762	4'207, 760	1'335,002

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, *op. cit.*

GRÁFICA 2. Población joven escolarizada y no escolarizada



Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, *op. cit.*

De lo anterior se desprenden tres consideraciones importantes. Primera: el crecimiento de la infraestructura educativa a nivel medio superior tuvo como efecto colateral la ampliación de espacios socioculturales e intelectuales que contribuyeron a una mayor definición del ser joven estudiante. Los amplios rangos de edad de los estudiantes, tanto en secundaria como en bachillerato, implicó necesariamente la convivencia de adolescentes de 12 años con jóvenes de 18; en el bachillerato, jóvenes de 16 años con otros hasta de 30; ello permite suponer un espacio de experiencia. Tercero: la definición del perfil de los jóvenes mexicanos en los años sesenta en términos de estudiantes, resulta altamente cuestionable, dado que sólo el 14% de los jóvenes estaba incorporado al sistema educativo. Es probable que buen número de jóvenes no fueran estudiantes porque habían concluido la educación técnica y se hallaran ya en el ámbito laboral.

Epílogo

La representación más difundida de los jóvenes de los sesenta es como una o varias fotografías tomadas desde un mismo ángulo o desde ángulos semejantes; son por ello imágenes fijas que congelan el devenir vital de los personajes. Tal operación, que puede ser válida desde una perspectiva sociológica, resulta a todas luces contradictoria desde el punto de vista histórico. Muchos individuos comenzaron a ser jóvenes en los años sesenta, pero otros ya lo eran desde la década anterior y otros tantos cruzaron la línea de 1970 siendo jóvenes aún. Así, el tiempo cronológico en el que ha de ubicarse a los jóvenes se extiende más allá de los sesenta; inclusive no se puede ignorar que la significación de ser joven en esa época se modifica al tomar en cuenta cómo fue su vida adulta, lo que les pasó después.

La rebelión, como nota distintiva de los jóvenes de aquella época, es un fenómeno que requiere mayor estudio. Es claro que no siempre se trató de una rebelión contra el sistema político; incluso,

la rebelión contra el autoritarismo patriarcal admite matices: en las historias de vida que presentamos, sólo en un caso ("El Chato") se advierte una figura paterna autoritaria a la que se asocia más la familiaridad con la violencia; en los otros dos el padre es una ausencia (Ernestina), o una presencia distante (Godínez) con la que no se advierten vínculos cotidianos. En este sentido puede pensarse que muchos jóvenes, más que una rebelión contra el autoritarismo o las formas tradicionales, emprendieron la búsqueda de espacios propios en los que su vida adquiría un sentido alternativo: la escuela, el trabajo, los viajes (en doble sentido). Incluso en el ámbito de la música, es notable que Godínez evocara con emoción programas de radio "muy bonitos", como *Amanecer ranchero*, parte de una expresión cultural contra la cual no se rebeló, sólo encontró otras con las que finalmente experimentó una identificación más sólida y perdurable.

Sólo un sector de los jóvenes era aficionado al futbol americano; no todos se contorsionaban al ritmo del *rock and roll* y era una minoría la que habitaba en formas distintas a la cada vez más amplia y moderna infraestructura educativa. No todos los espacios que hicieron propios fueron una creación de los jóvenes: los cafés, los "tés danzantes", las pistas de hielo, los idearon otros.

Las descripciones y explicaciones generales que son tan propias de las ciencias sociales dejan fuera la experiencia vital de los individuos; difícilmente podrían proceder de otra manera. Pero es indudable que hay rasgos, percepciones, representaciones y maneras de reaccionar y de actuar de los individuos que no se explican sólo a partir de tendencias sociales o políticas; la vida es más compleja y diversa.

El sentimiento de soledad, incomprensión o rechazo al entorno en la narración de los entrevistados fue una constante que se manifestó de diversas maneras. En ocasiones, la opción fue salir de casa y lanzarse a "aventuras", lo más alejado posible de ella. Ya fuera en la sierra de Huautla con los hongos, en el Pedregal del Ajusco o en la clínica de Gabriel Mancera, la posibilidad de

apartarse parece asociada a algún tipo de soledad. La búsqueda, creación, apropiación o hallazgo de un sitio del cual pudieran apropiarse o, al menos, sentirse parte, para combatir la exclusión cotidiana de la que eran objeto.

La música, en su vertiente de producto dirigido específicamente a los jóvenes, impactó significativamente al generar dinámicas

sociales en torno de ella. La música ranchera ocupó aún algunos años las preferencias de los radioescuchas jóvenes, pero poco a poco la música anglosajona o de inspiración en este mismo origen, se convirtió en el gran aglutinador identitario para un sector de ellos en los años 60. El gusto por las "big band" en los salones de baile se convirtió en un símbolo de estatus para las clases medias en ascenso, pero fue definitivamente el rock, el generador de dinámicas de sociabilidad específicas para los jóvenes. El coleccionismo de viniles, las escuchas colectivas en torno a la consola, los conciertos en el marco escolar y la ingesta de psicotrópicos para amplificar la experiencia musical, fueron algunos de los componentes de la juventud "rockera". Por si fuera poco, los nacionales hicieron su propia versión de este fenómeno. Grupos como los Dug Dug's, Javier Bátiz, La División del Norte, y muchos otros, ofrecían una versión mexicana del rock anglosajón, generando espacios de convivencia exclusivos para los jóvenes.

Otro espacio de encuentro, descubrimiento y experimentación plantea ciertas divergencias: el despertar sexual. En algunos casos, los encuentros sexuales comenzaron a muy temprana edad, sobre todo dado el fenómeno de coetaneidad de individuos recién salidos de la infancia con otros bastantes avanzados en la mayoría de edad. Algo cercano al amor comenzó para unos en una cama desvencijada con una prostituta, para otros en elegantes bailes de "gente decente" y, para los más seguramente, en tragedias derivadas del desamor. Los más "outsiders" alcanzaron a tener una probada del "amor libre" a la mexicana, con tintes de libertinaje para los hombres, pero profundamente conservadores y objetificantes para las mujeres. Las diferencias en

estas experiencias hablan también de las posibilidades socioecónomicas a las que cada uno tuvo acceso. La vivencia amorosa también reconocía clases sociales. No era lo mismo enamorarse de una sexoservidora en Cuautla, que de un soldado al ritmo de Glenn Miller.

La represión denunciada una y otra vez por los militantes del movimiento estudiantil de 1968 no estaba sólo en el aspecto de la expresión política. Las trabas y los obstáculos no eran únicamente cuando se denunciaban los abusos policiacos contra los manifestantes, estaban presentes continuamente, diariamente, cotidianamente en el plano de la existencia. Ser joven, llevar el pelo largo, reunirse en las calles, consumir mariguana o pensar distinto la forma de relacionarse con los demás, implicaba la latencia de ser detenido por los policías. La costumbre de la represión derivó también en la contención de algunos instintos que a la menor provocación u oportunidad se desbordaban en acontecimientos colectivos calificados de orgiásticos por la moral mexicana.

Pero los jóvenes no fueron del todo ajenos a la invitación del Estado benefactor mexicano para incorporarse a las filas de la burocracia. El IMSS abrió sus puertas para formar a los ejércitos de enfermeras que el servicio público de salud necesitaba, aun cuando fueran apenas "unas niñas", y les otorgó el beneficio de acomodar sus tiempos a lo que más les conviniera. Concesiones laborales que hoy suenan a cuento lejano y fantástico. Pero hubo quien también abusó de las libertades con que el gobierno consentía a sus empleados. La gran empresa estatal, PEMEX, también necesitó jóvenes que llevaran de un lado a otro las pipas de gasolina, aunque en el camino unos cuantos litros sirvieran para costear las caguamas de los conductores. El ámbito educativo fue otro espacio en el que también muchos jóvenes pudieron incorporarse como primerizos profesores y académicos. Todo esto en un Estado que los invitaba a incorporarse, siempre y cuando respetaran cabalmente las reglas del juego y no se extendieran demasiado en sus vacaciones con hongos alucinógenos.

Bibliografía

Nota del editor: Para una mejor comprensión de los textos que componen este libro y evitar la constante repetición de fuentes hemerográficas, bibliográficas y/o electrónicas se presentan en este apartado para una rápida consulta de nuestros lectores.

Libros

ABOITES AGUILAR, Luis, "El último tramo, 1929-2000", *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2004.

AGUAYO, Sergio, *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*, México, Ediciones Proceso, 2015.

_______, *1968: los archivos de la violencia,* México, Grijalbo, 1998.

AGUILAR CAMÍN, Héctor, y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución mexicana,* México, Ediciones Cal y arena, 1989.

ALLIER MONTAÑO, Eugenia, "De *conjura* a *lucha por la democracia*: una historización de las memorias políticas del 68 mexicano", en Eugenia Allier Montaño y Emilio Crenzel (coords.), *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia política*, México, IIS-UNAM, 2015.

_______, "El movimiento estudiantil de 1968 en México: Historia, memoria y recepciones" en A. del Castillo, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968, Nuevos enfoques y líneas de investigación,* 1ª ed., México, Instituto Mora, 2012.

ÁLVAREZ DEL VILLAR, Gonzalo, *et al.,* "Actividades deportivas", en Lourdes Chehaibar Náder, *et al.*, (coord.), *La UNAM por México,* tomo 2, México, UNAM, 2010.

ÁLVAREZ GARÍN, Raúl, *La estela de Tlatelolco. La reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68,* 1ª ed., México, Grijalbo, 1998.

ARELLANO, Juan Francisco, *et al.,* "Escuela Nacional Preparatoria", en Lourdes Chehaibar Náder, *et al*., (coord.), *La UNAM por México,* tomo 1, México, UNAM, 2010.

ARON, Raymond, *The Elusive Revolution: Anatomy of Student Revolt*, traducción de Gordon Glough, Nueva York, Praeger, 1969.

ARÓSTEGUI, Julio, *La historia vivida. Sobre la historia del presente,* Madrid, Alianza, 2004.

ARRIAGA R., Agustín, "El movimiento juvenil", en *México: Cincuenta años de Revolución. La economía. La vida social. La política. La cultura*, prólogo de Adolfo López Mateos, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

BOSWELL, John, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, Barcelona, Muchnik, 1992 [1980].

CASTILLO TRONCOSO, Alberto del, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968, Nuevos enfoques y líneas de investigación,* 1ª ed., México, Instituto Mora, 2012.

__________, *Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968: La fotografía y la construcción de un imaginario,* México, Instituto Mora: IISUE, 2012.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Historia moderna de México, La República Restaurada. La vida política, México,* Editorial Hermes, 1988 [1955].

CURTIS, William J. R., *Modern Architecture since 1900*, 3a. Edición, Singapore, Phaidon Press Limited, 1997.

CHEHAIBAR NÁDER, Lourdes, *et al*., (coord.), *La* UNAM *por México*, 1ª ed., México, UNAM, 2010, 2 vols.

D'EMILIO, John, "Gay politics and community in San Francisco since World War II", en Martin Duberman, Martha Vicinus y George Chauncey, *Hidden from history, Reclaiming gay and lesbian past*, Nueva York, Meridian, 1990 [1981].

DUTRÉNIT, Silvia, y Guadalupe Rodríguez de Ita, *Tras la memoria. El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor, México,* Instituto de Cultura de la Ciudad de México-Gobierno del Distrito Federal/Instituto Mora, 2000.

FALCÓN, Romana, y Raymond Buve, (comps.), *Don Porfirio presidente…, nunca omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, México, Universidad Iberoamericana, 1998.

FEUR, Lewis S., *The Conflict of Generations: the Characteristics and Significance of Student Movements,* New York, Basic Books, 1969.

FRASER, Ronald, Daniel Bertaux, *et al., 1968: a Student Generation in Revolt,* New York, Pantheon Book*,* 1988.

FUENTES, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, Aguilar, 1994.

GARAY, Graciela de, "¿Por qué estudiar la historia del tiempo presente?", prólogo en Graciela de Garay (coord.), *Para pensar la historia del tiempo presente. Aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas*, México, Instituto Mora, 2007.

__________, "Presencia de Mario Pani en la cultura mexicana del siglo XX (1911-1993)", en Louise Noelle, *Mario Pani,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2008.

__________, *Mario Pani*, México, Instituto Mora-CONACULTA, 2000.

__________, "Entrevista al arquitecto Javier Senosiain", *Proyecto Arquitectura sustentable. Teóricos, técnicos y usuarios. ¿Moda o cambio cultural? México, 1992-2010*, México, Instituto Mora, 2012.

__________, *Proyecto Historia Oral de la Ciudad de México: testimonios de sus arquitectos (1940-1990).* México, Instituto Mora, 1992.

__________, *La práctica de la arquitectura en la Ciudad de México. Desafíos para el Siglo XXI*, México, Instituto Mora, 2004.

GONZÁLEZ DE ALBA, Luis, *Las mentiras de mis maestros*, México, Ediciones Cal y arena, 2002.

__________, *Los días y los años,* 1ª ed. corregida y aumentada, México, Planeta, 2008, 240 pp., [2013, 311 pp.], [Ediciones Era, 1971, 208 pp.].

_______, *Otros días otros años,* México, Planeta, 2013, [2008].

GREZ, Sergio y Gabriel Salazar (comps.), *Manifiesto de Historiadores*, Santiago, LOM Ediciones, 1999.

[156] GRUZINSKI, Serge, *La Ciudad de México: Una historia,* México, FCE, 2004 [1996].

GUERRA, François-Xavier, *México. Del Antiguo Régimen a la Revolución.* t. I, trad. Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

GUEVARA NIEBLA, Gilberto, *La democracia en la calle, crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México, Siglo XXI Editores – Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1988.

_______, *1968: Largo camino a la democracia,* México, Ediciones Cal y arena, 2008.

HERNÁNDEZ, Miguel, "El movimiento lésbico, gay, bisexual y transgenérico y la construcción social de la identidad gay en la Ciudad de México", en Edith Yesenia Peña Sánchez, Francisco Ortiz Pedraza y Lilia Hernández Albarrán (coords.), *Memorias de la II semana de la diversidad sexual*, México, INAH, 2005.

HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX,* Barcelona, Crítica, 1995 [1994].

_______, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

KRAUZE, Enrique, *La presidencia imperial*, México, Tusquets, 1997.

LACOUTURE, Jean, "La historia inmediata", en *Pactos con el presente. Las maneras de la historia contemporánea*, México, DEH-INAH, 1990.

LAGUARDA, Rodrigo, *Ser gay en la Ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982,* México, CIESAS/Instituto Mora, 2009.

LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío,* Barcelona, Anagrama, 2000 [1983].

LIZÁRRAGA CRUCHAGA, Xabier, *Una historia sociocultural de la homosexualidad,* México, Paidós, 2003.

LOAEZA, Soledad, "México, 1968: los orígenes de la transición" en I. Semo (coord.), *La transición interrumpida. México 1968-1988,* México, Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen, 1993.

_______, "Las olas de la movilización y la protesta, 1920-2000," en Soledad Loaeza (coord.), *Gran historia de México ilustrada, El siglo XX mexicano,* v. 5, México, Planeta, 2001.

_______, "Gustavo Díaz Ordaz: el colapso del milagro mexicano", en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México,* t. 2, México, Editorial Océano, 2005.

LUMSDEN, Ian, *Homosexualidad, sociedad y Estado en México,* México, Sol ediciones/Canadian Gay Archives, 1991.

MAR V., Patricia, y Juan F. Meza A., "Matrícula normalista y políticas públicas: 1970-2009", en Patricia Ducoing Watty (coord.), *La Escuela Normal. Una mirada desde el otro*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2013.

MEDINA, Luis, *Hacia el nuevo Estado. México 1920-1993*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

MEYER, Lorenzo, "La visión general", en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México. Tomo 1 transformaciones y permanencias*, México, Océano / El Colegio de México, 2005.

__________, "La visión general", en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), *Una historia contemporánea de México,* t. 2, México, Editorial Océano, 2005.

MIRA, Guillermo, y Fernando Pedrosa (coords.), *Extendiendo los límites. Nuevas agendas en historia reciente,* Buenos Aires, Audeba, 2016.

MONSIVÁIS, Carlos, *Días de guardar*, México, Era, 1970.

__________, *El 68. La tradición de la resistencia,* México, Era, 2008.

_______, *Democracia, primera llamada: el movimiento estudiantil de 1968*, Colima, Editorial E.-CONACULTA, 2010.

PAZ, Octavio, *Posdata,* México, Siglo XXI, 1970.

_______, *El laberinto de la soledad*, *Postdata* y *Vuelta a El laberinto de la soledad* (4ª ed.), México, FCE, 2010.

PICCONE, Paul, *Italian Marxism,* Berkeley, California, University of California Press, 1983.

PONIATOWSKA, Elena, *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historial oral,* 1ª ed. corregida, México, Ediciones Era, 1998 [Edición especial, 2012].

Primer simposio sobre historia contemporánea de México 1940-1984. Inventario sobre el pasado reciente, México, DEH-INAH, 1986.

PROCACCI, Giuliano, *Historia general del siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2001 [2000].

RICHARDS, William, *Revolt and reform in architecture's academy: urban renewal, race, and the rise of design in the public interest,* Nueva York, Routledge, 2017.

ROSS, Kristin, *May'68 and its afterlives,* Chicago, The University of Chicago Press, 2002.

SCHETTINO, Macario, *Cien años de confusión. México en el siglo XX,* México, Taurus, 2007.

SEMO, Enrique, "La izquierda vis-a-vis", en I. Semo (coord.), *La transición interrumpida. México 1968-1988,* México, Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen, 1993.

SEMO, Ilán, "Presentación" en I. Semo (coord.), *La transición interrumpida. México 1968-1988,* México, Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen, 1993.

SMITH, Peter H., "México, 1946-c. 1990", en Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, *13. México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, 1998 [1985].

TARROW, Sidney *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Oxford University Press, 1989.

TOURAINE, Alain, *Le mouvement de mai ou le communism utopique,* Paris, Seuil, 1968.

TRAVERSO, Enzo, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

VALERO SILVA, José, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, no. 1, 1965.

VILLAGRÁN GARCÍA, José, "I. Problemas en la formación del arquitecto actual" en *José Villagrán García (1901-2001). Textos escogidos,* presentación de Sara Topelson, prólogo de Ramón Vargas Salguero, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes, Dirección de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico Inmueble, 2001, XXIV.

ZOLOV, Eric, *Refried Elvis The rise of the Mexican counterculture,* Los Ángeles, University of California Press, 1999.

Publicaciones periódicas

ALTMAN, Dennis, "Rupture or continuity? The internationalization of gay identities", en *Social text*, núm. 48, Duke University Press, 1996, p. 87.

ARÓSTEGUI, Julio, "La contemporaneidad, época y categoría histórica", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, no. 36-1, Madrid, España, 2006, pp. 107-130.

BÉDARIDA, François, "Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número 20, Universidad Complutense, España, 1998, pp. 19-27.

DOSSE, François, "La historia contemporánea en Francia", en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto Mora, no. 24, septiembre-diciembre, 1992, pp. 29-46.

FAZIO, Hugo, "La historia del tiempo presente: una historia en construcción", en *Historia Crítica*, núm. 17, julio-diciembre, Colombia, Universidad de Los Andes Bogotá, 1998, pp. 47-57.

GONZÁLEZ DE ALBA, Luis, "Those were the days…", *Nexos,* número 241, enero de 1998, México.

GONZÁLEZ DE LEÓN, Teodoro, "Arquitectura y política" en *Vuelta*, México, núm. 247, año XXI, junio de 1997.

HUGUET SANTOS, Montserrat, "Historia del tiempo presente e historia de las relaciones internacionales", en *Ayer*, no. 42, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Ediciones de Historia, 2001, pp. 43-69.

MIANO, Marinella, y Angela Giglia, "Identidades en construcción y deconstrucción: una exploración del archipiélago lésbico-gay desde la historia oral", en *Cuicuilco*, número 23, México, INAH, 2001, p. 68.

MONSIVÁIS, Carlos, "Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del *ghetto",* en *Debate feminista,* número 26, México, PUEG-UNAM, 2002, p. 103.

PASAMAR, Gonzalo, "Formas tradicionales y formas modernas de la 'historia del presente'", en *Historia social*, no. 62, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008, pp. 147-169.

PICCONE, Paul, "Reinterpreting 1968; mythology on the make", en *Telos* 77, septiembre 21, N.Y., Telos Press Publishing, 1988, pp. 7-43.

RAPHAEL, Ricardo, "Ciudadanías en movimiento", *Revista de la Universidad de México*, México, UNAM, octubre, 2017, pp. 64-74.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel, "El otro 68: política y estilo en la organización de los juegos olímpicos de la Ciudad de México", en *Relaciones*, 76, Vol. XIX, México, UAM-A., p. 111.

RUIZ TORRES, Pedro, "El presente en la historia", en *Pasajes*, no. 24, España, Universitat de Valéncia, 2007, pp. 4-21.

S/A, "Lambda, un año de lucha", *Nuevo ambiente. Órgano de información del Grupo Lambda de Liberación Homosexual,* número 1, junio de 1979, México.

SOTO GAMBOA, Ángel, "Historia del presente: estado de la cuestión y conceptualización", en *Historia Actual Online*, no. 3, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2004, pp. 101-116.

TRAVERSO, Enzo, “Historiografía y memoria: interpretar el siglo XX”, en *Aletheia*, vol. 1, número 2, Colombia, Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, mayo 2011, pp. 1-15.

TORO BLANCO, Pablo, “Historia del tiempo presente y necesidad de distancia en el tiempo: notas exploratorias para un entrelazamiento posible,” en *Revista de Humanidades*, vol. 17-18, junio-diciembre, Santiago de Chile, Universidad Nacional Andrés Bello, 2008, p. 38.

VIDAL-NAQUET, Pierre, *The French Student Uprising*, *an Analytical Record,* VII, November 1967-June 1968, Boston, Beacon Press, 1974, VII, p. 654.

Fuentes digitales

Archivo L: cuarenta años de autogobierno: mitos y realidades, [en línea], disponible en: <Archivol.blogspot.com/…/auarenta-nos-de-autogobierno-mitos-y.h…>. Lins. 52-60, pant. 1. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

ARIAS MONTES, J. V., “Arquitectura Autogobierno 40 años”, *Archipiélago, Revistas UNAM,* p. 59, [en línea], disponible en: <www.revistas.unam.mx/index.php/archipielago/article/download/55932/49621>. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

GONZÁLEZ DE ALBA, Luis, “1968. La fiesta y la tragedia”, en *Nexos,* [en línea], 1 de septiembre de 1993, disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=6871>. [Consulta: 3 de septiembre, 2017.]

________, “Para limpiar la memoria”, en *Nexos,* [en línea], 1 de octubre de 1997, disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=8565>. [Consulta: 3 de septiembre, 2017.]

________, “Respuesta a Elena Poniatowska”, en *Milenio,* [en línea], 16 de diciembre de 2013, disponible en: <http://www.milenio.com/firmas/luis_gonzalez_de_alba_lacalle/Respuesta-Elena- Poniatowska_18_209559064.html>. [Consulta: 3 de septiembre, 2017.]

Facultad de Arquitectura-Autogobierno, UNAM, “Por una nueva teoría”, *Revista Autogobierno-Arquitectura, urbanismo y sociedad,* [en línea], Revista semestral, nueva época, no. 2, julio-diciembre de 1983, p. 1. Disponible en: <fa.unam.mx/repentina/…/wp…/autogobierno/autogobierno_2.pdf>. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

INEGI, “Estadísticas históricas, 1. Población”; “Estadísticas históricas, 3. Educación”, en *Estadísticas históricas*, disponible en: <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ccpv/1970/>.

Macías Narro, Alfredo, *Movimientos democráticos en la UNAM (1972-1980). El Autogobierno,* [en línea], disponible en: <colectivobuenaaventuradurruti.weebly.com/movimientos-democraac…> lins. 1-2, pant. 1. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

Taller Uno. Facultad de Arquitectura UNAM. p. 1, [en línea], disponible en: <arquitectura.unam.mx/taller-uno.html>. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

Taller Tres. Facultad de Arquitectura UNAM, [en línea], disponible en: <arquitectura.unam.mx/taller-tres.html>. Lins. 1-4, pant. 1. Disponible en: <https:es.wikipedia.org/…/Facultad_de_Arquitectura_(Universidad… >. Lins. 22-24, pant. 1. [Consulta: 9 de octubre, 2017.]

Tesis

Cejudo Ramos, Denisse de Jesús, *La universidad en el naufragio: contienda política en la Universidad de Sonora, 1991*, México, 2016. Tesis, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 264 pp.

Jiménez Guzmán, Héctor, *El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica*. México, 2011. Tesis, UAM-Azcapotzalco, 240 pp.

Archivos

Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM), Fondo Reservado del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Impresos sueltos del movimiento estudiantil de 1968, Hemerografía de movimientos estudiantiles, Ramo Conflicto Estudiantil, Subramo Volantes.

Índice

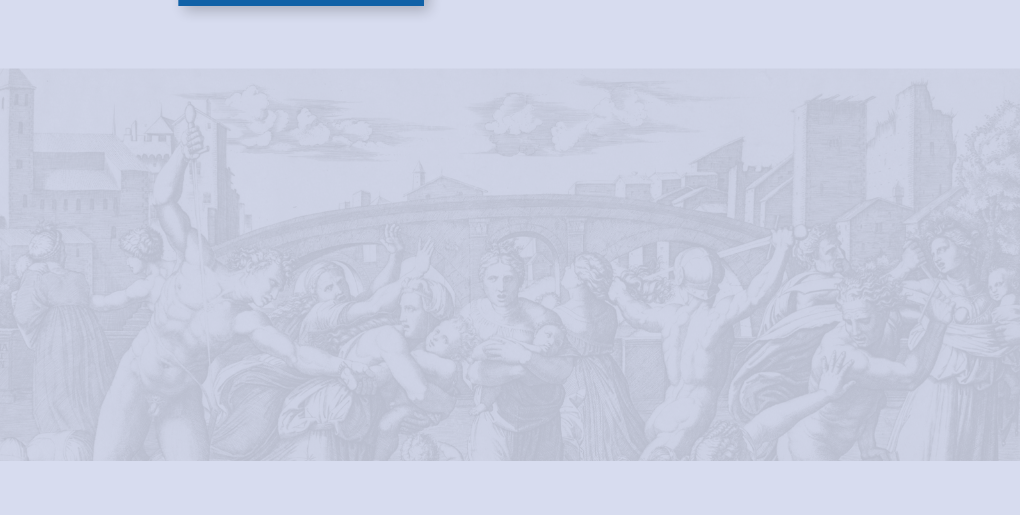
Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México fue realizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de producir en septiembre de 2018 en la Editora Seiyu de México S.A. de C.V. Tiene un formato de publicación electrónica enriquecida exclusivo de la colección eSchola así como salida a impresión por demanda. Se utilizó en la composición la familia tipográfica completa Minion Pro en diferentes puntajes y adaptaciones. La totalidad del contenido de la presente publicación es responsabilidad del autor, y en su caso, corresponsabilidad de los coautores y del coordinador o coordinadores de la misma. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Coordinación de Publicaciones, de Editora Seiyu de México y de Édgar Piedragil Galván.





Imagen en guardas y cubierta: Marcantonio Raimondi (*ca*. 1480 – *ca*. 1534), “La masacre de los inocentes” realizado entre 1514 y 1527. Grabado 28.1 x 43.0 cm. Impresión en papel. Trabajo posterior a la obra de Rafael (Raffaello Sanzio o Santi, 1483-1520). *The Metropolitan Museum of Art*. Nueva York. Estados Unidos de Norteamérica.





A 50 años de la movilización estudiantil en la capital de México, desde un presente convulso, los historiadores nos vemos obligados a repensar si dicho evento fue el inicio de la historia contemporánea y del tiempo presente, así como a distinguir entre memoria e historia para cuestionar versiones canónicas. En ese sentido, *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México*, lejos de ofrecer respuestas contundentes, se propone provocar -en el mejor sentido- la reflexión crítica del lector.




9 786073 006934

